

NO TE ENAMORES DEL VECINO DEL 17B



OLIVIA KISS

NO TE ENAMORES DEL VECINO DEL 17B

Novela

OLIVIA KISS

No te enamores del vecino del 17B

© 2026, Olivia Kiss

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2026

Diseño de cubierta: Olivia Kiss

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, hechos o lugares es pura coincidencia.

Esta obra contiene escenas de contenido sexual explícito y está dirigida a un público adulto.

*Lo difícil no es volver a enamorarse después de un divorcio.
Lo difícil es dejar de mirar a todo el mundo con las heridas abiertas.*

ÍNDICE

<u>Capítulo 1</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 2</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 3</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 4</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 5</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 6</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 7</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 8</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 9</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 10</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 11</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 12</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 13</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 14</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 15</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 16</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 17</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 18</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 19</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 20</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 21</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 22</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 23</u>	<u>· ALI</u>
<u>Capítulo 24</u>	<u>· HUGO</u>
<u>Capítulo 25</u>	<u>· ALI</u>

Capítulo 26 · HUGO

Capítulo 27 · HUGO

Capítulo 28 · ALI

Capítulo 29 · ALI

Capítulo 1

ALI

Mierda. Tenía que ir a casa del vecino y deleitarme con sus abdominales, sus hombros marcados y su maldita sonrisa de lado. Joder.

—Pero es que si no vas tú no quiero ir, y tengo muchas ganas de ver a Nora y jugar con ella —dijo Mateo, mi hijo, con esa carita de pena que ensaya delante del espejo, estaba segurísima.

Lo que hay que hacer por ellos. Sacrificio, se llama. Maternidad, capítulo cuarenta mil.

A ver, que quede claro: no es que me den asco los torsos de tíos esculpidos en el gimnasio ni las mandíbulas perfiladas. El problema es que mi cuerpo va por un lado y mi razón por otro, como dos vecinas que no se saludan. Porque a Hugo, mi vecino, lo odio. Y, por ende, me odio a mí misma por tener que aguantar la vista fija en el toldo, en la valla, en el cielo, en cualquier sitio que no sea él, cada vez que se le ocurre existir sin camiseta.

Desde su separación, hacía ya seis meses, el señor del 17B se había convertido en mi archienemigo oficial. Así lo llamo yo cuando hablo de él con mi hermana: el 17B. Nunca Hugo. Ponerle número en vez de nombre es una manera muy cómoda de no tener que pensar que es una persona.

—Mamá, ¿te falta mucho?

—Nada, cariño. Estoy eligiendo bañador.

Mentira. Estaba delante del armario decidiendo entre el bikini verde y el bañador negro de señora que va a nadar en serio. El negro decía «vengo obligada y me iré pronto». El verde decía otras cosas que no me apetecía analizar. Me puse el verde. Por comodidad, obviamente. Porque el negro me apretaba en la espalda. Por eso.

Cogí la bolsa con las toallas, la crema del cincuenta, los manguitos que Mateo ya no usaba pero que llevaba por superstición, y salimos.

De mi puerta a la de Hugo hay precisamente treinta y dos pasos. Los he contado. Treinta y dos pasos que separan mi vida ordenada de la parcela del enemigo. La urbanización estaba en modo julio: aspersores a deshora, olor a cloro y a protector solar, la señora Maruja regando los geranios con una mano y recopilando información con la otra. Nos vio pasar y sonrió como sonríen las que luego lo cuentan todo en el grupo de WhatsApp.

—¡Al agua, familia! —canturreó.

—Vamos un rato, sí —dije yo, con mi mejor voz de mujer que no está en tensión.

Mateo llamó al timbre dando saltitos. Yo respiré hondo. Una vez. Dos. La cancela se abrió y ahí estaba: metro ochenta y muchos de mala idea, bañador azul marino, torso al aire porque claro, para qué se iba a vestir el hombre en su propia casa, y esa media sonrisa de lado que debería estar regulada por la Unión Europea.

—Mateo, campeón —dijo, chocándole la mano a mi hijo con una calidez que me descolocó, como me descoloca siempre—. Nora está en la piscina. Ve, anda.

Mi hijo salió disparado. Y nos quedamos los dos, frente a frente, en ese medio metro de umbral donde cabían perfectamente seis años de vecindad, dos divorcios y un rencor de los buenos.

—Ali.

—Hugo.

Dos sílabas cada uno. Nuestro récord de conversación del último trimestre.

Me señaló el jardín con un gesto que era mitad invitación, mitad «pasa de una vez, que no muerdo». Yo entré con la barbilla alta y la dignidad por delante, que es como entro yo a los sitios hostiles: a las reuniones de padres, al taller del coche y a la parcela de Hugo.

Me instalé en la tumbona más alejada, saqué mi libro y fingí leer. Llevaba medio año fingiendo leer el mismo libro. La protagonista debe de estar todavía esperándome en la página cuarenta y siete.

Desde allí lo veía moverse. Sacó zumo para los niños, comprobó que Nora llevaba bien puestas las gafas de bucear, le recolocó a Mateo la sombrilla para que no le diera el sol en la nuca. Todo sin aspavientos, sin mirar el móvil, sin ese aire de padre que hace de padre para la galería. Y eso era lo peor. Eso era lo que más rabia me daba.

Porque yo a Hugo lo admiré. Dios, cómo lo admiré.

Cuando todavía estaba casada con Allan, lo veía desde la ventana de mi cocina jugando con Nora en el jardín, enseñándole a montar en bici, aguantando estoicamente meriendas de muñecas con una tacita de plástico rosa en su manaza, y pensaba: ojalá. Ojalá Allan fuera la mitad de presente. Ojalá me hubiera tocado un hombre así y no un piloto de low cost con más escalas emocionales que su aerolínea.

Y entonces, una noche de enero, se me cayó el mito.

Sonó el timbre pasadas las once. Abrí y me encontré a Eva, su mujer, descalza sobre mi felpudo, con el rímel hecho un cuadro y una maleta pequeña, de esas de cabina.

—No sabía adónde ir —me dijo.

La senté en mi sofá, le puse una tila, luego un vino, y me lo contó todo: que Hugo llevaba meses raro, que había encontrado mensajes, que era una compañera de trabajo, que él ni siquiera lo había negado del todo, que se iba de casa con lo puesto porque no soportaba dormir una noche más bajo el mismo techo.

Lloraba de una manera que partía el alma. Contenida, elegante, como pidiendo perdón por llorar. Se quedó cuatro días en mi habitación de invitados. Cuatro días de té, de silencios y de frases sueltas que fueron componiendo el retrato de un hombre que no era el que yo había admirado desde mi cocina, sino uno de tantos.

Y a mí, que tres meses antes me había explotado en la cara mi propio matrimonio por el mismo motivo exacto, se me juntó todo. El dolor de Eva y el mío. Su infiel y el mío. Así que hice lo que haría cualquier mujer decente: elegí bando. El de ella. El de nosotras.

Desde entonces, a Hugo, ni agua.

—¡Mamá, mira! —gritó Mateo desde la piscina, haciendo el pino debajo del agua con más entusiasmo que técnica.

Levanté el pulgar y aplaudí flojito. Cuando bajé las manos, me di cuenta de que Hugo me estaba mirando desde el otro lado del césped. No con deseo, tampoco con simpatía. Me miraba como se mira un problema de matemáticas que no sale. Le sostuve la mirada exactamente un segundo y medio, que es lo máximo que permite mi orgullo, y volví a mi página cuarenta y siete.

—¿Quieres agua? ¿Una cerveza? —preguntó de pronto, a media distancia, con un tono neutro de azafato de tierra.

—No, gracias. He traído mi botella.

—Claro que sí —murmuró—. Autosuficiente hasta para hidratarse.

—¿Perdona?

—Nada. Que hace calor.

Se dio la vuelta y se tiró a la piscina de cabeza, limpio, sin salpicar apenas, porque hasta para eso resultaba insoportable. Nora y Mateo lo recibieron entre gritos de guerra y se le colgaron del cuello como dos monitos. Y yo me quedé allí, con el libro bocabajo en el regazo, odiándolo con todas mis fuerzas.

Odiándolo por infiel. Por mentiroso. Por destrozar a una mujer que llegó descalza a mi puerta.

Y odiándolo también, todo hay que decirlo, por ese asqueroso talento suyo para tirarse al agua sin salpicar.

Capítulo 2

HUGO

Otra vez no. Otra tarde soportando a la metomentodo de mi vecina.

Si no fuera por lo que quiero a mi hija, a Ali no le dirigiría la palabra ni para avisarle de un incendio. Bueno, sí. Le tiraría un cubo de agua, por humanidad. Pero sin hablarle.

No la aguanto. No aguanto su falsedad de vecina cordial, su «Hugo» seco en la puerta como quien saluda a un funcionario, esa forma que tiene de mirarme como al enemigo de su amiga. No aguanto que, cuando me separé en enero, acogiera a Eva en su casa y se pusiera de su parte sin pestañear. Que sí, que dar techo a alguien que llora es un buen gesto, no se lo discuto. Lo que ya no me cuadra es que después de seis años de vecindad, de barbacoas compartidas, de ayudarle yo a montar el somier cuando se mudó y de sujetarle la escalera cada Navidad para colgar las luces, decidiera de un día para otro que el bando de Eva era el suyo y que yo pasaba a ser el enemigo. Sin más. Sin un porqué que se sostenga.

Y ahora la tenía en mi jardín. Porque su hijo no podía venir solo a la piscina, claro, y porque Nora llevaba una semana preguntando por Mateo. Maldita sea mi vida y mi bomba de depuración, que es la mejor de la calle y todo el mundo lo sabe.

Y claro, ha venido con el bikini verde. Ese que le hace juego con los ojos. Un bikini que, siendo objetivos, no tiene nada de especial. Es más: es un bikini anodino. Discreto. Casi aburrido. Pero ella tiene la insoportable habilidad de convertir lo anodino en un problema para mi concentración. Hay algo en Ali que, desde que ya no hay parejas de por medio, me magnetiza. Y me revienta. Me revienta porque la odio.

La odio por ponerse del lado de Eva. Por elegirla a ella. Porque la que se fue metiendo en otras camas fue Eva, y no con uno: con

varios, a lo largo de catorce meses. Ali lo sabe de sobra. Y, sabiéndolo, se quedó con ella.

Me enteré como se enteran los imbeciles: de golpe y por casualidad. Una tablet sincronizada, una notificación que saltó mientras Nora veía dibujos, una foto que me atravesó y un mensaje que no dejaba lugar a dudas, y yo ahí de pie, en mi propio salón, leyendo por encima del hombro de mi hija una conversación que no era para mis ojos. Recuerdo que le quité la tablet con una sonrisa, le puse los dibujos en la tele y me fui a vomitar al baño de cortesía. Con la cisterna tirada para que no se oyera. Ese fue mi gran momento de furia: una arcada en silencio para no asustar a una niña de nueve años.

Nunca supe con quiénes. Nombres a medias, un contacto sin foto, iniciales que no me decían nada. No los busqué. Bastante tenía con saber que existían como para ponerme además a coleccionar caras.

Podría haberlo gritado. Tenía pantallazos para dar y regalar, material de sobra para una novela por entregas. Pero resulta que Eva, con todos sus defectos, es la madre de mi hija, y resulta que yo prefiero que Nora crezca pensando que sus padres «dejaron de quererse» a que crezca oyendo en el patio del colegio lo que hacía su madre los martes por la tarde. Así que me callé. Firmé, repartí, me tragué el sapo entero y me quedé la casa.

La misma noche que se fue, Eva cruzó la calle y llamó a la puerta de Ali. Descalza, con la maletita de cabina y llorando a moco tendido. Ese cuadro me lo imagino sin esfuerzo, porque Eva llora como actúa: en el momento justo y con el foco bien puesto. Se quedó allí unos días.

Sabiendo lo que hizo Eva, Ali se puso de su lado. Ahí es donde se me atraganta todo. No que consolara a una mujer rota, que eso hasta lo respeto. Es que, sabiendo lo que sabía, decidiera que el enemigo era yo. La que había roto la casa, dormía en su cama de invitados, calentita, y al que se lo había comido en silencio le retiró el saludo de un día para otro, como quien cambia de acera para no cruzarse con un charco.

Y que nadie me diga que me lo estoy inventando, porque esto no es una deducción mía: es literal. El último día, mientras metía la última caja en el maletero, se lo pregunté de mala manera, porque a esas alturas ya no me quedaban modales. Le pregunté si la vecina sabía lo que había hecho. Y Eva me contestó con una tranquilidad que todavía me quema:

—Ali lo sabe todo. Se lo he contado yo. Y, a diferencia de ti, ella entiende perfectamente por qué hice lo que hice.

Eso fue lo último que me dijo mi mujer antes de irse de esta casa. Ni «lo siento», ni «cuida de la niña». Eso.

—¡Papá, mira lo que hago! —Nora salió disparada del bordillo, encogió las piernas y cayó en plancha, levantando medio metro cúbico de agua.

—¡Diez! —le grité—. ¡La jueza rusa te ha dado un diez!

Se rio con esa risa suya de piñón suelto y volvió a subirse al bordillo. Mateo aplaudía. Ese crío me cae bien. Es tranquilo, educado, de los que dicen «gracias» sin que se lo recuerden. No sé a quién habrá salido, porque desde luego a su padre no. A Allan lo tuve de amigo un tiempo, de esos de barbacoa y cerveza los sábados: piloto de low cost, simpático mientras la conversación girara a su alrededor, con una idea de la fidelidad tan flexible como el cuadrante de vuelos. Le puso los cuernos a Ali con unas cuantas.

Y por encima de todo hay una cosa que no consigo tragar: que fuera precisamente ella. Porque a Ali le hicieron lo mismo que a mí. Allan la engañó sin despeinarse, y ella sabe en el cuerpo cómo se te queda el pecho cuando descubres que tu vida entera era un decorado con muy buena luz. De toda la gente de esta calle, era la única que había pasado por lo mío. La única que tenía que haberlo entendido a la primera, sin que yo abriera la boca. Y fue justo ella la que se puso del otro lado. Ahí es donde me pierdo. Seis meses llevo, y todavía me pierdo.

Saqué zumo para los niños. Le re Coloqué la sombrilla a Mateo, que se estaba poniendo del color de una gamba, y noté los ojos de Ali clavados en mi nuca. Llevaba toda la tarde así: fingiendo leer un libro que no avanza y vigilándome como si en cualquier momento fuera a robarle el bolso. Me giré y le sostuve la mirada. Un segundo

y medio, cronometrado. Siempre aguanta un segundo y medio y vuelve a su página. Es de una previsibilidad que casi enternece.

Le ofrecí agua por educación, me contestó que había traído su botella, con ese retintín de mujer que antes muerta que deberme un vaso de agua, y no pude evitarlo:

—Claro que sí. Autosuficiente hasta para hidratarse.

—¿Perdona?

—Nada. Que hace calor.

Y me tiré a la piscina antes de decir algo peor, porque últimamente me pasa: tengo frases guardadas para Ali como quien tiene cajas sin abrir de una mudanza. Un día se me va a caer una encima y va a ser un espectáculo.

Bajo el agua todo es más fácil. Los niños se me colgaron del cuello, jugamos a que yo era un tiburón con lumbalgia, y durante veinte minutos se me olvidó que en mi propia tumbona había una mujer que, sabiendo perfectamente cómo había ido todo, había decidido que el villano de la película era yo.

Cuando saqué la cabeza, la vi riéndose de algo que había dicho Mateo. La risa de verdad, no la de compromiso: la que le arruga la nariz. Y pensé, con un fastidio infinito, que Eva nunca se rio así en esta piscina. Y acto seguido pensé que a mí qué me importa cómo se ríe la vecina.

A las ocho recogieron. Toallas, crema, el libro con el marcapáginas exactamente donde estaba a las cinco. En la cancela, Mateo se despidió chocándome la mano y Nora le dio a Ali un abrazo por sorpresa que la pilló con la guardia baja. Vi cómo se le ablandaba la cara un segundo, cómo le colocaba a mi hija un mechón detrás de la oreja con una ternura automática, de madre en funciones. Y luego me miró a mí y se le volvió a poner el gesto de acta notarial.

—Gracias por la piscina —dijo.

—De nada. Para eso están los vecinos —contesté.

Y lo dije con toda la mala leche del mundo, y ella lo pilló, porque es de lo poco bueno que tiene: lo pilla todo.

Treinta y dos pasos hasta su puerta. Los conté una vez, un día tonto. Cerré la cancela, recogí los vasos de zumo y pensé que este

verano iba a ser muy largo.
No sabía yo cuánto.

Capítulo 3

ALI

El sábado por la noche, a las 23:47, la casa de Hugo decidió convertirse en Ibiza.

Yo llevaba en la cama desde las once, como una señora responsable, porque el domingo a las nueve Mateo tenía torneo de fútbol en un pueblo a cuarenta minutos y me tocaba madrugar, hacer bocadillos y gritar desde la banda con las otras madres. Y justo cuando estaba en ese duermevela delicioso, empezó: chunda, chunda, chunda. Risas. Chapuzones. Un corcho de algo. Más risas. No tiene respeto, menos mal que la habitación de mi hijo queda en la otra parte y no se oye nada.

Aguanté media hora mirando al techo, practicando la respiración esa del yoga que nunca me funciona. A las 00:23, el DJ de la parcela de al lado pinchó reguetón del duro y alguien, juraría que el propio Hugo, coreó un estribillo. Fue entonces cuando cogí el móvil y escribí en el grupo «Vecinos Las Adelfas» (48 participantes, dos administradores, cero piedad):

«Buenas noches. ¿Alguien sabe si la fiesta ibicenca del 17B incluye también dormir o eso ya se paga aparte?»

Doble check. Doble check azul. Escribiendo...

«El 17B informa de que todavía no hemos llegado al estribillo fuerte.»

Será. Cretino.

Debajo, la señora Maruja mandó un emoji de carcajada, la muy traidora, y el del 14 preguntó si quedaba hielo. Esta urbanización es Sodoma con setos.

Salí de la cama, me puse las chanclas, cogí la primera rebeca que pillé y crucé mis treinta y dos pasos con la determinación de una mujer dispuesta a llamar a la policía local, al Defensor del Pueblo y a

Eurovision si hacía falta. Llegué a su cancela con el dedo ya apuntando al timbre y, en ese preciso instante, la música bajó. De golpe. A volumen de anuncio de colonia.

Y por la puerta del jardín apareció él.

Recién salido de la piscina. Chorreando. Con el bañador azul pegado a sitios donde yo no estaba mirando porque yo no miro. Se apartó el pelo mojado de la cara con una mano y me dedicó la sonrisa de lado, la ilegal, la que debería llevar pegatina de advertencia.

Y el olor. Eso es lo que no te cuentan de las peleas de vecinos a medianoche: que llegan con olor. Cloro, cerveza fría, carbón apagado de la barbacoa, y por debajo de todo eso el calor de un día de julio saliendo del hormigón, que a las doce y media todavía te sube por las piernas cuando estás en chancas. Yo iba a discutir de horarios de descanso y el aire olía a fiesta ajena.

—Vecina. ¿Vienes a la fiesta? Quedaba hielo, aunque el del 14 está haciendo estragos.

—Vengo a decirte que hay gente que madruga.

—Y yo te digo que son las doce y media de un sábado de julio.

—Mi hijo tiene un torneo a las nueve.

—Sabes que en la habitación de tu hijo no se oye nada de esto. Mi casa tiene una fiesta a las doce. Fíjate, los dos con planes.

Detrás de él se oían risas contenidas, de esas de amigos que están escuchando todo y disfrutándolo muchísimo. Me crucé de brazos por encima de la rebeca, consciente de pronto de que iba en pijama de cerezas, y busqué mi tono más glacial:

—Antes eras considerado con los vecinos.

Se le borró la sonrisa. Un segundo nada más, pero se le borró.

—Antes pasaban muchas cosas —dijo—. Buenas noches, Ali. Dormid bien.

Y me cerró la cancela en las narices con una suavidad exquisita, que es la manera más ofensiva que existe de cerrarle a alguien una cancela. La música ya no volvió a subir, lo cual me dejó sin victoria: no puedes ganar una guerra si el enemigo se rinde antes de que dispares. Volví a mi cama rabiosa, con el corazón a mil por el enfado. Por el enfado. Que quede claro y por escrito.

A la mañana siguiente, domingo, el torneo de Mateo se suspendió por un problema con el campo. Me enteré a las 7:40 por el grupo del equipo. Cualquier persona normal habría vuelto a dormirse.

Yo no soy cualquier persona normal.

A las 8:01, hora exacta en que la normativa de la comunidad permite el uso de maquinaria de jardín, saqué la podadora eléctrica.

Mi seto estaba perfecto. Lo había repasado el martes. Pero hay podas que no son de jardinería, sino de justicia, y esa mañana yo impartí justicia rama a rama, con precisión de cirujana psicópata, empezando estratégicamente por el tramo de seto que linda con el dormitorio del 17B.

A las 8:14 se abrió su puerta y salió al porche con una taza de café, unas ojeras de festival y cara de estar eligiendo entre varias formas de asesinato.

—¿De verdad? —dijo.

—¿Perdona? No te oigo —grité por encima del motor—. Estoy ocupada respetando los horarios de la comunidad.

—El seto está perfecto.

—Nunca se está perfecto del todo. Es una filosofía de vida.

—Son las ocho de la mañana de un domingo, Ali.

—Anda, ¿ahora nos importan los domingos? Qué descubrimiento tan bonito para hacerlo justo hoy.

Me miró largo. Le dio un trago al café. Y entonces, en lugar de gritarme, que era lo que yo esperaba y para lo que tenía preparadas al menos cuatro réplicas magníficas, hizo algo mucho peor: se sentó en el escalón del porche, en plan espectador, como el que se acomoda a ver un monólogo.

—No, no, sigue —dijo—. Me relaja. Es como esos vídeos de gente cortando jabón.

Y ahí me quedé, con la podadora en ristre, un seto impecable y toda mi ofensiva desactivada por un hombre en pantalón de pijama que me observaba mientras se bebía su café. Apagué la máquina con la máxima dignidad disponible, que a esas alturas era poca.

—Esto no ha acabado —le informé.

—Lo sé —dijo—. Contigo nunca acaba nada.

—¿Y eso qué quiere decir?

Se levantó del escalón despacio. Se acercó hasta el seto, hasta quedar a un metro de mí, con la valla baja y las ramas recién ejecutadas de por medio. De cerca olía a café y a cloro y tenía los ojos más cansados de lo que parecían de lejos.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —dijo, en voz baja, sin rastro de la sorna de antes—. Que estás segurísima. Se te nota en la cara desde enero. Me juzgaste y me condenaste en una sola noche, con una tila de por medio.

—Sé lo que sé —contesté, con menos firmeza de la que me habría gustado.

—Sí. Sabes. Ese es justo el problema. —Dio un paso atrás y recogió la taza del escalón—. Elegiste tu bando con toda la información encima de la mesa y aun así elegiste el que te venía bien. La vecina buena, la que acoge, la que consuela. Un papelón, Ali. De Goya.

—¿Y el tuyo cuál es? ¿El de mártir incomprendido?

Me sostuvo la mirada un segundo largo. Cansado. Muy cansado.

—El mío es el del que se calla —dijo—. Pero piensa una cosa, ya que eres tan lista para todo lo demás: los culpables corren a defenderse. Yo llevo seis meses sin dirigirte la palabra. Saca tú las cuentas.

Se metió en su casa sin darme tiempo a réplica, que es su especialidad olímpica, y yo me quedé plantada junto a mi seto perfecto, en pijama de cerezas, con la podadora colgando de la mano y una sensación desconocida y muy incómoda instalándose en algún punto entre el esternón y el orgullo.

Porque yo sé leer a la gente. Es mi único superpoder confirmado. Y aquel hombre, aquel cretino insufrible de la parcela de al lado, no me había hablado como habla un culpable.

Me había hablado como habla alguien que está muy, muy cansado.

Volví a casa, guardé la podadora y puse la cafetera. Mateo bajó en pijama, despeinado, y se sentó en la banqueta de la cocina.

—¿Estabas discutiendo con Hugo?

—Estaba podando el seto.

Mi hijo me miró con esos ojos suyos de viejo de ochenta años atrapado en un cuerpo de ocho.

—Mamá —dijo, mojando una galleta en la leche—, si Hugo fuera tan mala persona, Nora no correría hacia él de esa manera cuando llega del trabajo.

Y se comió la galleta tan tranquilo, ajeno al hecho de que acababa de tirarme una granada dentro de la taza de café.

Los niños no deberían tener permitido ser tan listos antes de las nueve de la mañana.

Capítulo 4

HUGO

El domingo por la noche me di cuenta de que tenía resaca. No de alcohol, que de la fiesta apenas quedaban dos cervezas y un cubo de hielo derretido. De palabras.

Seis meses llevaba callado. Seis meses de silencio impecable, hermético, profesional. Ni una explicación, ni una queja, ni una grieta. Y en una sola mañana de domingo, por culpa de una podadora y un pijama de cerezas, había abierto la boca más que en todo el semestre. «Los culpables corren a defenderse. Saca tú las cuentas.» ¿A quién se le ocurre? A un idiota con déficit de sueño, se le ocurre. El silencio es como una dieta: no vale de nada si te la saltas un domingo.

Y lo peor no era haber hablado. Lo peor era la cara que se le quedó a ella. Esa media confusión, ese parpadeo de recálculo, como un navegador buscando ruta alternativa. Llevaba medio año convencido de que Ali tenía toda la información y había elegido bando con ella delante, y de repente aquella cara no me cuadraba con nada. La aparté de la cabeza como se apartan los mosquitos: con manotazos y sin ningún éxito.

A las siete y media sonó el timbre. Eva.

Venía a devolverme a Nora después del fin de semana, y venía como viene siempre: impecable. Vestido de lino sin una arruga, la melena de anuncio, ese perfume que ya no reconozco y que huele a una vida en la que no estoy.

—Está agotada —dijo, mientras Nora pasaba por debajo de su brazo y me abrazaba la cintura—. Hemos tenido un finde intenso. Piscina en casa de Sonia, cumpleaños de no sé quién del cole... Ah, y no ha cenado. No le apetecía nada de lo que había.

Traducción simultánea del idioma Eva: la niña llega reventada, sin cenar y con los deberes sin abrir, pero enunciado de manera que parezca una agenda social envidiable. Mi ex no miente justo. Redecora. Coge la realidad, le cambia la luz, le pone dos cojines y te la vende como si el desorden fuera parte del encanto.

—Ya le preparo yo algo —dije.

—Eres un cielo. —Sonrió, y por un segundo fue la sonrisa de hace diez años, y por eso mismo la aparté rápido—. Oye, me ha contado Maruja que el sábado hubo fiesta en casa.

Ahí estaba. Maruja. Mi exmujer se fue de esta calle en enero, pero mantiene corresponsales.

—Vinieron Rober y los de siempre.

—Me alegro. En serio, me alegro de que hagas vida. —Pausa pequeña, medida, de las suyas—. Aunque, no sé, con los vecinos tan cerca... Nora me cuenta que la de al lado os mira raro. No quiero que la niña respire tensiones, Hugo. Bastante ha pasado ya.

Tuve que admirarlo, en el fondo. En tres frases había conseguido preocuparse por su hija, apuntarse el tanto de madre atenta y dejar caer que la tensión con Ali era cosa mía. Un triple. Desde media pista y sin despeinarse.

—Ali y yo nos llevamos como siempre —dije.

—Ali es un encanto —contestó, ya girándose hacia el coche—. Conmigo fue un cielo cuando lo nuestro. Un cielo, de verdad. Cuídamela.

Y se fue, dejándome esa frase en el felpudo como quien deja un paquete que no has pedido. «Conmigo fue un cielo cuando lo nuestro.» Ya lo sabía. Vaya si lo sabía. Le abrió su casa, le calentó las tilas, le sostuvo la mano mientras Eva le contaba su versión del incendio, y a mí me retiró el saludo. La confirmación no me hizo falta, pero Eva es así: te clava el alfiler que ya tenías puesto, por si acaso se estaba saliendo.

Nora cenó tortilla francesa viendo dibujos, con el pelo oliendo a cloro ajeno, y a la segunda cucharada de yogur soltó la primera carga de profundidad de la semana:

—Mamá dice que la madre de Mateo va de buena y no lo es.

Mastiqué despacio. Contar hasta tres. Es la regla número uno del manual que me he escrito solo: no muerdas los anzuelos que vienen en boca de tu hija.

—¿Y tú qué piensas?

—Que no sé. —Se encogió de hombros—. A mí me dio un abrazo el otro día y olía bien. Pero a lo mejor es mentira.

—¿El abrazo o el olor?

—Papá.

—Los abrazos no suelen ser mentira, Nora. Es de las pocas cosas que no se pueden falsificar del todo.

Me miró con esa suspicacia nueva que le ha salido este año, esa que no tenía a los siete y que no le corresponde a los nueve, y siguió con el yogur. La acosté a las nueve y media, le leí un capítulo del libro de la academia de dragones, y cuando ya apagaba la luz me agarró la manga:

—¿Tú y mamá os vais a volver a querer?

Hay preguntas que son como pisar un lego descalzo y a oscuras.

—No, cariño. Pero los dos te queremos a ti, y eso no se toca.

—Eso lo dicen todos los padres separados. Viene hasta en los cuentos.

—Será porque es verdad.

—O porque os pasan los mismos guiones —murmuró, y se dio la vuelta hacia la pared, y yo me quedé un rato en el pasillo, a oscuras, pensando que mi hija está creciendo en un idioma que yo no le enseñé.

El lunes por la tarde, después del trabajo, hice lo que hago todos los lunes, y los martes, y casi todos los días desde enero: largos. Cincuenta, sin música, hasta que el agua me deja la cabeza en blanco. La piscina es lo más parecido que tengo a un psicólogo, y encima no me pregunta cómo me siento.

Iba por el largo treinta y dos cuando algo cayó al agua a medio metro de mi cara.

Un balón de fútbol. Con las barras del Barça despintadas de tanto patio.

Me quedé de pie en la parte que no cubre y miré hacia el seto. Silencio. Un silencio culpable, de esos con respiración dentro. Y

luego, por encima de las ramas que su madre había ejecutado el domingo, apareció media cabeza despeinada.

—Perdón —dijo Mateo—. Se me ha ido el efecto.

—¿El efecto?

—Estaba tirando faltas. Como Lamine.

—Lamine no manda el balón a la parcela de al lado.

—Porque tiene estadio —contestó, con una lógica tan redonda que no supe rebatirla.

Salí de la piscina, cogí el balón y me acerqué al seto. El crío esperaba con las manos en la valla baja, educado, un poco en guardia, como quien no sabe si el perro muerde. Le pasé el balón por encima de las ramas.

—Gracias. —Lo abrazó contra el pecho y no se fue. Se quedó ahí, mirándome con los ojos de su madre, que es una faena que hace la genética sin preguntar—. Hugo, ¿puedo decirte una cosa?

—Tú dirás.

—El sábado yo no oí tu música. Mi cuarto da al otro lado. —Bajó un poco la voz—. Pero mi madre la oyó. Y cuando mi madre no duerme, al día siguiente poda cosas.

—Lo he notado.

—No está enfadada contigo por la música —dijo entonces, muy serio, con esa manera suya de hablar despacio, como si las palabras las sacara de una caja frágil—. Está enfadada contigo por otra cosa. Pero yo creo que ya no se acuerda bien de por qué, porque cuando le pregunto no me lo explica. Solo me dice que soy muy pequeño. Y yo pienso que cuando los mayores dicen «eres muy pequeño» es que la explicación es muy pequeña.

Ocho años. El niño tiene ocho años.

Antes de que me diera tiempo a componer una respuesta de adulto solvente, se oyó la puerta de su casa y la voz de Ali llamándolo para la ducha. Mateo se despidió con la mano y echó a correr, y ella se quedó un segundo en el umbral, a contraluz, mirando hacia el seto. Nos separaban quince metros, una valla baja y una historia mal contada. Ninguno dijo nada. Yo levanté un poco la barbilla, ella cerró la puerta, y ese fue todo el parte de guerra del lunes.

Volví al agua y me hice dieciocho largos más de lo previsto.

Porque la frase del crío se me había quedado enganchada en algún sitio entre la nuca y el orgullo. «Yo creo que ya no se acuerda bien de por qué.» Y yo, que llevo desde enero sabiendo precisamente por qué, que me lo sé de memoria, con fechas y con maleta de cabina incluida, descubrí que había empezado a hacer una cosa rarísima, una cosa que no me podía permitir de ninguna manera.

Había empezado a repasar las cuentas.

Capítulo 5

ALI

Todo empezó por una tontería. Una foto.

Estaba en el sofá, martes por la noche, con Mateo ya dormido y una copa de vino que me estaba tomando muy despacio para que durara más que mi paciencia, cuando me dio por bajar por la galería de fotos buscando una del niño en la playa del año pasado. Y me topé con las de enero. Las de aquellos días.

Ahí estaba Eva. En mi cocina, con mi taza de las margaritas entre las manos, envuelta en la manta buena, la de cuadros, con los ojos rojos y una sonrisa pequeña de agradecimiento que le hice yo con el móvil una mañana, no sé por qué, quizá para que ella se viera y viera que seguía siendo guapa incluso rota. «Estás preciosa hasta llorando», le dije. Y ella se rio.

Miré la foto un rato. Y luego, sin buscarlo, miré la hora. Las fotos guardan la hora, esa es su manía. 9:14 de la mañana.

Y me acordé de una cosa que Eva me había contado esa misma semana: que aquella madrugada, la de la bomba, se había pasado la noche en el coche llorando en el arcén de la general antes de reunir el valor de venir a mi puerta. Toda la noche. Hasta el amanecer.

Pero en la foto de las 9:14 no había una mujer que hubiera dormido en un coche. Había una mujer con la piel descansada, las cejas hechas y una raya de eyeliner que aguanta muchas cosas menos ocho horas de llanto en un arcén.

Cerré la galería.

No es nada, me dije. La gente se retoca. La gente se lava la cara. La gente exagera cuando cuenta las penas, porque las penas contadas necesitan un poco de banda sonora para que se entiendan. Yo misma, cuando cuento lo de Allan, digo «media plantilla» y a lo mejor eran tres. Se redondea hacia arriba, es humano.

Me terminé el vino de un trago, que ya no me duraba nada, y me fui a la cama decidida a no darle importancia. Y no se la di. Lo que pasa es que hay cosas a las que no les das importancia y aun así se quedan encendidas en un rincón, como el piloto del router, parpadeando en la oscuridad para recordarte que siguen ahí.

Al día siguiente sonó el timbre a media mañana.

Era Nacho, el del 22, el de la agencia. Buen tío, Nacho, de los pocos vecinos que saludan sin segundas. Venía con una carpeta y esa cara de quien trae un regalo y lo sabe.

—Ali, tengo que contarte una cosa y necesito que no digas que no antes de escucharme.

—Ese comienzo nunca ha traído nada barato, Nacho.

—Al revés. Se me ha caído una reserva. Una familia que lo ha cancelado todo a última hora, y el sitio no admite devolución, así que lo tengo que recolocar como sea. Es un resort en Mallorca, de los buenos. Bungalows sobre la arena, cala privada, piscina de agua salada, club infantil con monitores que parecen de anuncio. —Abrió la carpeta y me plantó una foto delante—. Y te lo puedo dejar a mitad de precio. Menos, si me apuras. Solo pago yo el no-quedarme-el-marrón.

Miré la foto. Miré el precio tachado y el precio nuevo, escrito a boli al lado. Y me dio un pellizco en el pecho, de esos que no sabes si son de ilusión o de vergüenza.

—Nacho, yo no...

—He pensado en ti por Mateo —me cortó, con suavidad—. El crío se ha comido un año duro. Y estas cabañas tienen su punto: cada cala es solo para dos bungalows, así que no es el típico resort de mil familias haciendo cola para el bufé. Es tranquilo. Es bonito. Es para respirar. Piénsalo, pero piénsalo poco, que la fecha es en tres semanas.

Y ahí estaba yo, treinta y ocho años, divorciada, mirando una foto de una cala turquesa y calculando en la cabeza si me lo podía permitir, mientras una voz de mi madre me decía que las cosas buenas no son para las que están rehaciéndose la vida y otra voz, más nueva, más mía, me decía que precisamente por eso.

Porque Allan nunca nos llevó. Ocho años de matrimonio y el hombre siempre tenía un vuelo, una escala, un curso de reciclaje que casualmente caía en agosto. Mateo conocía más aeropuertos por fuera que playas por dentro. Y de repente un vecino con una carpeta me ponía delante la posibilidad de darle a mi hijo esas vacaciones tontas de folleto, las de cubo y pala y papá haciendo el muerto, solo que sin papá, que ya iría yo aprendiendo a hacer el muerto por los dos.

—Dime que sí —insistió Nacho, oliéndose la victoria.

—Dame hasta mañana.

—Eso es un sí con retraso.

—Eso es un «dame hasta mañana», Nacho, no te vengas arriba.

Se fue riéndose, dejándome la foto encima de la mesa del recibidor como quien deja una tentación a la vista a propósito.

Esa tarde, mientras hacía la cena, se lo solté a Mateo con toda la naturalidad que pude fingir:

—¿Qué te parecería si tú y yo nos fuéramos unos días a la playa? A una de verdad. Con arena blanca y todo.

Levantó la vista del cuaderno de vacaciones, receloso, porque mi hijo desconfía de la felicidad igual que desconfía de las verduras nuevas.

—¿Los dos solos?

—Los dos solos.

—¿Y hay piscina?

—Hay piscina y hay mar. Los dos.

Lo pensó con esa seriedad de contable que le pone a las cosas importantes, y al final asintió una vez, despacio, como quien firma un contrato.

—Vale. Pero yo elijo la música del coche.

—Ni de broma.

—Entonces me lo pienso.

Negociador, el niño. A quién habrá salido.

Estaba escurriendo la pasta cuando él, ya desde el salón, dijo con esa voz de no querer decir nada:

—Mamá, ven a ver. Nora está haciendo el pino en el agua.

Me asomé a la ventana de la cocina, la que da al seto, secándome las manos en el trapo. Y ahí estaban los dos, al otro lado, en su piscina, en ese rato dorado en que la tarde de julio se pone perezosa. Nora intentaba hacer el pino bajo el agua y Hugo la sujetaba por los tobillos, contándole hasta tres, soltándola, celebrando cada intento fallido como si fuera una final olímpica. La niña salía escupiendo agua y muerta de risa, y él se reía con ella, con esa risa suya que yo no le había oído nunca de cerca porque a mí me reserva otra cosa, y la volvía a colocar, y vuelta a empezar. Paciencia infinita. Cuerpo de anuncio recortado contra el agua encendida. Un padre entero, presente, sin móvil, sin prisa, sin escapatoria a ningún cielo a diez mil metros.

Y a mí se me cayó la baba. Literal. Tuve que cerrar la boca a propósito, como una idiota, apoyada en el fregadero, con el trapo en las manos y una sensación calentita y traicionera subiéndome por el pecho.

Y me llegó, además, el olor. Porque el aire de julio a esa hora trae las cosas de un jardín al otro sin pedir permiso: cloro caliente, césped recién regado, carbón de alguna barbacoa dos casas más allá. El verano entero metido por la ventana de mi cocina, y en medio de todo eso un hombre riéndose con su hija.

Mierda, pensé.

Mierda, mierda, mierda.

Porque una cosa es que un hombre esté bueno, que eso lo asumo, lo gestiono, lo tengo fichado y controlado. Y otra muy distinta es que se te ablande todo por dentro viéndolo sujetar a su hija por los tobillos.

Lo primero es física. Lo segundo ya es otra cosa. Y esa otra cosa no me la puedo permitir con el hombre que le destrozó la vida a la mujer que dormía en mi sofá.

Cerré la persiana en seco, más fuerte de lo necesario.

—¿Por qué cierras? —protestó Mateo—. Se veía bien.

—Entran moscas —mentí.

Y me quedé en la cocina, con la pasta escurriéndose y el piloto del router parpadeándome en algún rincón de la cabeza, pensando que a lo mejor lo del viaje me venía de perlas. Poner mar de por

medio. Aunque fueran solo unos días. Aunque el mar no arregle nada.

Capítulo 6

HUGO

La reunión de vecinos de finales de julio es, para mí, lo más parecido que existe al purgatorio con sillas de plástico.

Se convocó «con carácter urgente» para tratar tres puntos del orden del día, y yo fui por una única razón: porque en el punto dos se hablaba de la derrama de la piscina comunitaria y no me apetecía que decidieran por mí gastarse cuatro mil euros en un tobogán con forma de pulpo. Aparqué a Nora en casa de Rober, cogí una cerveza para el trayecto de treinta metros hasta el local social y me senté en la última fila, que es la fila de los que hemos venido a defender la cartera y salir corriendo.

Ali llegó cinco minutos tarde, con esa entrada suya de mujer que no quería venir, pero tampoco se fiaba de no asistir. Buscó sitio con la mirada, vio la sala casi llena y acabó sentándose dos sillas a mi derecha, con una silla vacía de tierra de nadie entre los dos, como una frontera desmilitarizada con reposabrazos.

—Vecino —dijo, mirando al frente.

—Vecina —dije yo, mirando al frente también.

Y ya. Ese era todo nuestro tratado de paz para la velada.

En el acta figuramos como «17B» y «17A». Somos eso para la comunidad: dos puertas con un seto en medio. Y aquella noche, por primera vez en medio año, los dos números estaban sentados a una silla de distancia.

El local social olía a lo que huelen los locales sociales en julio: a sillas de plástico calientes, a ambientador de pino y a cuarenta vecinos que han venido andando. El aire acondicionado llevaba roto desde la Semana Santa, cosa que Toni anunció con la solemnidad de un parte de guerra.

Y al sentarse, Ali dejó el bolso en la silla vacía de en medio y su brazo me rozó el mío un segundo. Piel con piel, en un local a treinta grados. Se apartó tan rápido que casi hace ruido, y yo me quedé mirando muy fijamente el orden del día, que era un folio con tres puntos y ninguna respuesta a nada de lo que me estaba pasando.

El presidente, Toni, arrancó con el punto uno, y ahí empezó el espectáculo.

Toni es un hombre que se toma la presidencia de la comunidad con la solemnidad de quien dirige la ONU. Tiene un mazo. Un mazo de verdad, de madera, que se compró él por su cuenta y que golpea contra un platito de postre para pedir silencio, y cada vez que lo hace se le nota que es el momento más importante de su semana. Dio dos mazazos, carraspeó, y cedió la palabra al «turno de propuestas vecinales», que es la parte de la reunión donde la urbanización demuestra de lo que es capaz.

Porque resulta que una señora del bloque de los adosados, una tal Charo que yo no ubicaba, pidió la palabra para proponer, muy seria, que se retiraran los columpios de plástico del parque infantil y se sustituyeran por columpios de madera. Motivo: el plástico, dijo, «suelta disruptores endocrinos con el calor». Lo dijo así, disruptores endocrinos, dos palabras que llevaba claramente ensayando delante del espejo, y se quedó mirando a la sala esperando el aplauso.

Noté, sin girar la cabeza, que a mi derecha Ali se ponía muy recta.

—Yo solo digo —insistió Charo— que no sabemos qué respiran nuestros hijos mientras se columpian.

Toni tomó nota con el ceño de un hombre de Estado. Alguien preguntó cuánto costaba la madera. Otro dijo que la madera se astilla y que entonces tendríamos un problema de astillas, que también son un peligro para los niños, no nos engañemos. Charo replicó que las astillas son naturales y los disruptores no. Y en ese punto del debate, cuando ya se hablaba de la naturaleza moral de la astilla, del otro lado de la sala se levantó otra vecina, que no quería ser menos, para añadir que ya que estábamos con la salud de los niños, habría que plantearse algo con la piscina, porque «el olor a cloro perjudica gravemente los pulmones» y lo suyo sería que toda

la urbanización pasara a cloración salina, «que es como el mar, pero sin peces».

Como el mar pero sin peces.

Fue ahí. Fue exactamente ahí cuando cometí el error de girar un milímetro la cabeza. Y me encontré con que Ali había cometido el mismo error en el mismo instante, y nos pillamos. Los dos. A mitad de camino. Con la misma ceja levantada, la misma comisura tirante aguantando la risa, la misma cara de «¿estás oyendo esto o me lo estoy inventando yo?».

Fue medio segundo. Menos. Pero fue un idioma entero.

Ali apartó la vista la primera, se mordió el labio y se puso a mirar fijamente el acta como si allí estuviera la solución a todo. Yo bajé los ojos a mi cerveza. Pero el mal ya estaba hecho, porque en ese medio segundo me había acordado de golpe, con una nitidez que dolía, de todas las juntas anteriores. De cuando aún éramos los de antes.

Porque a estas reuniones, hace un año, yo venía encantado. No por los columpios ni por las derramas: venía porque me sentaba al lado de Ali. Éramos los dos gamberros del fondo. Ella traía caramelos de menta y me pasaba uno sin mirarme, y nos dedicábamos a apostar en voz bajísima cuánto tardaría alguien en sacar el tema del ruido de las motos, o en llamar «okupas» a los adolescentes que se sientan en el murete. Ali tenía un comentario para cada intervención, mordaz, exacto, y me los soltaba al oído para que solo los oyera yo, y yo me pasaba media junta con la mano en la boca disimulando la risa mientras su marido y mi mujer, dos filas más allá, hablaban de sus cosas de adultos funcionales.

Éramos muy amigos. Eso es lo que se me había olvidado. No vecinos correctos: amigos. De los de reírse de lo mismo, que es la única amistad que va en serio. Me acordé de una junta, la del invierno pasado, en la que se debatió durante cuarenta minutos si el belén comunitario podía llevar Reyes Magos o si eso «excluía a otras confesiones», y de cómo Ali me escribió en una servilleta «propongo un Olentzero para no mojarnos» y me la pasó por debajo de la silla, y yo tuve que salir al baño a reírme para no montar un escándalo. Aquella servilleta la guardé. No sé por qué la guardé. La tiré en

enero, junto con otras cosas que ya no significaban lo que significaban.

Y ahora había una silla vacía entre nosotros y un caramelo de menta que ya no me iba a pasar nadie.

El resto de la reunión lo pasé sin enterarme. Votaron no sé qué de los columpios, aplazaron lo del cloro para un estudio técnico que no encargará nadie, y la derrama del pulpo salió adelante por mayoría, así que voy a pagar cuatro mil euros en un tobogán, pero ni siquiera eso conseguí que me indignara. Toni dio el mazazo de clausura con una satisfacción que daba ternura.

Porque yo estaba ocupado en otra cosa mucho más idiota y mucho más peligrosa.

Estaba echándola de menos.

No a la mujer que me retiró el saludo. No a la que eligió el bando de Eva. A esa la tengo bien clasificada, en su carpeta, con su etiqueta. A la que echaba de menos era a la otra. A la de los caramelos de menta. A la de la servilleta del Olentzero. A la que me hacía llorar de risa en un salón lleno de gente aburrida. A mi amiga.

Se levantó todo el mundo a la vez, con ese arrastrar de sillas de plástico que suena a fin de misa, y por un momento Ali y yo quedamos de pie, uno frente al otro, con la silla de tierra de nadie ya vacía entre los dos. Hubo un segundo en que pareció que iba a decir algo. Abrió un poco la boca. Y yo, idiota de mí, esperé. Esperé como no me había permitido esperar nada en todo este tiempo.

—Que descanses, vecino —dijo al final.

—Igualmente.

Y no era eso lo que ninguno de los dos quería decir, pero era lo único que teníamos permiso para pronunciar.

Salí antes de los ruegos y preguntas, para no tener que cruzar la puerta a la vez que ella. Me fui a por Nora dando un rodeo absurdo por la calle larga, con la cerveza ya caliente en la mano, y pensé, con un fastidio que me salía de muy adentro, que se puede odiar a una persona y echarla de menos al mismo tiempo.

Nadie te avisa de eso cuando te separas. Nadie te dice que a veces la ausencia que más pesa no es la de tu matrimonio, sino la de la persona con la que te reías de él.

Capítulo 7

ALI

Lo echaba de menos. Ya está. Lo he dicho. Que conste en acta, junta de vecinos incluida.

Volví de la reunión con un caramelo de menta imaginario deshaciéndose en la memoria, porque en el momento exacto en que la tal Charo soltó lo de los disruptores endocrinos, mi primer impulso —automático, involuntario, humillante— fue girarme para buscar la cara de Hugo y compartir con él la risa. Y lo peor es que él estaba haciendo lo mismo. Nos pillamos a medio camino, como dos adolescentes, y tuve que fingir un interés súbito y apasionado por el acta de la comunidad para que no se me notara que, por un segundo, habíamos vuelto a ser nosotros.

Los de antes.

Porque antes fuimos amigos. Eso es lo que nadie recuerda ahora, ni siquiera yo cuando me conviene odiarlo a gusto. Antes, cuando Allan volaba y Eva tenía sus mil planes, Hugo y yo éramos los dos raros que se quedaban en las barbacoas fregando los vasos y comentando la jugada. Me caía bien. Me caía tan bien que a veces, cuando lo veía con Nora, sentía esa punzada fea de comparar, y me obligaba a parar, porque comparar maridos es el primer escalón de una escalera que baja a sitios muy oscuros.

Y ahora resulta que le he pasado a odiarlo y ni siquiera me deja hacerlo tranquila, porque el muy imbécil sigue teniendo la misma ceja de siempre, la que levanta cuando algo le parece absurdo, y esa ceja me conoce. Esa ceja sabe cosas de mí.

Me acosté rara. De esas noches en que das vueltas no porque te preocupe algo concreto, sino porque tienes el pecho desordenado, con los muebles cambiados de sitio.

Y entonces, cómo no, sonó el móvil. Las once y media. Un mensaje.

Era Eva.

«¿Qué tal la juntaaa? Me ha dicho un pajarito que ha habido debate botánico sobre columpios ?? ?? Cuéntame, que necesito reírme.»

Un pajarito. Maruja, seguro. Eva se fue de esta calle en enero pero mantiene una red de satélites que ya quisiera la NASA.

Me quedé mirando el mensaje más tiempo del que merecía. Porque había algo en ese tono —ligero, cómplice, «necesito reírme»— que no terminaba de encajar con la mujer rota de la manta de cuadros. Y ya sé que la gente se recupera, faltaría más, ojalá se recupere, pero había una distancia rara entre aquellas lágrimas de enero y este emoji de hojita de julio, una distancia que yo no sabía medir pero que notaba, como se nota un escalón en la oscuridad justo antes de tropezar.

Contesté con un «jajaja te cuento mañana, ha sido épico» y dejé el móvil boca abajo.

Pero no le di importancia. Otra vez. Van dos.

Lo que sí hice, ya con la luz apagada, fue algo que no había hecho desde enero: reconstruir la noche de enero entera, minuto a minuto, como quien vuelve a mirar una película sabiendo el final, por si en el fondo había pistas.

Eva había llamado a mi puerta a las once y cuarto de la noche. Eso lo tengo clavado, porque yo estaba viendo el telediario de la noche y me pilló en pijama. Llegó descalza, con la maleta pequeña, llorando. Me contó, entre hipidos, que había pillado a Hugo, que llevaba meses sospechando, que había una compañera de trabajo, que no sabía adónde ir. La abracé. Le hice una tila. Le monté la cama de invitados. Y a la mañana siguiente le hice esa foto en la que sale, ahora que lo pienso con los ojos cerrados, sospechosamente entera para venir de donde decía venir.

Pero es que el dolor no siempre se ve, me dije. Hay gente que se derrumba por dentro con la cara intacta. Yo misma firmé el divorcio con carmín puesto.

Me di la vuelta en la cama, molesta conmigo misma por estar haciendo de detective de madrugada con la única prueba de una raya de eyeliner. Menuda estupidez. Menuda deslealtad hacia una amiga que lo pasó fatal.

Y sin embargo.

Sin embargo, cuando por fin me estaba durmiendo, no fue la cara de Eva la que se me apareció. Fue la frase de mi hijo, la de la galleta mojada en la leche: «Si Hugo fuera tan mala persona, Nora no correría hacia él así». Y encima de esa, sin permiso, la imagen de esta misma tarde, la de él sujetando a la niña por los tobillos en el agua dorada.

Dos cosas que no encajaban con el monstruo que yo tenía fichado.

Dos piezas de otro puzzle distinto que alguien había mezclado en mi caja.

No pasa nada, pensé, ya medio dormida, agarrándome a lo único firme que me quedaba. Puedo echar de menos al vecino que era mi amigo y seguir odiando al hombre que engañó a Eva. Son dos personas distintas que por casualidad viven en el mismo cuerpo y tienen los mismos hombros.

Puedo con las dos.

A la mañana siguiente me desperté con la sensación resacosa de haber discutido con alguien en sueños. Mateo ya estaba en la cocina, subido a la banqueta, untando de Nutella una tostada con la aplicación de un artista restaurando un fresco.

—Buenos días —dije, y le di un beso en la coronilla, que todavía me deja, aunque intuyo que le quedan dos veranos de dejármelo.

—¿Nos vamos de verdad a la playa? —preguntó, sin levantar la vista de la tostada—. Porque anoche lo soñé y quiero saber si fue un sueño o es verdad.

—Es verdad. Casi. Falta que diga que sí del todo.

—Dilo del todo.

—Lo estoy pensando.

—Piénsalo rápido —dijo, y le pegó un mordisco a la tostada, y en ese gesto tan suyo, tan tranquilo, tan poco parecido al hombre

nervioso que fue su padre, me acordé sin querer de otro niño mordiendo una galleta y lanzándome una granada dentro del café.

Aparté la idea. Me serví un café. Me senté enfrente de él.

—Oye, Mateo. Una cosa. —Intenté que sonara a nada—. El otro día, lo que dijiste de Hugo y de Nora. Lo de que si fuera malo, ella no correría hacia él.

—Ajá.

—¿Por qué lo dijiste?

Se lo pensó con la boca llena, que es como piensa las cosas importantes.

—Porque los perros lo saben —dijo al fin—. En el cole nos lo explicó la seño. Que los animales notan quién es buena persona y quién no, por el olor o por algo. Y los niños pequeños son un poco como los perros todavía. Nora es más pequeña que yo. —Tragó—. Y corre hacia él. No corres hacia una persona que te da miedo, mamá. Corres para el otro lado.

Lógica de ocho años. Es decir, lógica sin trampas, sin bandos, sin tilas de por medio, sin medio año de rencor acumulado enturbiándolo todo. La lógica limpia de quien todavía no ha aprendido a mentirse.

—Ya —dije—. Cómete la tostada.

Pero me quedé un rato mirando mi café, removiéndolo sin necesidad, porque no le había puesto azúcar.

Reconstruí una vez más la noche de enero, ahora a plena luz, con la cabeza más fría. Y por primera vez desde enero no me pregunté por lo que Eva me había contado. Me pregunté por lo que Eva no me había contado. Por los huecos. Por lo que no cuadra cuando una mujer que ha llorado toda la noche en un arcén aparece a la mañana siguiente con el eyeliner intacto. Por lo que significa que un hombre culpable lleve medio año sin dirigirte la palabra en lugar de correr a defenderse.

Y sin embargo.

Sin embargo, cuando terminé el café sin azúcar, hice lo de siempre: guardé todo aquello en el cajón donde guardo las cosas que no quiero mirar, le eché la llave y me fui a tender la ropa.

Así que, de momento, elegí no desconfiar de nadie y no creer del todo a nadie, que es la manera cobarde y comodísima de no tener que cambiar de opinión.

Capítulo 8

HUGO

La noche que se fue la luz hacía treinta y ocho grados a las once, y a las dos de la madrugada seguía haciendo los mismos treinta y ocho.

Fue un apagón de los serios. No un plomo de una casa: un corte de compañía, de esos que dejan a oscuras manzanas enteras y que la gente confirma asomándose a la ventana para comprobar que la desgracia es colectiva, que siempre consuela. Las Adelfas entera se quedó negra en dos segundos: las farolas, las piscinas iluminadas, el zumbido de fondo de cien aparatos de aire acondicionado. Y el calor, que hasta entonces disimulaba, se dejó caer encima de todo como una manta mojada.

Yo era el único de la calle que tenía luz. Placas en el tejado y una batería de esas de pared, una Powerwall de trece kilovatios hora que me instalé el invierno pasado, cuando en vez de ir a terapia como una persona sana me dedicaba a llenar la casa de aparatos que me dieran sensación de control. Nora se ríe de mí. «Papá y su nave espacial.» Pues aquella noche la nave espacial era la única casa de la manzana con las luces encendidas y el aire funcionando, un búnker iluminado en mitad de un barrio a oscuras.

Podría haber corrido las cortinas y disfrutar del privilegio en silencio. Es lo que habría hecho cualquier noche. Pero cometí el error de asomarme, y al otro lado del seto vi una silueta pequeña en la ventana de arriba, despeinada, pegada al alféizar buscando un aire que no existía.

Mateo. Cociéndose. A las dos de la mañana.

El calor a esas horas ya no era una temperatura, era una textura. Se te pegaba a la nuca, te dejaba la camiseta hecha un trapo en la espalda, convertía el suelo del porche en una plancha que había

estado cargándose de sol desde las siete de la mañana y lo devolvía todo de noche, sin ninguna prisa.

Hay cosas que uno no puede dejar de ver una vez las ha visto. Así que me puse una camiseta, cogí la linterna y crucé los treinta y dos pasos de siempre en dirección contraria a la habitual: yo hacia su puerta, por una vez en la vida.

Abrió Ali con una vela en la mano y una cara de sorpresa que en la penumbra se le veía enterita.

—¿Hugo? ¿Pasa algo?

—Que tengo luz. Placas y batería, la casa entera tira de ellas. — Me metí las manos en los bolsillos—. He visto al crío en la ventana. Que se traiga la almohada y duerme con aire, y tú también, si quieres. No es una encerrona. Es un enchufe.

La vi pelear consigo misma en la oscuridad, el orgullo contra el termómetro, que es una pelea con un solo resultado posible cuando de por medio hay un hijo que no duerme.

—Que conste que lo hago por el niño —dijo al fin.

Y al pasarme la vela para coger la mochila del crío me rozó los dedos, un cuarto de segundo, con esa torpeza de la gente que está haciendo un esfuerzo enorme por no tocarse. Los dos apartamos la mano a la vez, como si la cera quemara. No quemaba.

—Faltaría más.

Instalé a Mateo en el cuarto de invitados, con el aire suave y una sábana fina, y el crío se rindió al sueño en cinco minutos, que es una capacidad que los adultos perdemos en algún momento entre la hipoteca y el desengaño. Cuando volví al salón, Ali estaba de pie en mitad de la habitación, con los brazos cruzados, mirando mis estanterías como el que inspecciona a un sospechoso.

—¿Quieres beber algo? —dije—. Va a ser difícil que te duermas con este calor.

—Un agua.

—De agua ando regular. —Abrí la nevera y la luz fría nos iluminó a los dos el desastre: seis latas altas y nada más—. Tengo cerveza. Y tengo cerveza. Son las dos opciones.

—¿Eso es todo lo que hay en tu nevera?

—Es la nevera de un hombre divorciado, Ali. Es un género literario en sí mismo. —Cogí dos y le tendí una—. Y encima son artesanas de esas que compra Rober, que tienen nueve grados y saben a pan tostado. Una y estás fina.

Dudó. Miró la lata. Miró la ventana, donde su casa era una mancha negra más en una calle negra. Y la cogió.

—Una. Y porque el agua sois vosotros los que no la tenéis.

Nos sentamos en los dos extremos del sofá grande, con toda la tierra de nadie del mundo entre los dos, y bebimos en silencio los primeros tragos, esos que sirven para no tener que hablar todavía.

La primera cerveza la terminamos hablando del apagón. La segunda —porque hubo segunda, esas latas se beben solas y con nueve grados hacen trampas— la empezamos hablando de la reunión de vecinos, y ahí ya no hubo quien nos parara.

Porque resulta que a Ali también le había parecido que Toni y su mazo eran dignos de un documental. Que ella también había estado a punto de morir cuando Charo soltó lo de los disruptores endocrinos. Que las dos, la de la cloración salina y la de la madera astillable, se merecían un programa propio en horario de máxima audiencia. Nos fuimos pasando la pelota, cada uno rematando el chiste del otro, imitando a Toni golpeando el platito de postre, y en algún momento me di cuenta de que me dolía la cara de reírme, y de que hacía seis meses que no me dolía la cara por ese motivo.

—Lo de «como el mar pero sin peces» —dijo ella, secándose una lágrima de risa— lo voy a bordar en un cojín.

—Yo pago cuatro mil euros en un tobogán con forma de pulpo y a ti te da la risa. Solidaridad cero.

—Es que te lo mereces, por ir a esas reuniones. —Me dio un golpe en el hombro con el dorso de la mano, floja, de las de «anda ya»—. Los que van a las reuniones sois cómplices del sistema.

—Ah, ¿pero tú no estabas? Si te vi en primera fila del circo.

—Yo iba de incógnito. Observadora imparcial. —Otro golpe.

—A la observadora imparcial se le veía el plumero cada vez que se mordía el labio para no reírse. —Y le devolví el golpe, igual de flojo, en el brazo.

Y ahí empezó la tontería. Ella me empujó un poco más fuerte, yo le devolví el empujón, ella me dio en el hombro, yo la esquivé y le di yo, y de repente teníamos treinta y ocho y cuarenta y un años y nos estábamos pegando como dos críos en el patio, entre risas ahogadas para no despertar a los niños, cada empujón un poco menos flojo, un poco más cerca, hasta que en uno de esos forcejeos de tontos le sujeté la muñeca para que dejara de darme, y ella se giró para soltarse, y de repente la tenía a un palmo.

A un palmo.

Con la respiración agitada de la risa, el pelo suelto pegado al cuello por el calor, los ojos todavía brillándole de reír. Y se acabó la risa. Se cortó en seco, igual que cuando alguien apaga la música y de repente oyes el silencio.

No sé quién se movió. Juraría que ninguno de los dos y que fue el palmo el que decidió por su cuenta desaparecer. La besé, o me besó, o nos besamos. Un beso corto, caliente, torpe de puro contenido. Y ella lo devolvió. Me devolvió el beso medio segundo, un segundo, con una mano en mi camiseta, y ese segundo me duró una semana.

Y luego nos separamos como si el otro quemara.

De golpe, los dos a la vez, echándonos hacia atrás cada uno a su extremo del sofá con la misma cara de haber metido la mano donde no se debe. Como dos imanes que se acercan por el lado que no toca y salen rebotados.

Porque yo, ahí, con los labios todavía calientes, me acordé de golpe de quién era ella. La mujer que sabía perfectamente lo que había hecho Eva y aun así la había acogido, la había consolado y me había retirado el saludo a mí. La que eligió el bando de la que rompió mi casa. Esa. Acababa de besar a esa. Y lo peor no fue acordarme: lo peor fue lo poco que me importó durante el beso, y lo mucho que me asustó que me importara tan poco.

Vi en su cara algo parecido, un espanto simétrico, aunque nunca sabré de qué estaba hecho el suyo.

—Vale —dije, levantándome del sofá como si tuviera un muelle—. Vale. Yo me subo. A mi cuarto. Tú te quedas el sofá.

—Sí. Mejor. —Se recolocó una camiseta que estaba perfectamente colocada—. El sofá. Perfecto.

Subí, saqué del armario unas sábanas limpias y una almohada, bajé y se las dejé en el brazo del sofá sin acercarme más de lo estrictamente necesario, como quien deja comida a un animal del que no se fía.

—Por si refresca —dije, y los dos supimos que no iba a refrescar.

—Gracias.

—De nada. Por el niño.

—Por el niño —repitió ella.

Y me subí a mi cuarto, me tumbé encima de la cama sin desvestirme, con el aire acondicionado zumbando y el corazón haciendo cosas que no le había autorizado, pensando que la batería me había salvado de un apagón y me había metido en otro mucho peor, uno que no arregla ninguna compañía eléctrica. Abajo, en mi propio sofá, dormía la única persona a la que no me podía permitir besar.

Y la había besado igual.

Capítulo 9

ALI

Me desperté en el sofá de mi enemigo a las siete de la mañana, con una sábana que olía a él —a suavizante de hombre solo, a cloro y a algo más que no supe nombrar y que me tuve tres días intentando nombrar— y una certeza que me cayó encima antes incluso de abrir los ojos: lo besé. Anoche. Besé a Hugo.

O él me besó a mí. Da igual. En el reparto de culpas de un beso no hay atenuantes que valgan, y menos cuando una lo ha devuelto. Porque lo devolví. Ese es el detalle que no me deja el cuerpo en paz mientras doblo una sábana ajena a las siete de la mañana con la precisión histérica de quien necesita que algo, lo que sea, le quede recto en la vida.

Repasé los hechos igual que repasa la escena de un accidente buscando el punto exacto en el que pudo frenar y no frenó. La cerveza, claro. Aquellas latas de nueve grados que saben a pan y te desmontan las defensas sin que te enteres. La risa, que fue peor que la cerveza, porque hacía meses que no me reía así y una está más indefensa cuando ríe que cuando llora. Los empujones de tontos. Y de repente su cara a un palmo y el mundo entero reducido a la distancia más corta del universo.

Y yo, en lugar de apartarme como haría cualquier mujer con dos dedos de frente y algo de amor propio, cerré esa distancia.

Besé al hombre que le destrozó la vida a Eva.

Lo escribo así, a lo bruto, para que me duela lo justo. Besé al infiel. Al que se metió en la cama de una compañera de trabajo mientras su mujer se rompía en pedazos y venía a llorar a mi cocina descalza. A ese. Le puse la mano en la camiseta y le devolví el beso como una adolescente. Si Eva se enterara. Si Eva me viera.

Y sin embargo —porque siempre hay un «sin embargo» conmigo, es mi maldición— no fue el asco lo que sentí al recordarlo. Y eso es lo que de verdad me tiene revuelta esta mañana. Que mi cuerpo, el muy traidor, no reaccionó como debía reaccionar el cuerpo de una mujer decente al besar a un canalla. Reaccionó como si aquello estuviera bien. Como si llevara meses esperándolo.

Estaba doblando la segunda sábana cuando bajó él.

Apareció en el salón en pantalón de chándal y camiseta arrugada, con el pelo de haber dormido regular y dos cafés en las manos, uno de los cuales me tendió sin decir nada, como se le tiende una bandera blanca a un ejército con el que no te apetece seguir en guerra pero tampoco firmar la paz. Lo cogí. Nos quedamos los dos de pie, a metro y medio de distancia, bebiendo café a las siete de la mañana con la elegancia de dos personas que fingen con todas sus fuerzas que la noche anterior no ha existido.

—Mateo sigue dormido —dijo—. No he querido despertarlo.

—Ya. Gracias. Ahora lo... ahora nos vamos.

—Claro.

—Claro.

Y ese fue todo nuestro tratado de no agresión sobre lo ocurrido: dos «claros» y un café. Ni una palabra de lo del sofá, del beso, del palmo, de nada. Lo enterramos ahí mismo, de pie, con la taza caliente, con esa cobardía tan educada que tenemos los adultos para las cosas importantes. Fui a por Mateo, lo desperté a medias, le calcé las chanclas del revés y lo saqué de aquella casa como quien evacúa una zona de riesgo, sin mirar atrás, con las mejillas ardiendo por algo que no era el calor.

Solo hay una explicación, y me agarro a ella con uñas y dientes camino de casa, arrastrando a Mateo medio dormido de la mano por los treinta y dos pasos que separan la escena del crimen de mi vida ordenada: ese hombre hace algo. Algún tipo de embrujo. Una brujería doméstica de las que no salen en los libros. Porque no es normal. No es normal que a una mujer se le apague el juicio a la misma velocidad a la que se le enciende todo lo demás solo porque un vecino la sujeta de la muñeca. Eso no es química. Eso es magia negra con nueve grados de alcohol. Un sortilegio de urbanización.

Y contra los sortilegios solo hay un remedio conocido: la distancia.

Dejé a Mateo desayunando, me encerré en la cocina y llamé a Nacho antes de que se me pasara la valentía.

—Nacho. Soy Ali. Que sí. Que nos vamos.

—¡Esa es mi vecina favorita! —Oí la palmada al otro lado—. Te juro que ese sitio te va a cambiar el verano.

—No te vengas arriba. Nos vamos una semana, no me caso.

Ultimamos los detalles con una urgencia que a Nacho debió de parecerle entusiasmo y que en realidad era huida. La segunda semana de agosto. La cala pequeña, de arena blanca, con acceso solo para los dos bungalows de lujo. Piscina de agua salada. Club de niños. Mar, mucho mar, todo el mar posible entre mi cuerpo traidor y el vecino brujo del 17.

—Dos bungalows por cala nada más —repetí, porque me sonaba a gloria—. Qué maravilla no ver a nadie.

—El lujo de hoy es no ver a nadie —filosofó Nacho—. Ya me lo agradecerás.

Colgué y se lo dije a Mateo, y mi hijo, que es un niño contenido, hizo algo que no le veía hacer desde antes del divorcio: dio saltos. Saltos de verdad, por la cocina, con los brazos en alto, gritando «¡la playaaa!» como si le hubieran dado la mejor noticia de su vida. Y a lo mejor lo era. Para un niño de ocho años que se ha comido un año de gritos primero y de silencios después, irse una semana con su madre a una playa blanca, sin turnos, sin un padre que siempre está aterrizando en otro sitio, a lo mejor es justo la mejor noticia de su vida.

Se me hizo un nudo en la garganta y fingí que buscaba algo en el bolso.

El resto de la mañana lo pasé haciendo lo único que sé hacer cuando el pecho se me desordena: ordené cosas. Saqué la maleta de playa. Hice listas. Compré crema solar factor cincuenta como si fuéramos a la guerra en lugar de a una cala. Y cada vez que la imagen de anoche intentaba colarse —su cara a un palmo, el segundo aquel—, la metía a empujones en el cajón de las cosas que

no quiero mirar, junto a la raya de eyeliner de Eva y todas las demás piezas que no encajan en la caja.

Porque de eso no pienso ocuparme ahora. De si Hugo besa como no debería besar un infiel. De si un canalla mira a su hija como la mira él. De si un culpable lleva medio año callado en vez de correr a defenderse. De nada de eso. Ahora toca hacer la maleta y poner mar de por medio.

A media tarde, mientras tendía los bañadores de Mateo al sol, lo vi salir a él a su jardín, a lo lejos, con Nora subida a hombros. No miró hacia mi casa. Yo tampoco miré hacia la suya, o eso me dije mientras lo miraba.

Siete días, pensé. En una semana me voy, me tumbo en esa arena blanca, dejo que el mar me deshaga el sortilegio, y vuelvo curada, inmunizada, con el juicio recolocado en su sitio y a este señor bien clasificado otra vez en la carpeta de los villanos, donde llevaba medio año tan tranquilo hasta que se le ocurrió la mala idea de tener luz la peor noche del verano.

Lo que no me pregunté, mientras estiraba el último bañador y el sol de julio me daba en la cara, fue por qué una mujer que solo quiere olvidar a un hombre necesita irse a trescientos kilómetros para conseguirlo.

Las cosas que de verdad no te importan no hacen falta ponerles el Mediterráneo en medio.

Capítulo 10

HUGO

Nueve días. Nueve días estuvimos sin cruzar una palabra, lo cual, teniendo en cuenta que nos separan treinta y dos pasos y un seto, requiere una logística que ya quisieran algunos servicios secretos.

Desarrollamos un sistema. Yo sacaba la basura a las diez y media; ella, que siempre la sacaba a las diez y media, empezó a sacarla a las once. Si yo estaba regando y oía su cancela, me metía dentro con una excusa que no necesitaba dar porque no había nadie a quien dársela. Si ella salía al jardín y yo estaba en el porche, se acordaba de repente de que tenía algo urgentísimo que hacer en la cocina. Coincidimos una vez en el contenedor de vidrio, cada uno con su bolsa de botellas tintineando como una confesión, y nos dijimos «hola» con la garganta cerrada y sin mirarnos, y aquello fue el gran acontecimiento diplomático de la semana.

Nueve días. Y yo, en esos nueve días, hice lo que hace un hombre adulto, sereno y con las ideas claras: analizar el asunto con rigor científico.

Porque el problema no era el beso. El problema era el segundo. Ese segundo en que ella me lo devolvió, con la mano en mi camiseta, antes de que saliéramos rebotados cada uno a su esquina. Ese segundo se me había instalado en la cabeza como un okupa. Aparecía cuando nadaba, entre el largo veinte y el veintiuno. Aparecía en el súper, delante de los yogures. Aparecía a las tres de la mañana, con todo lujo de detalles, y a las tres de la mañana los detalles son mucho peores.

La hipótesis era sencilla. Aquel beso fue una anomalía de laboratorio. Calor extremo, cerveza de nueve grados, tres horas de apagón, dos personas cansadas y un sofá. Cualquier combinación así produce un accidente. No significaba nada. Y para demostrarlo solo

hacía falta replicar el experimento con otra variable, comprobar que el resultado era el mismo y archivar el expediente.

Lo malo de las hipótesis es que a veces la realidad se pone chula.

Ayudaba poco, además, el uniforme de verano de mi vecina. Ali tiene una camiseta gris de estar en casa, vieja, con el cuello dado de sí, que se pone para regar a las nueve de la noche cuando cree que no la ve nadie. No es una prenda bonita. No pretende serlo. Y sin embargo llevo desde junio siendo capaz de decir, con los ojos cerrados, en qué punto exacto de la espalda se le pega cuando ha estado fregando, y cómo se recoge el pelo con una mano y una goma que lleva siempre en la muñeca, y cómo se le queda un mechón fuera que no se recoloca nunca.

Un hombre que se fija en eso no está haciendo ciencia. Está haciendo el idiota con formato de laboratorio.

El sábado Nora se fue con Eva y la casa se me quedó con ese silencio raro de las casas sin niños, ese que suena a hueco. Apareció Rober a media mañana, con dos cafés y su cara de haber tenido una idea, que es la peor de sus caras.

—Te he estado observando y estás gilipollas —diagnosticó, sentándose en mi cocina sin que nadie lo invitara—. Llevas nueve días con cara de hombre que ha perdido algo en un aeropuerto.

—Estoy perfectamente.

—Ayer me contestaste un mensaje con «vale» y un punto. Un punto, Hugo. Los puntos son un grito de socorro. —Le dio un sorbo al café—. Marta.

—¿Qué Marta?

—Marta. Del trabajo. La conociste en la cena de Navidad, la que se rio de tu chiste del ascensor, que fue el único ser humano que se rio. Está separada, es maja, es lista, y ha dicho que sí a un baño en tu piscina esta tarde.

—¿Ha dicho que sí a qué?

—A un baño. En tu piscina. Esta tarde. —Se levantó, satisfecho—. A las seis. De nada.

Y así fue como a las seis de la tarde de un sábado de agosto tuve a Marta en mi jardín, con un vestido de verano y una botella de vino blanco que había traído ella porque, dijo, «he oído que en esta casa

solo hay cerveza», y a mí se me atragantó un poco el aire, aunque eso no fue culpa suya.

Marta era estupenda. Lo digo sin ironía, que en mí es un esfuerzo. Guapa, con esa clase de belleza tranquila que no pide permiso. Divertida. Lista. Se reía de las cosas en el momento en que hay que reírse. Tenía una conversación fácil, sin baches, y una manera de escuchar que hacía que uno tuviera ganas de contarle cosas.

Nos bañamos. Nos sentamos en el porche con el vino. Me contó lo de su divorcio con una ligereza envidiable, sin rencor, como quien cuenta una obra que le hicieron en casa. Yo le conté lo justo, que es lo único que sé contar. Hablamos de trabajo, de Rober, de si merecía la pena poner toldo. Todo bien. Todo correcto. Todo perfectamente agradable.

Y yo no sentía absolutamente nada.

Nada. Cero. Como cuando pruebas un vino que dicen que es buenísimo y a ti te sabe a vino. La miraba y pensaba, con toda la objetividad del mundo: esta mujer es guapísima. Y era una observación, no un latido. Era como mirar la fachada de un edificio bonito.

En un momento dado contó un chiste. Bueno, además. Y me reí. Me reí con la boca, con el ruido correcto, con la duración correcta. Y a mitad de la risa me di cuenta de que era una risa educada, de esas que se fabrican, y me acordé sin querer de una mujer descojonándose en mi sofá a las tres de la mañana, tapándose la boca con las dos manos para no despertar a los niños, con la cara roja y sin poder respirar por culpa de un chiste malísimo sobre el mazo de Toni.

Y entendí, ahí, con la copa en la mano, que el problema no tenía arreglo por esta vía. Que uno no se cura de una risa con otra risa mejor educada.

Estábamos en esas —Marta contándome no sé qué de una reforma— cuando levanté la vista y la vi.

A Ali.

En la ventana de su cocina, la que da a mi parcela. Un segundo, dos. Con un trapo en la mano y toda la cara quieta.

Y hay que ser muy imbécil, muy imbécil, para que lo primero que sientas al ver a tu vecina espiando por la ventana sea esa cosa caliente y sucia que sentí yo. Que me viera. Que estaba viéndolo. Que por una vez fuera ella la que se quedaba del otro lado del cristal.

Duró medio segundo. Medio segundo de triunfo miserable, de decirle sin decirle: ¿ves?, yo también tengo vida, yo también me río, yo también me tomo un vino con alguien un sábado. Y luego vino lo que viene siempre después de las venganzas idiotas, que es la resaca inmediata. Me sentí un cretino. Un cretino de manual, además, de los que se hacen fotos con la vida nueva a ver si la vida vieja las ve.

Porque además, ¿de qué venganza estamos hablando? ¿Qué le importa a ella? Es la mujer que sabía perfectamente lo que había pasado en mi casa y aun así le abrió la puerta a Eva, le calentó la tila y me borró a mí del mapa. Esa. A esa le estaba yo enseñando mi vino y mi risa como un pavo real de segunda mano.

La persiana de su cocina bajó en seco. No a medias. De golpe.

—¿Esa es la vecina? —dijo Marta, que no era tonta.

—Esa es la vecina.

—Ajá. —Y bebió, y no dijo nada más, y en ese «ajá» cabía un informe pericial completo.

Estuvimos otro rato. Nos reímos otro poco. Cuando el sol empezó a caer, Marta dejó la copa en la mesa, se recogió el pelo y me miró con una amabilidad que me hizo sentir todavía peor.

—Hugo, eres majo. En serio. Pero llevas toda la tarde aquí sentado sin estar.

—Perdona. No es por ti, es que...

—No te disculpes, que no me has hecho nada. —Se puso el vestido por encima del bañador con dos movimientos—. Te lo digo con cariño: cuando resuelvas eso, avisa. Pero resuélvelo tú. No lo resuelvas conmigo, que yo no tengo por qué pagar el pato.

Se fue tan tranquila como había venido, y yo me quedé solo en un porche con dos copas, media botella de vino blanco caro y el experimento hecho.

Los resultados, para que conste en el registro de laboratorio:
hipótesis descartada.
No fue la cerveza.

Capítulo 11

ALI

Una compañera de trabajo.

Se llamaba así el gran drama de mi vecina Eva. Una compañera de trabajo. Y allí estaba, en mi ventana, el sábado a las seis y media de la tarde: una tía espectacular, en bañador, tomándose un vino blanco en el porche de Hugo mientras el sol le hacía a los dos ese numerito dorado que solo pasa en los anuncios y en las casas ajenas.

Se reían. Ella le tocó el brazo al reírse. Él ni se apartó.

Y yo, con un trapo de cocina en la mano y la boca abierta como una idiota, me quedé cinco segundos más de los que puede permitirse una mujer con dignidad. Cinco segundos suficientes para que él levantara la vista y me pillara.

Bajé la persiana como si de esa persiana dependiera mi salud pública.

Y entonces empecé a hervir.

Y por debajo del hervor, muy al fondo, había otra cosa peor que no pensaba mirar de frente: que aquella mujer llevaba un bañador negro de una pieza y estaba estupenda, y que yo llevaba tres meses sin ponerme nada que no tuviera cintura elástica. No es que quisiera ser ella. Es que hacía un año que no me acordaba de que yo también soy un cuerpo, y no solo un servicio de transporte escolar con brazos.

No de celos, ojo. Que quede claro: no de celos. De indignación moral. De rabia justiciera. Porque aquello era la confirmación de todo, ¿o no? Ahí tenía yo el resumen del caso en imagen fija: el señor del 17B, medio año después de destrozarle la vida a su mujer con una compañera de trabajo, riéndose en su porche con otra compañera de trabajo, con la piscina, el vino blanco y la sonrisita de

lado. Tal cual. Con la misma naturalidad con la que otros riegan los geranios.

Y yo. Yo. Que hacía nueve días le había metido la lengua en la boca a ese hombre.

Ahí es donde me hervía de verdad. Porque la que había caído era yo. La única mujer de esta calle que sabía lo que sabía, que había recogido los pañuelos de Eva del suelo de mi cocina, la única que tenía todos los motivos del mundo para blindarse, se dejó ablandar por tres cervezas y una tontería de empujones y acabó besándolo en su propio sofá como una adolescente. Y él, nueve días después, tan pancho, sirviéndole vino a la siguiente.

Menuda tonta. Menuda tonta redomada.

Me pasé el resto de la tarde haciendo cosas con violencia. Fregué una sartén que ya estaba limpia. Ordené el cajón de los cables, que es el corazón de las tinieblas de cualquier casa. Puse una lavadora de tres prendas. Y cada veinte minutos, con una disciplina digna de mejor causa, volvía a la ventana de la cocina y levantaba dos dedos la persiana para comprobar que seguían allí.

Seguían allí. A las siete y media seguían allí. A las ocho menos cuarto ella se rio de algo y yo dejé caer la persiana con tanta rabia que casi me llevo por delante la mano.

Y en ese momento, con los dedos doloridos y la dignidad por el suelo, me oí a mí misma decir en voz alta, sola, en mi cocina:

—Pero a ti qué te importa.

Y no me contesté, porque hay preguntas que una no se contesta ni estando sola.

Así que hice lo que hace una mujer herida en su amor propio, es decir, lo más estúpido posible: cogí el móvil y le dije que sí a Dani.

Dani era un amigo de mi amiga Bárbara, que llevaba meses insistiendo. «Es majísimo. Tiene su vida resuelta. Es guapo.» Y sobre el papel lo era. Cuarenta y tres años, en forma, buena camisa, un restaurante bien elegido. Llegó puntual. Me abrió la puerta del coche. Empezó todo estupendamente.

El desastre no fue inmediato. Los desastres buenos nunca lo son. El desastre empezó a insinuarse en el minuto siete, cuando le pregunté a qué se dedicaba.

Y me lo contó.

Me lo contó entero. Me contó su empresa, su modelo de negocio, su facturación del año pasado y su previsión para el que viene. Me contó su divorcio, que fue culpa de ella, y su segundo divorcio, que también fue culpa de ella, cosa que él consideraba una casualidad estadística y no un patrón. Me contó su transformación personal, su proceso de crecimiento, su coach, su rutina de las cinco de la mañana y su suplementación. Me contó que se había reencontrado consigo mismo en un retiro de hombres en la sierra donde, textualmente, «lloraron todos». Me contó lo que había llorado él. Con detalle. Me contó su relación con su padre, su relación con el dinero y su relación con su relación con el dinero.

Al llegar el segundo plato hice el experimento: dejé de hablar. Del todo. Me limité a asentir y a decir «ajá» cada minuto y medio.

No lo notó. No lo notó, Bárbara. Estuvo cincuenta minutos exactos sin necesitar que yo existiera. Podría haberme levantado, haberme ido a casa, haber puesto una lavadora y haber vuelto, y él habría seguido explicándole a mi silla lo que le dijo su terapeuta sobre su niño interior.

En el minuto cincuenta y tres —lo sé porque miré el móvil debajo de la mesa, ese gesto que las mujeres perfeccionamos como un arte marcial— me hizo por fin una pregunta.

—¿Y tú tienes hijos?

—Uno. Mateo, de ocho.

—Ah, qué bien. —Y respiró hondo, con la satisfacción de quien ha cumplido con el trámite—. Yo con mis hijos he trabajado mucho el vínculo consciente. Verás, cuando yo era pequeño, mi padre...

Y volvió a irse. Se fue por su padre, subió por su adolescencia, hizo escala en su primer coche y aterrizó otra vez en el retiro de la sierra.

En algún momento del postre, mientras me explicaba que él ya no busca «relaciones desde la carencia sino desde la abundancia», me pillé pensando en un hombre que dice tres frases en una tarde y que en una junta de vecinos levanta una ceja y con eso te cuenta una novela entera.

Y ahí supe que estaba perdida del todo. Porque no hay nada más humillante que estar en una cita con un hombre razonablemente guapo y descubrir que estás comparándolo. Y que pierde. Pierde por goleada. Pierde contra alguien que ni siquiera está en el restaurante.

Pedí la cuenta yo. La pagué a medias, faltaría más, y él me dejó pagarla a medias mientras me explicaba lo importante que es para él la igualdad.

Y llegó lo peor, que fue el final.

Me acompañó a casa en el coche, aparcó, se bajó a abrirme la puerta —cosa que estaría muy bien si no la acompañara de un discurso sobre su educación— y me escoltó hasta mi cancela. Y allí, bajo la farola, a las doce menos cuarto de la noche, en mitad de mi urbanización, Dani decidió que aquella velada había ido fenomenal e hizo su movimiento.

Se me vino encima como quien cierra una operación.

Le puse la mano en el pecho.

—Dani. No.

—¿No? —Y lo dijo con un asombro tan sincero, tan genuinamente sorprendido, que casi me da pena. Casi.

—No.

—Pero si ha ido genial.

—Ha ido genial para uno de los dos.

Y en ese momento exacto —porque el universo, cuando decide humillarte, no escatima en recursos— oí a mi izquierda el sonido inconfundible de un contenedor de ruedas rodando sobre el asfalto.

Ahí estaba. A quince metros. En chanclas, con una camiseta vieja y su bolsa de basura, mirándome con la cara más neutra del mundo, que en él es la cara más elocuente del mundo.

Dani, que no se enteraba de nada ni siquiera cuando lo tenía delante, se giró hacia él tan campante.

—Buenas noches —dijo, muy señorial.

—Buenas noches —contestó Hugo.

Y luego, mientras encajaba su contenedor en la fila con una parsimonia criminal, sin mirarme del todo, añadió a media voz:

—Yo que tú le contaría lo del retiro de la sierra. No se lo has contado a todo el mundo todavía.

Nos había oído.

Dani se fue confuso, sin entender bien qué había pasado, probablemente convencido de que yo me lo perdía. Yo me metí en casa sin dar las buenas noches a nadie, subí las escaleras de dos en dos y me tiré en la cama con las mejillas ardiendo.

Y lo peor, lo peor de todo, lo que me tuvo despierta hasta las dos, no fue la vergüenza de que me hubiera visto rechazar a un tipo en mi propia cancela.

Fue darme cuenta de que la vergüenza no era por Dani.

Capítulo 12

HUGO

El domingo por la tarde Eva me trajo a Nora.

Aparcó, bajó las gafas de sol lo justo, le dio un beso a la niña en el pelo y la mandó dentro con esa suavidad de directora de colegio caro. Y luego se quedó, que era lo que venía a hacer.

—Está agotada —dijo—. Hemos tenido un finde de mucho plan.

—Ya le doy yo de cenar.

—Eres un cielo. —Sonrisa. Pausa. Y ahí venía—. Oye, me ha dicho un pajarito que el sábado hubo visita en la piscina.

Maruja tiene setenta y cuatro años, una regadera y más red de informadores que la Interpol.

Eva olía distinto. Ese es un detalle que no le he contado nunca a nadie porque suena raro dicho en voz alta, pero es así: mi exmujer cambió de perfume tres meses antes de irse y yo, que soy un hombre que no se entera de nada, me di cuenta y no dije nada. Ahora huele a una vida en la que yo no estoy. Y cada quince días esa vida se planta en mi porche a devolverme a mi hija.

—Vino una amiga a bañarse.

—Ah, qué bien. Me alegro muchísimo, en serio. —Se llevó la mano al pecho, por si no había quedado claro lo mucho que se alegraba—. Ya era hora, Hugo. Yo siempre digo que rehacerse es sanísimo.

—Ajá.

—Lo único... —Y aquí bajó medio tono, el tono maternal, el que usa para clavar las cosas sin que se note que las clava—. Lo único es la niña. Que no se entere por terceros, digo. Ya sabe demasiadas cosas por ahí sueltas. Bastante lío tiene la pobre en la cabeza con todo lo nuestro.

Y se fue con su vestido de lino sin una arruga, dejándome en el felpudo un paquete que yo no había pedido: la idea de que le pasa algo a mi hija, y de que si le pasa, es por algo que hago yo.

Tardé justo cuarenta minutos en descubrir que, esta vez, tenía razón. Que es lo que más rabia me da de Eva: que a veces tiene razón.

Nora cenó tres cucharadas y las movió por el plato durante veinte minutos. No contestaba con impertinencias, que es su idioma habitual. Contestaba con monosílabos, que es mucho peor.

—¿Qué tal el finde?

—Bien.

—¿Qué hicisteis?

—Cosas.

—Nora.

—¿Qué?

Y de repente, sin levantar la vista del macarrón que llevaba media hora paseando:

—¿Quién es la señora que vino a bañarse?

Ahí está. El punto exacto. Ahí es donde uno entiende que las carreteras de esta casa las está asfaltando otra persona.

—Una amiga de Rober. Se llama Marta. Vino a darse un baño.

—¿Y va a volver?

—No lo sé. No creo.

—¿Es tu novia?

—No.

—¿Pero va a serlo?

—Nora, cariño, era un baño.

Y entonces mi hija de nueve años, que hasta ese momento había estado torturando un macarrón con una frialdad de cirujana, levantó la cara y la tenía deshecha. Roja. Con esa fealdad guapísima que se les pone a los niños cuando lloran de verdad, sin plan, sin buscar nada, solo porque no les cabe.

—Es que si tú tienes novia ya no me vas a querer tanto —dijo, y se le rompió la voz en el «tanto»—. Porque mamá tiene amigos y ahora está siempre con el móvil, y tú vas a tener novia y vas a estar con ella, y yo voy a estar en el medio como un... como una maleta.

Como una maleta.

Nueve años.

Me levanté, di la vuelta a la mesa, la saqué de la silla y me la senté encima como cuando tenía tres, que ya casi no cabe pero cupo. Lloró un buen rato. Lloró de verdad, con hipo, empapándome la camiseta, y yo no dije nada durante los primeros minutos porque hay llantos que solo necesitan un sitio donde caerse.

Cuando aflojó, le aparté el pelo de la cara.

—Escúchame. Y esto no lo voy a decir dos veces, así que grábatelo. —Le levanté la barbilla con un dedo—. Tú no eres una maleta. Tú eres la razón por la que existe esta casa. Aquí puede entrar quien entre, dentro de un año o de diez, y no habrá ni una sola persona en este mundo que ocupe tu sitio, porque tu sitio no lo puede ocupar nadie más. No hay concurso. Está adjudicado desde que naciste.

—Pero si viene otra...

—Si algún día viene alguien, lo sabrás por mí. No por un pajarito, no por la vecina, no por nadie. Por mí, sentados aquí. Te lo prometo.

—Vale. —Un hipo—. ¿Y si no me cae bien?

—Pues me lo dices. Y te escucho. Escuchar no es lo mismo que obedecer, ¿eh? No te vengas arriba.

Se rio con la nariz llena de mocos, que es la mejor risa que existe.

La acosté a las nueve, le leí dos capítulos en vez de uno y me quedé sentado en el borde de su cama hasta que se durmió, mirándole la cara y pensando en la cantidad de gente que le está metiendo cosas en la cabeza a mi hija sin pedirme permiso. Su madre. Los pajaritos. La calle entera. Y pensé también, con una claridad incómoda, que la niña había llorado por una mujer que a mí no me importa nada, y que si algún día llora por la que sí, no voy a tener ninguna respuesta preparada.

Bajé, recogí la cocina y saqué la basura.

Y fue entonces, con el contenedor a medio empujar, cuando oí un coche en la calle de al lado y una voz de hombre explicando algo con mucho énfasis.

La farola, la cancela, el señor del retiro de la sierra. Podría decir que me quedé por educación, o que el contenedor pesaba. Sería mentira. Me quedé lo que me quise quedar. Escuché lo que quise escuchar. Y solté lo que solté, que no tenía ninguna gracia y encima me la hizo a mí, porque cuando volví a entrar en casa iba sonriendo como un imbécil y tardé media noche en que se me quitara.

El resto de la semana fue el resto de la semana: trabajo, niña, piscina, largos, silencio. Nora volvió a estar de buen humor con esa facilidad que tienen los niños para recomponerse cuando alguien les ha puesto los pies en el suelo, y pasó tres tardes al sol de la calle jugando con Mateo a un juego incomprensible que consistía en clasificar piedras y discutir sobre la clasificación.

—Se van de viaje —me informó un miércoles, mientras cenábamos.

—¿Quién?

—Mateo. Y su madre. —Pinchó un tomate—. Se van una semana. Dice que hay un club con monitores y que le van a pintar la cara de tigre.

—Qué bien.

—Yo también quiero que me pinten la cara de tigre.

—Anotado. Nora, nosotros tampoco nos vamos a quedar aquí. Necesito despejarme.

Y ahí quedó la cosa, porque a los nueve años las noticias se sueltan así, sin envolver, y el que las recibe se apaña como puede con el envoltorio.

Y el sábado por la mañana, mientras me tomaba el café en el porche, oí el ruido inconfundible de un maletero peleándose con demasiado equipaje.

Al otro lado del seto, Ali cargaba el coche. Una maleta grande, una bolsa de playa, un flotador hinchable en forma de flamenco que se negaba a entrar por ninguna ley de la física, una sombrilla, una nevera portátil. Mateo daba vueltas alrededor con la energía de un niño que lleva tres días sin dormir de la ilusión, estorbando con un entusiasmo maravilloso.

—¡Que no cabe, mamá!

—Cabe.

—¡Que no!

—Cabe porque yo lo digo.

Al final entró, claro. Entró porque lo dijo ella.

Los vi meterse en el coche. La vi ponerse las gafas de sol y ajustar el retrovisor. Y por un segundo, uno solo, giró la cabeza hacia mi porche.

Yo levanté la taza de café dos centímetros. Un saludo minúsculo, ridículo, cobarde.

Ella hizo un gesto con la mano. Mínimo también.

Y el coche arrancó, salió a la avenida, giró y desapareció.

Me quedé en el porche con el café enfriándose, mirando el hueco que había dejado en la acera, y lo primero que sentí fue alivio. Alivio de verdad. Se acabó el sistema de horarios de basura, se acabó el vigilar ventanas, se acabaron los treinta y dos pasos cargados de electricidad. Unos días de tregua. Aire.

Lo segundo que sentí, unos cuatro segundos después, no fue alivio.

Pero eso no pienso contarlo.

Capítulo 13

ALI

Salimos a las siete de la mañana de un sábado de agosto, con el maletero cerrado a base de fe y un flamenco hinchable ocupando el asiento del copiloto como un pasajero más, porque no cupo en ningún otro sitio y porque mi hijo negoció su presencia con la tenacidad de un sindicalista.

—El flamenco va delante.

—El flamenco va en el maletero.

—El flamenco no cabe en el maletero.

—Entonces el flamenco se queda.

—Mamá. —Y me puso esa cara—. El flamenco es de la familia.

Así que el flamenco fue delante, con su cinturón puesto, mirando la autovía con esa expresión de gilipollas satisfecho que tienen todos los flamencos hinchables del mundo.

Y no fuimos en avión. Eso fue decisión mía y no la consulté con nadie.

Podríamos. Había vuelos, había ofertas, había cuarenta y cinco minutos de nada. Pero mi hijo lleva ocho años conociendo los aeropuertos por dentro y las playas por fotos. Ocho años de terminales, de zonas de embarque, de despedidas en el control de seguridad, de un padre que siempre estaba saliendo hacia algún sitio o volviendo de otro y que tenía el aeropuerto por segunda casa y la casa por escala técnica. Los aviones, en mi familia, no significan vacaciones. Significan que alguien se va.

Así que le dije a Nacho que barco.

—¿Barco? Ali, son cinco horas de coche más el ferry. En avión estáis allí a media mañana.

—Barco, Nacho.

—Tú mandas.

Y sí, fueron cinco horas de coche. Con la música que eligió Mateo, además, porque las promesas son las promesas y yo me comí una lista de reproducción que combinaba, sin ningún criterio estético, éxitos del verano, la banda sonora de una película de dragones y, por motivos que nunca me explicó, tres canciones de Rocío Jurado.

Y luego llegó el puerto. Y el barco.

Y ahí, señoras y señores, es donde a mí se me rompió algo por dentro.

Porque mi hijo no había subido nunca a un barco. Nunca. Y cuando el ferry despegó del muelle y la ciudad empezó a hacerse pequeña, Mateo se agarró a la barandilla de la cubierta con las dos manos, se puso de puntillas y se quedó así, quieto, callado, con el pelo hacia atrás y la boca entreabierta, mirando el agua abrirse en dos como si estuviera asistiendo a un milagro privado.

Estuvo veinte minutos sin decir nada. Mi hijo, que habla por los codos. Veinte minutos.

—Mamá —dijo por fin, sin girarse—. Esto es mejor que volar.

—¿Tú crees?

—Volando no ves nada. Solo nubes. —Se lo pensó—. Y encima llegas enseguida.

Y me tuve que poner las gafas de sol a las diez y media de la mañana en la cubierta de un ferry, porque hay cosas que una no puede llorar delante de un niño de ocho años que acaba de descubrir que el mundo es grande.

Llegamos al resort a las cinco y media, y ahí me dio el bajón.

Porque el sitio era una barbaridad. Una recepción abierta al mar, sin paredes, con ventiladores de aspas y suelo de piedra fresca. Familias guapísimas en tonos beige. Niños rubios con nombres de tres sílabas. Una señora con un caftán que costaba más que mi coche. Y yo, con la camiseta arrugada de cinco horas de autovía, el pelo hecho un desastre por el aire de la cubierta y un flamenco hinchable bajo el brazo, porque no lo pude dejar en el coche sin que se produjera un conflicto diplomático.

Y me oí la voz. Esa voz. La que llevo dentro desde niña, que tiene el acento de mi madre y que dice siempre lo mismo: que esto no es

para ti, Ali, que tú aquí estás de prestado, que a ti te han hecho un favor, que como se enteren te sacan.

—Buenas tardes —dije, poniendo mi voz de mujer que no está de prestado—. Tenemos una reserva. Bungalow de la cala.

La chica miró la pantalla. Tardó unos segundos que a mí me parecieron un juicio.

—Ah, sí. Los del bungalow B. —Sonrió—. Qué suerte tienen. Es el mejor sitio de todo esto.

Y me dio la llave. Sin más. Sin preguntarme cuánto había pagado, ni por qué, ni con quién me había divorciado, ni si me lo merecía.

Mateo, que iba a mi lado leyendo un folleto con el ceño fruncido, levantó la vista.

—Mamá, ¿por qué pones esa cara?

—¿Qué cara?

—La de cuando vas al banco.

Ocho años. Ocho.

—Ninguna cara, cariño.

—Vale. —Volvió al folleto. Y luego, sin levantar la vista, con esa naturalidad devastadora—: Es que estamos de vacaciones, ¿eh? Por si se te ha olvidado.

Y se me pasó. Así, de golpe. Se me pasó porque me lo dijo un niño con la mochila del colegio reconvertida en equipaje de playa, y porque tenía toda la razón: estábamos de vacaciones. Nosotros. Por una vez. Y no había ningún comité evaluando si nos correspondía.

Bajamos a la cala a las seis de la tarde.

Y no tengo palabras suficientes, aunque me pagan por tenerlas.

Un camino de piedra bajaba entre pinos, con ese olor a resina caliente que solo existe en las islas en agosto, y de repente se abría abajo, encajada entre dos brazos de roca, una lengua de arena blanca. Blanca de verdad. No de folleto: blanca. El agua tenía tres colores distintos según la profundidad, como si alguien la hubiera pintado por capas, y estaba tan quieta que se oía el ruido que hace el mar cuando no hace ruido.

Y en toda esa cala, dos casas. Dos.

Dos bungalows de madera clara, uno en cada extremo, separados por unos setenta metros de arena y por un promontorio bajo de roca que los hacía sentirse todavía más solos. Con su porche, sus hamacas, sus dos escalones que bajaban directamente a la playa. Sin cola de bufé. Sin música. Sin nadie.

Mateo se quedó parado en mitad del camino con la mochila puesta.

—¿Es esta?

—Es esta.

—¿Toda?

—Toda no, cariño. La casa esa de ahí. La playa es de todos.

Miró la cala vacía, calculó, y llegó a la conclusión correcta:

—Pues hoy la playa es nuestra.

El chico del resort, que nos había bajado las maletas en un cochecito eléctrico, nos abrió y nos explicó las cuatro cosas: el club de niños allí arriba, la piscina de agua salada al otro lado del pinar, el restaurante hasta las once, y que si necesitábamos algo, había un teléfono en la pared.

—¿Y los vecinos? —pregunté, señalando con la barbilla el otro bungalow, cerrado a cal y canto, con las contras echadas y las hamacas todavía plegadas.

—De momento, nadie. —Se encogió de hombros—. Puede que entre alguien estos días, pero ahora mismo está libre. Están ustedes solos en la cala.

Y yo, que soy una mujer horrible, sentí una alegría desproporcionada.

Solos. Una semana entera sin música ajena a las once de la noche, sin setos, sin contenedores, sin coreografías de basura, sin nadie al otro lado de una ventana. Una semana sin tener que decidir a qué hora salgo yo para no coincidir con nadie.

—Perfecto —dije—. Cuanto menos vecino, mejor.

Y hasta me reí sola de mi propio chiste, ahí de pie en la puerta, con la llave en la mano.

Aquella tarde nos bañamos hasta que se nos arrugaron los dedos. Cenamos en el restaurante de arriba, con Mateo pidiendo cosas que no sabía pronunciar y comiéndoselas enteras. Volvimos a

la cabaña con las chanclas en la mano y la arena todavía caliente. Y a las diez menos cuarto, mi hijo estaba dormido con la sal seca en el pelo y una sonrisa que no se le quitó ni durmiendo.

Yo salí al porche con una copa de vino blanco y me senté en un escalón.

La cala estaba en silencio. Un silencio que no era el de mi urbanización, que es un silencio lleno de gente callada; este era otro, de los que se oyen por dentro. La luna hacía en el agua ese camino tonto que hace siempre. El otro bungalow seguía cerrado, oscuro, muerto, con las contras echadas.

Y yo respiré hondo por primera vez desde enero.

Ya está, pensé. Ya está, Ali. Trescientos kilómetros. El mar entero de por medio. Una semana para que se te pase el sofoco, para que se te recolque la cabeza, para volver curada y con ese señor otra vez en su carpeta, donde estaba tan tranquilo.

Porque eso era todo, ¿no? Proximidad. Verano. Un apagón. Tres cervezas de nueve grados. Un hombre en bañador a treinta y dos pasos de tu ventana, todos los días, durante todo este tiempo. Cualquiera. Le pasa a cualquiera.

Con distancia se cura.

Me terminé el vino mirando el agua negra y me fui a la cama convencidísima, que es como se va una a la cama las noches antes de que le pase algo.

Capítulo 14

ALI

El segundo día fue el mejor día que hemos tenido mi hijo y yo desde que su padre se fue de casa. Lo digo así, sin adornos, porque es la verdad y porque quiero acordarme de él cuando sea vieja.

Empezó con Mateo despertándome a las ocho y cuarto pegando saltos en mi cama, cosa que no hacía desde los cinco años, para informarme de que el mar seguía ahí. Lo había comprobado desde el porche. Por si acaso.

Desayunamos arriba, en la terraza, con esa hambre que solo da el mar, y a las diez lo dejé en el club de niños, que era una especie de cabaña grande llena de críos y de monitores de veintipocos con una energía que a mí me pareció sospechosa a esas horas.

—¿Seguro que quieres quedarte?

—Sí.

—¿Seguro seguro?

—Mamá, que me quiero quedar. —Y luego, bajando la voz, muy serio—: Es que dicen que pintan la cara.

Y se fue con la monitora sin mirar atrás.

Sin mirar atrás. Ni una vez.

Y ahí me quedé yo, a las diez de la mañana, plantada en mitad de un pinar con la bolsa de playa colgando del hombro y sin la menor idea de qué hacer con mi vida durante las siguientes tres horas.

Porque resulta que llevaba medio año sin estar sola. Sola de verdad, digo: no la soledad de cuando el niño duerme y tú friegas, sino la otra, la que te deja sin tareas. Bajé a la cala, extendí la toalla, abrí el libro y descubrí, con cierto pánico, que no sabía estar. Miré el mar. Miré la arena. Miré el libro. Me leí cuatro páginas

seguidas —cuatro, un récord del verano— y me di cuenta de que me estaba enterando de lo que leía, y por poco lloro.

A las once y media ya me había bañado dos veces. A las doce me dormí encima de la toalla como un lagarto. A la una me desperté con la boca seca y la marca de la costura en la mejilla y pensé, con una claridad que me sorprendió: hacía años que no me aburría, y qué maravilla es aburrirse.

Y aprendí, ese día, que la piel se entera de las vacaciones antes que la cabeza. La sal secándose y tirando de los hombros. La arena caliente en la planta de los pies hasta el borde del agua y luego, de repente, fría y compacta donde la moja la última ola. El pareo pegándose a los muslos mojados. Ocho horas al día en contacto con cosas, después de un año entero en el que lo único que tocaba yo eran teclados, pomos y la frente de mi hijo para ver si tenía fiebre.

Recogí a Mateo a las dos. Tenía la cara pintada de tigre.

—Es un tigre de Bengala —me aclaró, muy digno—. No un tigre normal.

—Perdón.

—Y me han dicho que si mañana quiero, me pintan de dragón. Pero yo he dicho que a lo mejor repito de tigre, porque me queda bien.

Comimos. Durmió media siesta bajo la sombrilla. Y por la tarde, cuando el sol empezó a aflojar y la cala se puso dorada, hicimos lo que habíamos venido a hacer sin saberlo.

Le enseñé a hacer el muerto.

Ocho años tiene mi hijo y no sabía flotar. Sabe nadar, eso sí, se lo enseñaron en el colegio, brazada por brazada, con esa técnica de tragar agua que tienen los niños. Pero flotar no. Flotar es otra cosa. Flotar hay que enseñarlo despacio y hay que enseñarlo con las manos.

—Túmbate.

—Me hundo.

—No te hundes. Yo te sujeto.

—¿Me sujetas de verdad?

—Te sujeto de verdad.

Y le puse una mano debajo de la nuca y otra debajo de la espalda, con el agua por la cintura, en esa parte de la cala donde el fondo es de arena y el mar está tan quieto que parece una bañera enorme. Y le fui diciendo las cosas que hay que decir. Que llene el pecho de aire y no lo suelte. Que las orejas se meten, que eso no pasa nada, que es normal oír de repente el ruido del mar por dentro. Que mire al cielo. Que no se agarre.

—Es que si no me agarro, me caigo.

—Cariño, estás en el agua. En el agua no se cae nadie. Solo te tienes que fiar.

Tardó veinte minutos en fiarse.

Y luego, de golpe, se fio. Noté cómo se le soltaba la espalda, cómo dejaba de empujar hacia abajo, cómo el cuerpo entero se le volvía ligero, y le fui quitando las manos poco a poco, primero una y luego la otra, y mi hijo se quedó flotando solo en mitad del Mediterráneo, con la cara de tigre a medio derretir y los ojos abiertos como platos mirando un cielo que se estaba poniendo naranja.

—Mamá.

—Dime.

—Ya no me sujetas.

—Ya no.

—¿Y no me hundo?

—No te hundes.

Se quedó callado un rato larguísimo, flotando, con las orejas dentro del agua, y luego dijo una cosa que me va a durar hasta que me muera:

—Es que pensaba que había que hacer más cosas.

—¿Para qué?

—Para no hundirte. Pensaba que había que hacer muchas cosas. Y resulta que hay que hacer menos.

Yo me quedé de pie a su lado, con el agua por la cintura, mirando a mi hijo flotar en el Mediterráneo, y me alegré muchísimo de estar ya mojada, porque así no se distingue.

Cenamos pronto. Mateo se durmió a las nueve y veinte, en mitad de una frase, con la cara pintada todavía a medias porque le

supliqué que se lavara y me dijo que un tigre de Bengala no se lava y que además mañana se lo retocaban.

Y a las once menos cuarto, con mi hijo dormido y la casa en silencio, salí al porche.

La noche estaba parada. No corría ni una gota de aire. El mar hacía ese ruido mínimo de lengüetazo que hace cuando no hay olas, y la luna, que iba casi llena, tenía la casa entera iluminada de un gris plata que daba un poco de miedo de lo bonito que era.

Miré hacia el otro extremo. El bungalow seguía cerrado. Dos días llevaba cerrado. Ni una luz, ni una contra abierta, ni una hamaca desplegada. Y a última hora de la tarde me había parecido oír el cochecito eléctrico bajando por el camino, pero cuando volvimos del restaurante seguía todo apagado, así que sería el chico de la limpieza, o de la piscina, o el que trae las toallas.

Nadie. En setenta metros a la redonda, nadie.

Y entonces se me ocurrió la idea.

Porque llevaba dos días con esa agua delante y no me la había metido nunca de noche. Y porque tenía treinta y ocho años, un divorcio, un beso mal archivado y un cuerpo que llevaba medio año pidiéndome perdón por existir. Y porque una vez, hace mil, cuando yo tenía veintitantos y el mundo era otra cosa, me bañaba en el mar de noche sin nada y no me parecía un acto de valentía, sino un martes.

Bajé los dos escalones del porche. Crucé la arena, que todavía estaba caliente por debajo. Dejé la toalla en la orilla.

Y me quité la parte de arriba del bikini, y por qué no, la de abajo. Sentí una excitación por estar completamente desnuda y que primero la brisa nocturna y luego el agua me acariciara sin ropa de por medio.

Así, sin más, en mitad de una playa vacía, con la luna de testigo y setenta metros de nada a cada lado. La dejé encima de la toalla, hecha un ovillo verde.

El agua estaba tibia. Entré despacio, notando cómo me subía por las piernas, por la cintura, por las costillas, y cuando me cubrió del todo me tumbé de espaldas e hice lo que le había enseñado a mi

hijo por la tarde: no hacer nada. Ninguna cosa. Llenar el pecho de aire, meter las orejas, mirar el cielo y fiarme.

Y funcionó. Vaya si funcionó.

Flotando ahí, con el mar sonando por dentro y todas las estrellas del universo encima, se me deshizo el nudo del pecho por primera vez desde enero. Ya está, pensé otra vez, con los ojos cerrados y una sonrisa de idiota. Curada. Ya está. No hay ningún embrujo. No hay ningún sortilegio. Solo había un vecino a treinta y dos pasos y un verano muy largo, y mira, se arregla con agua salada y trescientos kilómetros.

Estuve así no sé cuánto. Diez minutos. Quince.

Y vi, andando hacia el mar, en mi dirección, un chico sin camiseta y con un cuerpo escultural que intuía por la luz plateada de la luna. Parecía que él no sabía que estaba yo en el agua.

Mierda, no podía salir. Mi bikini entero estaba en la orilla, encima de la toalla, a diez metros de donde yo estaba y con él justo en medio. Él se acercaba al agua poco a poco. Frotándose los brazos con agua para atemperarse. Pensé en sacar solo los ojos y la nariz como hacen los cocodrilos para que no me viera y se fuera, pero al poco escuché su voz.

—Hola, ¿qué tal?

Y tres latidos saltaron sin consentimiento acompañado de un extraño calor que me subió.

Era su voz.

La de Hugo.

Capítulo 15

HUGO

Una semana. Le había pedido a Rober siete días de su vida y una excusa que darle a nadie, porque cuando le dije que me iba con Nora a una playa que no había pisado nunca, reservada a última hora a través de un conocido que tenía una plaza suelta, me miró como se mira a un hombre que ha decidido cambiar de vida por la vía rápida.

—¿Y con quién vas?

—Con Nora.

—¿Solo con Nora?

—Solo con Nora, Rober. Ese es el plan entero.

Y era ese el plan, en efecto: una semana de no ser el vecino sospechoso de nadie, ni el exmarido de nadie, solo el padre de una niña de nueve años en una playa que se me había vendido con la palabra «silencio» subrayada tres veces, cosa que a un hombre que lleva medio año durmiendo mal se la cuelan sin necesidad de folleto.

El sitio me lo había colocado un conocido. «Se me ha caído una reserva, te la dejo tirada, es una cala con dos casas y nada más, vas a flipar.» No pregunté mucho.

Y flipé, en efecto. La cala era de las que no se pueden describir sin quedar como un cursi, así que no lo voy a intentar. Dos bungalows, uno en cada punta, separados por un promontorio de roca. El mío era el A. En el B había gente —una toalla tendida, un cubo de playa infantil en los escalones, un flamenco hinchable de un tamaño obsceno atado al porche—, pero no coincidí con ellos al llegar, porque llegamos a media tarde, deshicimos las maletas, cenamos algo arriba y a las nueve y media Nora ya dormía como un tronco, agotada del viaje y de la novedad, con esa capacidad que

tienen los niños para gastarse toda la energía del mundo en una sola tarde y apagarse en seco.

Y yo, con la niña dormida y la puerta de su cuarto entreabierta, hice lo que hace un padre responsable en una casa nueva junto al mar: asomarme cada diez minutos a comprobar que seguía ahí, y a las once menos cuarto, viendo que no se movía ni con el ruido de las olas, bajé descalzo a la playa a darme un baño rápido, sin alejarme del porche más de lo prudente. Dejé la toalla y la camiseta en una roca y fui hacia la orilla frotándome los brazos con agua para no entrar de golpe, que ya no tengo edad de entrar de repente.

Y entonces vi que había alguien en el agua.

Una cabeza. Una silueta flotando a unos metros, quieta, de espaldas, que al oírme se enderezó de golpe. Perfecto. Justo lo que necesitaba mi retiro de silencio: un vecino. Pensé en dar media vuelta, pero ya me había visto, así que hice lo que hace la gente educada en la playa, que es fingir naturalidad.

—Hola, ¿qué tal? —dije, hacia la sombra del agua.

Silencio. Un silencio raro, tenso, de más.

—¿Ali?

—...No.

—¿Cómo que no?

—Que no. Que te has equivocado. —Una pausa—. Vale, sí. Soy yo. Pero como si no.

Y ahí, señoras y señores, se me descolgó la mandíbula hasta la arena.

Porque era ella. En aquella cala. En aquel mar. A setenta metros de mi bungalow. Ali. Mi vecina. La mujer de la que había cruzado media España para descansar, flotando en el mismo trozo de Mediterráneo que yo, a las once de la noche, mirándome con una cara de horror que debía de ser el espejo exacto de la mía.

—Pero ¿qué...? —Me reí, sin ganas, del puro pasmo—. ¿Esto es una broma? ¿Es una cámara oculta? ¿Me estás siguiendo?

—¿Que si te estoy siguiendo YO a TI? —Su voz subió una octava—. ¡Perdona! ¡He venido a trescientos kilómetros exactamente para NO verte! ¡He venido en barco, Hugo! ¡Cinco horas! ¡Para no verte!

—¡Pues anda que yo! ¡Yo he venido a un sitio que me ha colocado un...! —Y ahí me paré en seco, porque acababa de entender el mecanismo entero en seco. El conocido. La reserva caída. Los dos bungalows. La misma persona nos había mandado al mismo sitio—. No me lo puedo creer. Nacho. Nos ha metido a los dos en la misma cala.

—¿Nacho? ¿A ti también te la ha vendido Nacho?

—Con lo de «se me ha caído una reserva».

—¡Con lo de «se me ha caído una reserva»! —Ali hundió la cara en el agua un segundo, de pura desesperación, y volvió a salir—. Lo voy a matar. Voy a volver y lo voy a matar. A ese hombre le voy a hacer una reseña de una estrella que se va a acordar.

Me habría reído más rato, la verdad, si no fuera porque en ese momento caí en un detalle. Ella no se movía. Llevábamos dos minutos discutiendo y no había dado un paso hacia la orilla. Seguía ahí plantada, con el agua por los hombros, muy quieta.

—¿Y tú por qué no sales? —dije—. Sal del agua y lo hablamos como personas, en vez de a gritos como dos tontos en un anuncio.

—No.

—¿No?

—No puedo salir.

—¿Cómo que no puedes salir?

Hubo una pausa larga. Y luego, con una voz pequeñita, distinta, una voz que no le había oído nunca a Ali en toda la guerra:

—Porque no llevo nada, Hugo.

—¿Nada de qué?

—Nada de nada. —Un silencio mortal—. Que me he bañado sin bikini. Que está ahí tirado, en la orilla, debajo de tu pie casi. Que estoy en pelotas. ¿Lo pillas ya o te lo delecteo?

Y a mí, que soy un hombre serio, un hombre que lleva medio año sin encontrarle la gracia a casi nada, me entró una risa por dentro que no había manera de parar. No de burla. De incredulidad pura. Del absurdo cósmico de la situación: dos divorciados que se odian, mandados por un vecino celestino a la misma cala, encontrándose de noche en el mismo mar, uno de ellos desnudo.

—No te rías —dijo ella—. Te juro que no te rías o entro y te ahogo, me da igual quedarme viuda de un hombre que no es mi marido.

—No me río.

—Te estás riendo. Lo oigo.

—Me estoy conteniendo, que es distinto y tiene mérito.

Al final hice lo único que podía hacer un caballero, o lo más parecido a un caballero que quedaba en mí a esas horas. Fui hasta la orilla, cogí su toalla —estaba donde la había dejado, en la arena, hecha un gurrño— y me acerqué al agua sosteniéndola abierta con los dos brazos estirados, como un torero, girando la cabeza hacia el otro lado con toda la solemnidad de la que fui capaz.

—Venga. Sal. No miro.

—¿Seguro que no miras?

—Ali, te he visto llegar cargando un flamenco hinchable del tamaño de una vaca. El misterio ya está roto. Sal.

La oí acercarse. La oí salir del agua, ese sonido del mar soltando un cuerpo. Y aguanté. Aguanté con la cara girada hacia el promontorio, mirando fijamente una roca como si fuera lo más interesante del universo, portándome mejor de lo que me he portado en toda mi vida adulta.

Casi.

Porque a un metro de mí, justo cuando alargaba la mano para coger la toalla, se me escapó. Medio segundo. Un vistazo lateral, traidor, involuntario, de esos que hace el ojo por su cuenta sin pedirle permiso al cerebro. Y la vi. Plata de luna, agua resbalándole, el pelo pegado y oscuro. Entera.

Y aparté la vista a la velocidad del rayo, con el corazón haciéndome cosas que no le tocaba hacer a estas alturas de mi vida y de mi rencor, y le puse la toalla por delante como el que apaga un fuego.

—Ya. Toma. Tápate.

Se enrolló la toalla debajo de los brazos a toda prisa. Y nos quedamos los dos ahí, de pie en la orilla, a un palmo, ella envuelta y goteando, yo sin camiseta y sin saber dónde meter las manos ni los

ojos, con setenta metros de playa vacía a cada lado y esa luna imbécil iluminándolo todo como un foco de teatro.

—Gracias —dijo, muy bajo.

—De nada.

—Ha sido un detalle. No mirar.

—Ya.

Y no dije que había mirado. Pero debió de vérmelo, porque siempre me lo ve todo, y en vez de indignarse, en vez de soltarme uno de sus zascas de manual, hizo una cosa rarísima: se le escapó la risa. Una risa nerviosa, entrecortada, que le tembló en los hombros y le contagió a la toalla. Y yo me reí también. Y de repente estábamos los dos muertos de risa en mitad de una playa a medianoche, ella desnuda debajo de una toalla, yo empapado, sin acordarnos por un momento de que se suponía que nos odiábamos.

Y ese fue el problema. Que se nos olvidó.

Porque cuando la risa se apagó —y se apagó de golpe, como se apagan las cosas importantes— seguíamos a un palmo. Y ella tenía una gota bajándole por el cuello que yo seguí con los ojos sin ningún derecho a hacerlo. Y levantó la cara. Y me miró de una manera que no era de guerra fría, que no era de vecina, que era de otra cosa mucho más antigua y mucho más peligrosa.

—Hugo —dijo. Solo eso. Mi nombre.

Y no sé quién se movió, otra vez no lo sé, pero esta vez no volvió la luz para separarnos, no hubo apagón que terminara, no hubo Marta ni Dani ni sofá ni excusa. Esta vez la besé, y no fue un beso corto ni torpe ni de accidente. La agarré por la cintura por encima de la toalla y ella me pasó los brazos por el cuello y se pegó a mí, mojada y caliente y temblando, y nos besamos como se besa cuando llevas seis meses fingiendo que no quieres, que es la peor manera y la mejor.

La toalla resbaló. Ninguno de los dos la recogió.

Caímos de rodillas en la arena todavía tibia, sin dejar de besarnos. Ella me pasó las manos por el pecho, por los hombros, con una avidez que no le conocía, y yo la tenía delante desnuda entera, mojada, con la piel de gallina por el contraste del aire y la

luna dándole en los hombros, y no había ni una sola parte de mi cerebro trabajando en ese momento.

Le puse las manos en la cintura y subí. Le cubrí los pechos con las palmas y noté los pezones endurecidos contra la piel, y ella soltó el aire de repente contra mi boca. Agaché la cabeza y le lamí uno, despacio, luego el otro, y ella me hundió los dedos en el pelo y me apretó contra sí, y ese fue el momento exacto en que se me borraron de un plumazo los últimos seis meses.

Me besaba el cuello, la clavícula, con esa urgencia de quien lleva mucho tiempo aguantando. Me bajó la mano por el estómago, me metió la mano por debajo del bañador mojado y me la cogió entera, y al notar lo duro que estaba se le escapó un sonido bajo contra mi hombro que casi me termina ahí mismo.

—Joder, Hugo.

—Ya te digo.

Le eché la cabeza atrás con la mano en la nuca y le besé la garganta mientras bajaba la otra mano por su vientre, y ella abrió las piernas antes de que llegara, ayudándome, y cuando la toqué estaba empapada y caliente y no era del mar.

—Espera —jadeó, sin dejar de besarme—. Espera, esto es una locura.

—Lo es.

—Es malísima idea.

—Malísima —dije, y le besé el hombro.

—Fatal. —Me buscó la boca otra vez—. Es lo peor que podríamos...

Y entonces, desde el bungalow, lejano pero clarísimo en el silencio de la cala, sonó una vocecita medio dormida arrastrando las vocales:

—¿Mamáaaa?

Nos quedamos de piedra. Los dos. Congelados a mitad de un beso, con la respiración disparada, en mitad de una playa, medio desnudos.

Mateo.

Alí cerró los ojos un segundo, volviendo de muy lejos, y luego se separó de mí con una lentitud dolorosa, recogiendo la toalla de la

arena, tapándose, recomponiéndose a toda prisa mientras el corazón se le veía latir en el cuello.

—Tengo que... —dijo, señalando el bungalow, sin terminar la frase.

—Ve.

—Hugo.

—Ve, Ali. Está despierto.

Se levantó, se enrolló la toalla, dio dos pasos hacia su casa y se paró. Se giró. Abrió la boca para decir algo —no sé qué, nunca lo sabré— y al final no dijo nada. Solo negó un poco con la cabeza, como quien no se cree lo que acaba de pasar, y echó a andar hacia el bungalow B con la toalla apretada y la espalda muy recta.

Yo me quedé de rodillas en la arena, solo, con la marea subiéndome ya por las piernas y una certeza clavada en mitad del pecho.

Que no era la cerveza. Nunca había sido la cerveza. Y que estaba metido en un lío que no arreglaba ninguna compañía eléctrica, ni trescientos kilómetros, ni el mar entero de por medio.

Capítulo 16

ALI

No dormí. Obviamente.

Me pasé la noche en la cama de matrimonio del bungalow, con Mateo desparramado a mi lado en diagonal, ocupando un espacio imposible para un niño de veintiocho kilos, y yo pegada al borde del colchón con los ojos abiertos en la oscuridad, reviviendo la playa fotograma a fotograma con una mezcla de horror y de otra cosa que no pienso nombrar ni bajo tortura.

Me había acostado —bueno, casi— con Hugo. En una playa. Desnuda. Yo.

Repasémoslo con frialdad forense, que es como me gusta torturarme. Yo, Ali. La mujer que recogió los pañuelos de Eva del suelo de su cocina. La que la abrazó mientras lloraba. La única persona en trescientos kilómetros a la redonda que sabe la clase de hombre que es ese: un tío capaz de meterse en la cama de una compañera de trabajo mientras su mujer se derrumba. La que juró, con una copa de vino y toda la solemnidad de una divorciada reciente, que no volvería a caer.

Esa. Esa misma. Revolcándose en la arena a las once y media de la noche con el susodicho, y agarrándolo de la nuca, además, no vaya a ser que se escapara.

Si me hubiera visto Eva.

El pensamiento me dio un escalofrío. Y sin embargo —porque conmigo siempre hay un «sin embargo», ya lo he dicho, es mi cruz— el escalofrío no fue del todo de culpa. Hubo culpa, sí. Pero por debajo de la culpa, traicionero, caliente, imposible de apagar, había otra cosa. El recuerdo de sus manos en mi espalda. De su boca. De cómo dejó de reírse de golpe cuando me vio salir del agua. De ese

«estás mirando» / «estoy mirando» que me sube la temperatura solo de recordarlo.

Me odié un poco. Bastante. Pero me odié caliente, que es la peor manera de odiarse.

Y encima seguía teniendo arena. Esa es la parte que nadie cuenta de los revolcones en la playa: que a las tres de la mañana sigues encontrándote arena en sitios que no vienen en los mapas, y que cada grano es un recordatorio muy físico y muy concreto de lo que has hecho. Me había duchado dos veces. Daba igual. La sal me tiraba de la piel de los hombros y yo, cada vez que me movía en la cama, notaba el cuerpo entero como si me lo hubieran estrenado por la noche.

En algún momento de la madrugada, Mateo se removió, abrió un ojo y me encontró despierta mirando el techo.

—¿No duermes? —murmuró, con la voz pastosa.

—Ya me duermo, cariño. Duérmete tú.

—Es que estás muy en el borde. —Se arrastró unos centímetros y me hizo sitio, generoso, en su propia cama de matrimonio robada—. Ven al medio. Que te vas a caer.

Y me dormí, al final, en el medio, con el brazo de mi hijo cruzado sobre mí como un cinturón de seguridad de veintiocho kilos, pensando que la única persona que me cuidaba últimamente era la que menos debería tener que hacerlo.

Amaneció a las siete y pico. Mateo se despertó a las ocho, feliz, ajeno por completo a que su madre había estado a punto de arruinarle la infancia en la arena la noche anterior, y me pidió ir a la playa «antes de todo». Y ahí caí en la cuenta de la magnitud del desastre.

No me podía ir. Quedaban cuatro días. Cuatro. Y Hugo estaba a setenta metros. En la misma cala. Con su hija. Con su porche mirando al mismo mar que mi porche. No había escapatoria, no había avión de vuelta, no había treinta y dos pasos que poner de por medio: había setenta metros de arena blanca y la obligación de compartírselos durante cuatro días con el hombre al que la noche anterior le había arrancado la camiseta.

Bajé a la playa con Mateo agarrándome la mano y el estómago hecho un nudo.

Y ahí estaban. Padre e hija, en la orilla, montando un castillo de arena de una ambición desmedida. Nora levantó la cabeza, vio a Mateo y pegó un grito de alegría que resonó en toda la cala:

—¡MATEO! ¡Estás aquí! ¡Papá, está Mateo!

Y los dos niños, que en la urbanización se veían todos los días, se reencontraron como si llevaran años separados por una guerra, con esa capacidad que tienen las criaturas de encontrar milagroso lo que los adultos encuentran incomodísimo.

—¿Vosotros también estáis aquí? —preguntó Mateo, alucinado—. ¡Qué fuerte! ¡Es el mejor día de mi vida!

Hugo se incorporó despacio, sacudiéndose la arena de las rodillas, y me miró. Llevaba una camiseta —esta vez sí— y unas gafas de sol que, muy oportunamente, no me dejaban verle los ojos. Yo llevaba las mías por el mismo motivo. Dos personas comunicándose a través de dos pantallas oscuras, como corresponde.

—Ali —dijo.

—Hugo.

Volvíamos al idioma de siempre. Dos sílabas y una guerra fría. Solo que ahora la guerra fría tenía arena en sitios donde no debería y un recuerdo compartido de la noche anterior latiéndonos a los dos detrás de las gafas.

—Los niños quieren jugar —dijo, señalando con la barbilla a Mateo y Nora, que ya estaban discutiendo el diseño del ala este del castillo—. Yo... no voy a estropearles esto. Si te parece, hacemos como que somos dos adultos normales que coinciden en una playa. Por ellos.

—Por ellos —acepté.

Y así empezó el día más raro y más largo de mi vida. Un día entero fingiendo, delante de dos niños felices, que el hombre que me había tenido desnuda entre sus brazos ocho horas antes era solo el vecino del 17B con el que coincidí en el contenedor de vidrio.

Construimos el castillo. Los cuatro. Hugo cavaba el foso con una concentración excesiva, claramente para no mirarme, y yo decoraba

las almenas con conchas con una dedicación igual de sospechosa. Los niños daban órdenes. En un momento dado, Mateo decretó que el castillo necesitaba un puente, y Nora que necesitaba un dragón, y se montó una discusión diplomática que Hugo y yo tuvimos que mediar, y al mediarla nuestras manos se rozaron en la arena, y los dos apartamos la mano como si quemara, y Nora nos miró con el ceño fruncido, porque los niños lo notan todo aunque no sepan qué es lo que notan.

Comimos juntos. Fue idea de los niños y no hubo forma de negarse sin dar explicaciones que no podíamos dar. En una mesa del restaurante de arriba, los cuatro, con los críos parloteando sin parar y los dos adultos pasándose el pan con una cortesía de embajada. Hugo, para mi sorpresa, era divertido cuando se relajaba. Contaba las cosas con esa sequedad suya que las hacía el doble de graciosas, y en dos ocasiones me reí sin querer, de verdad, y en las dos me corté a la mitad al acordarme de que no tengo permitido reírme con él.

Porque ese es el problema, el problema de fondo, el que me tuvo despierta y me va a tener despierta las cuatro noches que quedan: que si Hugo fuera solo un cuerpo bonito, yo esto lo gestionaría. Los cuerpos bonitos se gestionan. Una mira, suspira y sigue con su vida.

Lo que no se gestiona es que además me caiga bien. Que me haga reír. Que monte castillos con los niños y medie en las disputas del dragón y tenga esa paciencia y esa ceja y ese silencio.

Lo que no se gestiona es sospechar, cada vez con más miedo, que a lo mejor el hombre que tengo delante no es el mismo que me contaron.

Pero de eso no me pienso ocupar en la playa.

Esa noche, cuando acosté a Mateo, no salí al porche.

Me quedé dentro, con la puerta cerrada y las contras echadas, como quien se pone en cuarentena. Porque sabía perfectamente que si salía, y veía la luz de su bungalow encendida al otro lado de la cala, iba a hacer una tontería.

Y ya había hecho la cuota de tonterías del verano.

Capítulo 17

HUGO

Resulta que compartir una cama de dos casas con la mujer que no te puedes quitar de la cabeza es una forma muy sofisticada de tortura. Los antiguos, que eran gente creativa para el sufrimiento, no llegaron a inventarla, y mira que le echaron horas.

El segundo día lo pasamos igual que el primero: fingiendo. Los niños se habían vuelto inseparables —Nora había adoptado a Mateo con esa intensidad absoluta que le pone mi hija a todo, que en ella las cosas nunca van a medias— y eso nos condenaba a Ali y a mí a una convivencia constante y educadísima que era mucho peor que la guerra abierta.

Porque en la guerra, al menos, uno sabe dónde está. Esto era otra cosa. Esto era pasarme un plato rozándole los dedos. Era verla salir del agua con el bañador puesto, esta vez, y que la imagen del bañador me remitiera directamente a la imagen sin bañador, gracias, cerebro, muy útil. Era sentarme en la arena a metro y medio de ella durante horas, hablando de tonterías, con los cuerpos gritándose cosas que las bocas tenían prohibidas.

Hubo un momento, a media mañana, que estuvo a punto de acabar conmigo. Mateo había perdido un manguito y Ali se agachó a buscarlo debajo de la hamaca, y yo, que soy un caballero, aparté la vista, y al apartarla me la encontré a ella apartándola también, porque me había pillado a mí en el mismo delito de intentar no delinquir. Nos sostuvimos la mirada medio segundo, culpables los dos, y luego los dos nos pusimos a buscar el manguito con un entusiasmo desproporcionado, cada uno por su lado de la playa, como si en aquel manguito naranja estuviera la salvación de nuestras almas.

Lo encontró Nora, por cierto. Estaba puesto. En el pie de Mateo. Llevaba puesto todo el rato. Los niños tienen estas cosas.

A media mañana, mientras los niños se peleaban felizmente con las palas, me sonó el teléfono encima de la toalla. Lo tenía boca arriba, entre los dos, en ese metro de arena de nadie donde acabábamos dejando las cosas de todos: la crema, las gafas, las llaves.

Se encendió la pantalla. Y desde donde estaba, Ali la vio antes que yo.

Sofía. Un mensaje con un corazón al final y algo sobre echarme de menos, de esos que escribe ella con la efusividad de quien nunca ha sabido decir las cosas a medias.

Alargué la mano y le di la vuelta al móvil, no por esconder nada, sino por ese acto reflejo de no dejar mensajes ajenos a la vista de nadie. Y al levantar la cabeza me la encontré mirando la arena con una fijeza sospechosa, como si acabara de descubrir algo fascinante en un grano de cuarzo.

No preguntó.

Podría haber preguntado. Cualquiera habría preguntado, con menos confianza de la que teníamos nosotros a esas alturas, después de lo de la playa. «¿Quién es Sofía?» Cuatro palabras. No le habrían costado nada.

Pero Ali no pregunta. Nunca pregunta. Esa es su especialidad de la casa, aunque yo entonces todavía no lo sabía formulado así: mira, saca su conclusión, la archiva, y sigue como si nada, con la sonrisa un grado más fría de lo que estaba un minuto antes.

Y yo tampoco expliqué nada, claro, porque yo tampoco explico nunca nada, que es mi propia especialidad y la razón por la que llevo medio año siendo el villano de un cuento que no escribí. No se me pasó por la cabeza que hubiera algo que explicar.

Volví a lo mío, que era fingir que no la miraba.

Por la tarde bajó una nube de esas de agosto, de las que no llueven pero refrescan, y la cala se quedó gris y perlada y preciosa. Los niños se empeñaron en bañarse igual, y nosotros los dejamos, vigilándolos desde la orilla con esa alerta compartida de dos padres

que, sin decírselo, se han repartido la vigilancia: tú miras al tuyo, yo al mío, y los dos miramos a los dos.

—Nora está feliz —dije, mirando a mi hija enseñarle a Mateo a hacer el pino en el agua, esta vez ella de profesora—. No la veía así desde... no sé desde cuándo.

—Mateo tampoco. —Ali se abrazó las rodillas—. Es la primera vez en un año que no me pregunta por su padre. Ni una vez. En cinco días, ni una vez.

—Se están haciendo bien el uno al otro.

—Sí. —Un silencio—. Los niños siempre van por delante.

Y ahí, en esa frase, en ese «los niños siempre van por delante», había una puerta entreabierta que ninguno de los dos cruzó, porque cruzarla significaba hablar de nosotros, y de nosotros no se puede hablar.

Cenamos en los porches, cada mochuelo en su olivo, por acuerdo tácito. Yo acosté a Nora, le leí lo de los dragones, y cuando se durmió salí al porche con una cerveza, sin nueve grados esta vez, y me senté en el escalón a mirar la cala.

Y su luz estaba encendida.

Al otro lado, a setenta metros, la ventana del bungalow B tenía luz. Una luz cálida, de lámpara, de alguien que tampoco dormía. Y yo me quedé mirándola como un imbécil, con la cerveza calentándose en la mano, calculando setenta metros de arena y un montón de razones para no cruzarlos.

No debía. Lo tenía clarísimo. Esa mujer era la que me borró del mapa, la que eligió a Eva, la que me condenó sin juicio. Todos los motivos seguían ahí, intactos, ordenados, con su etiqueta.

El problema es que llevaban dos días compitiendo con otra cosa. Con una mujer que le enseña a su hijo a hacer el muerto. Que decora almenas con conchas con una seriedad de arquitecta. Que sale del agua bajo la luna y te mira con la barbilla alta aunque no lleve nada puesto. Que se corta la risa a la mitad, igual que yo, cada vez que se le olvida que se supone que me odia.

Y por primera vez en seis meses, sentado en aquel porche con la cerveza calentándose, con su luz encendida a setenta metros

llamándome sin llamarme, pensé una cosa que no me había permitido pensar jamás.

Pensé: ¿y si me equivoco yo también en algo?

No supe en qué. No tenía ni idea de en qué podía equivocarme, con las pruebas que tenía, con lo que sabía. Pero por primera vez la certeza de medio año hizo un ruido raro, un crujido pequeño, como el de una viga que lleva mucho tiempo aguantando un peso y empieza, muy despacio, a plantearse que no puede.

No crucé la cala. Me terminé la cerveza y me metí en casa.

Pero apagué la luz mucho después de que se apagara la suya. Y no fue casualidad. Estuve esperando a ver cuál se apagaba primero, como un crío.

Se apagó la suya. Gané yo.

No gané nada.

Y a las tres y veinte de la mañana seguía despierto, mirando el techo de madera del bungalow, con una frase suya dándome vueltas en la cabeza.

La había dicho por la tarde, sin darle importancia, mientras los niños se peleaban por una pala. Habíamos acabado hablando de nuestros ex, de refilón, sin entrar en lo que no se puede entrar, y ella se había reído con esa risa suya que no tiene nada de risa y había soltado:

—Lo bueno de Allan es que al menos era previsible. Los martes y los jueves «tenía simulador». Toda la vida. Simulador los martes y los jueves.

Martes y jueves.

Me di la vuelta en la cama. Me la volví a dar.

Porque hay una cosa que no le conté a Ali, ni pienso contársela nunca a nadie, y es que yo sé perfectamente qué días de la semana me destrozaron la vida. Lo sé porque los leí en una tablet, en mi propio salón, por encima del hombro de mi hija. Y no eran unos días cualesquiera.

Eva también tenía sus martes y sus jueves. Pilates, decía. Pilates y luego unas cañas con las chicas del pilates. Cuatro horas de pilates, que ya me dirás tú qué clase de suelo pélvico requiere ese nivel de sacrificio.

Y los martes y los jueves, ¿dónde estaba yo? Fácil: fuera. Toda la vida igual. Natación de Nora a las siete, en el polideportivo del pueblo de al lado, veinte minutos de coche cada trayecto; y como ya que estábamos allí no íbamos a volver a casa a cenar solos, subíamos a casa de mis padres, que viven a diez minutos, y cenábamos con ellos. Todos los martes y todos los jueves desde que la niña tenía cinco años. Salíamos a las seis y media y no volvíamos antes de las once.

Cuatro horas y media de casa vacía. Dos veces por semana. Con una regularidad de reloj suizo que cualquiera de esta calle podría recitar de memoria, porque en una urbanización así todo el mundo sabe a qué hora sale el coche de cada cual.

Y yo, que soy el hombre de la nave espacial, el de las placas y la batería y las dos cámaras, nunca até esos dos cabos. Ni una vez. Porque hay una cosa que no te enseñan de niño y es que el cerebro no busca lo que no quiere encontrar.

Y una idea empezó a montarse sola en mi cabeza, sin pedirme permiso, con esa lógica sucia y clarísima de las tres de la mañana. Una idea tan absurda, tan gorda, tan improbable, que me senté en la cama en seco con el corazón haciendo algo raro.

No, pensé. No, hombre, no. Eso es imposible. Eso no pasa en la vida real. Eso pasa en las novelas malas.

Pero ya no había manera de dormir.

Me levanté. Fui al salón del bungalow descalzo, comprobé de paso que Nora seguía despatarrada en su cama, y me senté en el sofá con el móvil en las manos y el corazón golpeándome en las costillas.

Abrí la aplicación de las cámaras de casa.

Porque yo, como bien se ríe mi hija, soy el hombre de la nave espacial: placas, batería, riego por el móvil y dos cámaras en el exterior del chalet. Una en la puerta, otra en el lateral del garaje. Las puse hace tres años por un tema de paquetes que desaparecían, y desde entonces están ahí, grabando la calle más aburrida del mundo, guardando todo en la nube porque en su día contraté el plan de almacenamiento largo, el caro, el de dos años de histórico, y nunca me acordé de bajarlo al básico. Cuarenta euros al año por

conservar imágenes de una calle en la que no pasa nada. Hasta este verano, en que resultó ser la mejor inversión de mi vida.

Dos años de grabaciones. Enteritas.

La app tardó una eternidad en cargar con el wifi cutre del resort. Y cuando por fin se abrió el calendario, con todos esos meses ahí, en fila, esperando, me quedé mirando la pantalla un buen rato sin tocar nada.

Porque una vez que mires, ya no se puede dejar de mirar.

Puse el dedo encima de un martes de noviembre del año pasado. Y le di.

Capítulo 18

ALI

Eran las nueve menos veinte de la mañana y yo estaba haciendo café en el porche cuando lo vi venir por la arena.

Y supe que pasaba algo antes de que llegara. Lo supe por cómo andaba. Hugo camina siempre igual, con esa parsimonia de tío que nunca tiene prisa por llegar a ningún sitio, y aquella mañana venía cruzando los setenta metros de cala con una zancada distinta, más larga, más recta, sin mirar el mar ni una sola vez.

Traía el móvil en la mano. Y traía una cara que no le había visto nunca, ni en seis meses de guerra, ni en la reunión de vecinos, ni siquiera la noche del apagón. Una cara pálida debajo del moreno, con los ojos rojos de no haber dormido y la mandíbula tan apretada que se le marcaba el músculo.

—Hugo. —Dejé la cafetera—. ¿Qué pasa? ¿Le pasa algo a Nora?

—Nora está bien. Está dormida. —Se paró al pie de los escalones del porche. Miró hacia dentro de mi bungalow—. ¿Mateo?

—Duerme. Se acostó tardísimo. —El corazón se me había puesto a hacer cosas raras—. Me estás asustando.

—Ali. —Y ahí se le rompió un poco la voz, y ese hombre no se le rompe la voz nunca—. Necesito enseñarte una cosa. Y no sé cómo hacerlo sin hacerte daño, así que lo voy a hacer mal. Voy a hacerlo fatal, seguramente. Perdóname de antemano.

—Hugo, me estás...

—Siéntate. Por favor.

Y me senté. Me senté en el escalón del porche, en camiseta de dormir y con el pelo hecho un desastre, a las nueve menos veinte de una mañana de agosto, sin tener ni idea de que aquella iba a ser la última media hora de mi vida en la que yo era la persona que era hasta entonces.

Se sentó a mi lado. Dejó el móvil sobre la madera, entre los dos, boca abajo. Se pasó las manos por la cara.

—Tengo cámaras en casa —dijo—. Dos. Una en la puerta y otra en el garaje. Las puse hace tres años por unos paquetes que se perdían.

—Vale.

—Guardan todo en la nube. Dos años.

—Vale.

—Anoche no podía dormir. Y me puse a mirar. —Tragó saliva—. Empecé por noviembre del año pasado. Un martes.

—¿Por qué un martes?

Se quedó callado un segundo. Y luego dijo:

—Porque ayer me contaste que Allan tenía simulador los martes y los jueves.

Y el mundo hizo un ruido raro. Como cuando en un avión cambia la presión y de repente te oyes por dentro.

—No entiendo —dije, aunque una parte de mí, en algún sótano muy hondo, había empezado a entender ya.

—Ali. —Me miró. Y en esos ojos no había ni rastro del hombre irónico y seco que llevaba desde enero tratándome como a una desconocida—. Eva también tenía martes y jueves. Ella lo llamaba pilates.

Silencio.

Un silencio de esos que no se llenan con nada, que se quedan ahí ocupando toda la sala, todo el mar, toda la mañana.

—No —dije.

—Ali...

—No. —Me levanté. Me volví a sentar. Me temblaban las manos y las escondí debajo de los muslos como una cría—. No. Eso es una casualidad. Eso es... mucha gente hace cosas los martes. Los martes son días normales. La gente tiene planes los martes.

—Sí.

—Es una coincidencia estúpida y tú llevas sin dormir toda la noche y te has montado una película.

—Sí. Eso pensé yo. —Y entonces cogió el móvil, lo desbloqueó y me lo puso delante—. Y entonces miré.

Lo primero que vi fue una imagen fija en blanco y negro, granulada, con la calidad regular de las cámaras de seguridad. Nuestra calle. La acera. Un trozo de mi seto por la izquierda. La fecha en una esquina: 14 de noviembre. La hora: 20:47.

Y un coche aparcando delante del chalet de Hugo. Un Audi gris.

Se me heló la sangre antes incluso de que la puerta se abriera. Porque yo conozco ese coche. Lo he limpiado. He discutido dentro de ese coche. He puesto una sillita de bebé en la parte de atrás de ese coche.

Allan bajó del Audi. Miró a un lado y a otro de la calle con esa naturalidad chulesca que tiene para todo, se acercó a la puerta del 17B y la puerta se abrió antes de que llamara.

Y en el umbral, con un vestido que le conocía y descalza, estaba Eva.

Y no se dieron la mano.

Vi cómo mi marido —mi marido, el padre de mi hijo, el hombre con el que llevaba ocho años casada aquel 14 de noviembre— agarraba por la cintura a mi vecina y la besaba en la puerta de su propia casa como si llevara toda la semana esperando ese momento. Vi cómo ella le pasaba los brazos por el cuello. Vi cómo se metían dentro. Vi cómo la puerta se cerraba.

Y vi el contador de la grabación seguir corriendo en una calle vacía, con mi propio seto asomando por la esquina de la imagen, a doce metros escasos de donde yo estaría en ese momento, en mi cocina, haciendo la cena, poniéndole los deberes a Mateo, siendo idiota.

—Para —dije.

Hugo paró el vídeo.

Me levanté. Bajé los dos escalones. Di tres pasos por la arena y me quedé ahí de pie, de espaldas a él, mirando un mar que de repente me parecía una decoración de mierda, con las dos manos en la boca.

—¿Cuántas veces? —dije, sin girarme.

—Ali, no...

—¿CUÁNTAS VECES?

Bajé la voz enseguida, por los niños. Pero ya lo había gritado.

Hugo tardó en contestar. Cuando lo hizo, lo hizo con una voz muy plana, de hombre que lleva toda la noche haciendo cuentas y no quiere volver a hacerlas.

—He mirado hasta las cinco de la mañana. Noviembre, diciembre y las dos primeras semanas de enero. —Una pausa—. Once veces. Que se vean en cámara, once. Siempre martes o jueves. Siempre entre las ocho y media y las nueve.

Once veces.

Once martes y jueves en los que yo estuve al otro lado de un seto, a doce metros, dándole la cena a mi hijo mientras mi marido se acostaba con mi vecina en la casa de enfrente. Once veces que subí a dormir sola porque él tenía simulador. Once.

Y entonces me acordé de una cosa y se me revolvió el estómago de verdad, físicamente, tuve que tragar saliva dos veces.

—El seis de enero —dije—. Mira el seis de enero.

—Ali...

—Mira el seis de enero, Hugo.

Lo buscó. Ahí estaba. 6 de enero, 20:52, el Audi gris aparcando.

El día de Reyes. Allan había salido de casa a las ocho y media diciendo que iba a llevarle el regalo a su madre porque se le había olvidado, y volvió a las once y pico y le dio un beso a Mateo en la frente mientras el niño dormía rodeado de juguetes.

Me senté en la arena. Directamente en la arena, ahí donde estaba, porque las piernas dijeron hasta aquí.

Hugo se sentó a mi lado, a un metro, sin tocarme, que fue justo lo que había que hacer.

Estuvimos así un rato largo. El mar hacía su ruido de siempre, ajeno del todo, y arriba, en el pinar, se oían ya las voces de los primeros críos yendo hacia el club.

—Yo la acogí —dije al final, con la voz rara—. Vino a mi puerta llorando y yo le hice una tila.

—Lo sé.

—Le di mi cama de invitados. Le presté ropa. Le dejé mi manta buena. —Me reí, y fue una risa horrible—. Le hice una foto y le dije que estaba preciosa. Le dije: «Estás preciosa hasta llorando, Eva».

Y entonces caí. Caí de golpe, como se cae uno por una escalera.

Me giré hacia él. Y por primera vez en toda la mañana, por primera vez en seis meses, lo miré de verdad. A él. A Hugo. Al hombre que llevaba medio año a treinta y dos pasos de mi puerta.

—Hugo. —Se me cerró la garganta—. Ella me dijo que fuiste tú.

Y vi cómo le cambiaba la cara. Despacio. Como cuando el agua cambia de color al pasar una nube.

—¿Qué?

—Eva. Esa noche. En mi cocina. —Estaba temblando—. Me dijo que la habías engañado tú. Con una compañera de trabajo. Que llevabas meses. Que había visto mensajes. Me lo contó todo con detalles, Hugo, con nombres, con fechas, llorando encima de mi mesa, y yo...

—Espera.

—Yo me lo creí.

—Espera, espera. —Se había puesto de pie. Se llevó las dos manos a la cabeza y se quedó así, mirándome desde arriba con una expresión que no se puede describir—. ¿Tú...? ¿Tú creías que yo...?

—Claro que lo creía. —Y ahí ya se me saltaron las lágrimas, de rabia, de vergüenza, de todo—. ¿Qué te crees que llevo pensando todo este tiempo? ¿Por qué crees que no te dirigía la palabra? ¡Yo creía que le habías destrozado la vida a esa mujer!

—Yo pensaba que lo sabías. —Lo dijo muy bajo. Casi para él—. Ali, yo pensaba que ella te lo había contado. Que te lo había contado todo, en esos días en tu casa, y que aun sabiéndolo tú habías decidido ponerte de su lado.

Nos quedamos mirándonos como dos personas que acaban de descubrir que llevaban seis meses hablando idiomas distintos y creyendo que se entendían.

—¿Por eso me odiabas? —dije.

—Por eso te odiaba.

—¿Porque creías que yo sabía que ella era la infiel y aun así...?

—Y aun así le calentabas la tila y a mí me retirabas el saludo. —Soltó el aire de repente, como si le hubieran dado un puñetazo—. Joder. Joder, Ali.

Se sentó otra vez en la arena. Y ahí, delante de mí, aquel hombre de piedra, aquel armario cerrado que no da explicaciones ni bajo

tortura, se pasó la mano por los ojos y no me dejó ver si se los estaba secando.

—Seis meses —dijo—. Seis meses tratándote como a una basura. Poniéndote caras. Ese día del seto, lo que te dije...

—Yo te llamé cosas peores por dentro.

—No es lo mismo. Tú actuabas con la información que tenías. Yo también, pero mi información era mentira y ni se me pasó por la cabeza comprobarla. —Negó con la cabeza—. Ni una vez. Ni una sola vez se me ocurrió preguntarte. Preferí odiarte. Era más cómodo.

—Yo tampoco pregunté nunca. —Me sequé la cara con el dorso de la mano—. Ni una vez, Hugo. Seis meses viviendo a treinta y dos pasos y ni una sola vez se me ocurrió llamar a tu puerta y decirte: oye, ¿esto es verdad?

—Ya.

Será que el cuerpo tiene una manera muy suya de sobrevivir a las cosas, pero ahí, en mitad de aquel desastre, con los ojos hinchados y el mundo del revés, me entró la risa. Una risa horrible, sin ninguna gracia, de esas que están al lado del llanto y comparten pared con él.

—¿De qué te ríes? —dijo.

—De que lleváramos todo este tiempo odiándonos por lo mismo. —Me tapé la cara—. Por lo mismo, Hugo. Los dos éramos los cornudos. Los dos. Y en vez de juntarnos, nos declaramos la guerra.

Y él también se rio. Bajito. Como quien tose.

—Somos idiotas.

—Somos idiotas de manual.

Y luego se acabó la risa, como se acaban esas risas, dejando un silencio que pesaba una tonelada.

—Ali. —Se giró hacia mí—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Y yo. Yo lo siento más, porque yo...

—No. —Me cortó, con esa firmeza suya—. Tú acogiste a una mujer que llegó llorando a tu puerta a las once de la noche. Eso es lo que hiciste. Eso está bien hecho, Ali. Eso lo volverías a hacer y harías bien.

Y ahí me rompí del todo. Ahí, en la arena, delante de él.

Porque llevaba seis meses siendo, sin saberlo, el arma de otra persona. Y el único que podía haberme odiado por ello acababa de decirme que hice bien.

No me tocó. No me abrazó. Se quedó a un metro, dejándome llorar con dignidad, que es la cosa más elegante que ha hecho un hombre por mí en toda mi vida. Y cuando levanté la cabeza y le vi ahí, esperándome, con los ojos rojos de no dormir y la camiseta del revés, entendí una cosa con una claridad que asustaba.

Que llevaba medio año odiando al único hombre en trescientos kilómetros a la redonda que estaba clavado igual de roto que yo.

Y que aquella noche, cuando los niños se durmieran, iba a pasar lo que llevaba pasando desde la primera cerveza en su sofá, solo que ya sin ninguna excusa a la que agarrarme.

Porque ya no había nada en medio.

Ni una sola cosa.

Capítulo 19

HUGO

Aquel día fue el día más largo y más raro de mi vida.

Porque uno no puede descubrir a las tres de la mañana que su exmujer se acostaba con el marido de su vecina, contárselo a la vecina a las nueve menos veinte, y a las once estar untándole crema solar a dos niños en la orilla como si no pasara nada. Pero eso fue justo lo que hicimos. Porque los niños existen, y los niños tienen hambre, y quieren playa, y el mundo no se para para que dos adultos digieran que llevan seis meses viviendo dentro de una mentira.

Así que nos pasamos el día actuando. Mal, además. Nos reíamos a destiempo. Nos quedábamos callados mirando el agua. En un momento dado, mientras los críos buceaban con las gafas, ella me pasó una botella de agua y nuestras manos se tocaron y ninguno de los dos apartó la mano, y así estuvimos tres o cuatro segundos, con la botella en el aire, hasta que Nora gritó desde el agua que había visto un pez y nos soltamos como si nos hubieran pillado.

A media tarde, Ali desapareció una hora. La vi subir sola por el camino del pinar con el móvil en la mano y volver con los ojos rojos y la mandíbula tensa. No le pregunté. Me limité a acercarle una cerveza cuando se sentó y ella me dijo «gracias» y luego, al rato:

—Le he escrito a mi abogada.

—¿Vas a...?

—Todavía no lo sé. —Miró el mar—. Solo quería que alguien más lo supiera. Que no estuviera solo en mi cabeza.

Aquello me pareció lo más sensato que había oído en mucho tiempo.

Y luego llegó la noche.

Cenamos los cuatro arriba, en el restaurante, y los niños estaban tan reventados de sol que Mateo se durmió con la cabeza apoyada en la mesa antes del postre. Los bajamos a la cala, cada uno con el suyo. Los acostamos. Nora cayó a las diez menos cuarto; Mateo llevaba dormido desde arriba.

Yo estaba en mi porche a las diez y veinte, mirando el mar, cuando la vi salir del suyo.

Traía dos cosas en la mano. Una copa de vino y el vigilabebés blanco de Mateo, ese cacharro que compró cuando el niño era un bebé y que sigue enchufando en los sitios nuevos «porque en las casas raras duerme raro».

Bajó los escalones. Cruzó la arena. Y a mitad de camino, sin decir nada, levantó el vigilabebés y lo agitó un poco en el aire, como quien enseña un pasaporte en una frontera.

Yo entré en casa, cogí el mío —porque yo también tengo uno, y no pienso justificarme— y salí con él en la mano y una copa que no había servido todavía.

Nos encontramos en mitad de la cala. En tierra de nadie. Cada uno con su vigilabebés y su copa, dos adultos de casi cuarenta años, y creo que jamás en la historia de la humanidad ha habido una escena más ridícula ni más excitante.

—Cobertura hasta la roca grande —dijo ella, muy seria, señalando con la copa—. Lo he probado esta tarde.

—¿Lo has probado esta tarde?

—Lo he probado esta tarde. —Y ahí se le escapó la sonrisa, y a mí me subió la temperatura cuatro grados de golpe—. No me mires así.

—Te estoy mirando de una manera perfectamente normal.

—Me estás mirando como me miraste el primer día en el agua.

—Es que es la misma mujer.

Fuimos hasta la roca grande, la del promontorio, que queda a unos veinte metros de los dos bungalows y donde la arena hace una especie de cuenco protegido del viento y de la vista. Dejamos los dos vigilabebés encima de una piedra plana, uno al lado del otro, con sus dos lucecitas verdes encendidas, como dos centinelas absurdos.

Y luego nos quedamos de pie, mirándonos, sin ninguna excusa.

Ninguna. Ni cerveza, ni apagón, ni malentendido, ni bandos, ni Eva. Seis meses de escombros retirados en una sola mañana y ahí estábamos los dos, en una playa, sin nada que nos protegiera el uno del otro.

—Se me ha olvidado cómo se hace esto —dijo ella en voz baja.

—Y a mí.

—Llevo diez años sin...

—Y yo.

—¿Y si se nos da fatal?

—Ali.

—¿Qué?

—Cállate, por favor.

Y la besé.

Y esta vez no hubo voz de niño que nos parara, ni luz que volviera, ni promesa de que era mala idea. Esta vez fue como cuando revienta una presa: no empieza despacio, empieza con todo.

La besé como llevaba medio año queriendo besarla sin saberlo, con las dos manos en su cara primero y luego en su nuca, y ella se agarró a mi camiseta con un puño y tiró de mí hacia abajo, hacia la arena, y caímos los dos de rodillas otra vez en el mismo sitio donde habíamos caído la primera noche, solo que esta vez sin nada que nos hiciera parar.

Le quité el vestido por la cabeza y ella se rio en mitad del beso porque se me enganchó en el pelo, y esa risa —esa risa suya, la de verdad, la de las juntas de vecinos— me dio en algún sitio que no tiene nada que ver con el cuerpo. Luego se le acabó la risa. Le desabroché el sujetador, le bajé las bragas por las piernas y la tumbé en la arena, y me quedé un segundo mirándola a la luz de esa luna imbécil, entera, abierta, esperándome.

Le besé el cuello, el hombro, el pecho, mientras ella me desabrochaba el pantalón con una impaciencia que no le había visto nunca. Y dijo mi nombre de una manera que no lo había dicho nunca, no como cuando me lo escupía por encima del seto, sino entero, blando, sin bordes.

Le metí la mano entre las piernas y la encontré ardiendo, y ella se abrió contra mi palma y me mordió el labio inferior, y ese fue el momento exacto en que se me terminó de acabar la paciencia y la de ella también.

Y yo pensé, con la última neurona que me quedaba funcionando: seis meses. Seis meses odiando a esta mujer a treinta y dos pasos de mi cama.

Menudo desperdicio.

ALI

Se me olvidó todo.

Eso fue lo primero que noté, y me di cuenta de ello con una especie de asombro, ahí, en la arena, con las manos de Hugo recorriéndome como si estuviera aprendiéndose un mapa de memoria. Que se me había olvidado todo. Eva, Allan, el 14 de noviembre, las once veces, la tila, la manta de cuadros. Seis meses de rabia desaparecidos de mi cabeza como si alguien hubiera desenchufado algo.

Y en el hueco que dejaron solo quedaba esto: un hombre besándome el estómago en una playa a oscuras y yo, que llevaba dos años sintiendo que mi cuerpo era un electrodoméstico viejo que nadie iba a querer, arqueándome contra la arena como una adolescente.

Porque eso es lo que no te cuentan del divorcio. No te cuentan que lo que más se rompe no es la casa, ni la rutina, ni el proyecto de vida. Lo que más se rompe es la idea de que alguien podría desearte otra vez. Después de que un hombre te cambie por catorce azafatas, una empieza a creerse que el problema es el envase. Yo me había mirado en el espejo esos desde enero con una frialdad de perito tasador: aquí hay caderas de haber parido, aquí hay una cicatriz, aquí hay una mujer de treinta y ocho años que ya no le va a interesar a nadie sin las luces apagadas.

Y aquel hombre me estaba mirando con las luces de la luna encendidas, que es peor que cualquier bombilla, y no parecía estar tasando nada.

—Espera —dije, y le sujeté la cara con las dos manos.

Se paró en seco. Inmediatamente.

—¿Qué pasa? ¿Paro?

—No. —Tragué saliva—. No pares. Solo... mírame un segundo.

Y me miró. En serio, quiero decir. Se quedó ahí, a un palmo, con la respiración desordenada, sin ninguna prisa, dejándome mirarle a mí también.

—¿Qué? —dijo, muy bajo.

—Nada. Es que hacía mucho que nadie me miraba así.

—Llevo mirándote así desde mayo —dijo—. Lo que pasa es que lo hacía cuando no mirabas.

Y ya no hubo más conversación.

Lo empujé de espaldas contra la arena y me senté encima de él, porque llevaba seis meses mirándole desde una ventana y quería mirarle desde arriba por lo menos una vez en la vida.

Le bajé el bañador. Lo cogí con la mano, duro y caliente, y le vi la cara descomponerse entera cuando cerré los dedos y empecé a moverlos despacio. Nunca le había visto esa cara. Ni en todo este tiempo de guerra, ni en la playa, ni en ninguna parte: la cara de un hombre al que se le está olvidando aguantar.

Me incorporé un poco y me lo metí despacio, bajando con las rodillas clavadas en la arena, notando cómo me llenaba, cómo tenía que parar a mitad de camino para acomodarlo y volver a bajar. Él me sujetó las caderas con las dos manos y soltó el aire entre los dientes.

Me moví encima de él sin prisa al principio, con sus manos subiéndome por la cintura hasta los pechos, y luego cada vez más fuerte, hasta que me cogió por la nuca, nos dio la vuelta en la arena y se puso encima. Y ahí ya no hubo nada elegante: me abrió las piernas, se hundió entero y empezó a embestir con una fuerza que me sacaba el aire, una y otra vez, con la arena metiéndose por todas partes y su boca en mi cuello y mi nombre roto contra mi pelo.

Me agarré a sus antebrazos, que tenía plantados en la arena a los dos lados de mi cabeza, y me corrí así, mordiéndome el labio para no gritar y despertar media cala, mientras él seguía moviéndose hasta que se corrió también, temblando entero, con la frente apoyada en mi clavícula.

Nos reímos dos veces, eso sí, que también hay que decirlo. Una por la arena, que se mete absolutamente en todas partes y en algunas que ni te imaginas. Y otra, a mitad de todo, porque uno de los vigilabebés emitió un ruido y nos quedamos congelados como dos ladrones hasta que comprobamos que era Nora dándose la vuelta en la cama.

Diré que en algún momento me di cuenta de que estaba llorando un poco, sin dramatismo, de esa manera tonta en que a veces sale el agua sola, y que él no me preguntó por qué, solo me besó los ojos y siguió, que fue exactamente lo que necesitaba.

Y diré que hubo un instante, hacia el final, en que Hugo se paró, me apartó el pelo de la cara con las dos manos y me miró desde arriba con una expresión rarísima, casi asustada.

—¿Qué? —dije.

—Nada. —Negó con la cabeza—. Que estás aquí.

—Estoy aquí.

—Llevo seis meses sin poder ni mirarte.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. —Y me besó otra vez—. No tienes ni idea de lo que ha sido.

Después nos quedamos tumbados boca arriba en la arena, jadeando como dos animales, con las estrellas encima y los dos vigilabebés parpadeando en verde sobre su piedra como dos guardianes discretos.

Estuvimos callados un buen rato.

—Tenemos arena en sitios que ni te imaginas —dije al final.

—Me lo imagino perfectamente.

—Voy a tener que ducharme antes de meterme en la cama con mi hijo.

—Yo también. Con mi hija, digo. Que se despierta y me huele.

—¿Te huele?

—Nora huele el miedo, Ali. Nora es un detector.

Me reí, y me giré de lado para mirarlo. Tenía arena pegada en la mejilla y el pelo hecho un desastre y era, con diferencia, el hombre más guapo que he visto en mi vida, cosa que me pareció profundamente injusta a las once y media de la noche.

—¿Y ahora qué? —dije.

Se quedó pensando. Y luego me cogió la mano, que fue un gesto que me sorprendió más que todo lo anterior, porque lo anterior era cuerpo y aquello era otra cosa.

—Ahora, mañana —dijo—. Y luego pasado. Y luego volvemos a casa y vemos.

—¿Así, sin plan?

—Ali, llevo todo este tiempo con un plan buenísimo que consistía en odiarte. —Me apretó la mano—. Mira cómo ha salido.

Volvimos cada uno a su bungalow por separado, a las doce menos cuarto, como dos adolescentes en casa de sus padres, muertos de risa y sacudiéndonos la arena, cada uno con su vigilabebés y su copa vacía.

Me duché. Me metí en la cama con Mateo, que dormía en diagonal como siempre, y me hizo sitio sin despertarse.

Y me quedé despierta en la oscuridad un rato largo, con el pelo mojado y una sonrisa idiota, pensando que en enero yo tenía un marido y una vecina buenísima que me contaba sus penas, y que ahora, en agosto, resulta que no tenía ninguna de las dos cosas, y que sin embargo estaba más entera que en toda mi vida adulta.

Los escombros, cuando los quitas, dejan sitio.

Capítulo 20

HUGO

Los dos últimos días fueron los mejores de mi vida, y lo digo sabiendo perfectamente lo que digo y quién lo lee.

Mejores que el día de mi boda, que me pasé preocupado por el catering. Mejores que casi todos los días que recuerdo de mi matrimonio, que ahora, vistos desde aquí, se me aparecen como una larguísima sala de espera. Solo hay dos días que les ganan, y son el día que nació Nora y otro que no viene al caso.

Y lo increíble es que no hicimos nada. Absolutamente nada del otro mundo.

Desayunamos los cuatro. Bajamos a la playa los cuatro. Los niños montaron un negocio de venta de conchas cuyo modelo de precios era, según Mateo, «depende de lo bonita que sea y de si me caes bien», lo cual me pareció más honesto que la mayoría de las empresas en las que he trabajado. Alquilamos un kayak doble y volcamos a los tres metros. Volcamos otra vez. A la tercera nos dejamos de tonterías y nos quedamos flotando, y Ali me dijo desde el agua que remaba yo como un señor con prisa por llegar a una reunión, y no le faltaba razón.

Comimos arriba. Dormimos siesta los cuatro en el porche, con las hamacas juntas y los críos haciendo el cabra alrededor.

Nada. No hicimos nada. Y sin embargo yo me pasé dos días con una cosa rara en el pecho que tardé un rato en identificar, hasta que caí en que era eso, simplemente eso: estar contento. Un músculo que llevaba tanto tiempo sin usar que había que volver a aprender a moverlo.

Hubo un momento, el penúltimo mediodía, que se me quedó grabado.

Estábamos los cuatro comiendo arriba, en la terraza, y los niños se habían enzarzado en una discusión metafísica sobre si un pulpo tiene ocho brazos u ocho piernas. Mateo defendía las piernas con argumentos zoológicos; Nora defendía los brazos por motivos que solo ella entendía y que tenían que ver con que «los brazos abrazan y las piernas no». Ali me miró por encima de la mesa, con esa ceja suya, y yo le devolví la mirada, y no hicimos nada más. Ni un gesto. Ni un pie debajo de la mesa. Nada.

Y aun así fue lo más íntimo que me ha pasado en años. Porque era precisamente la misma mirada de la junta de vecinos, la de «¿estás oyendo esto?», solo que ahora, por primera vez en seis meses, no tenía que apartarla.

Nora, además, estaba distinta. Se lo noté el segundo día, cuando le pidió a Ali que le hiciera una trenza porque a mí me salen «trenzas de padre», que es una categoría que existe y que consiste en un churro con una goma al final. Y Ali le hizo una trenza de esas complicadas, de las que llevan tres partes, sentadas las dos en el escalón del porche mientras la niña le contaba con pelos y señales el argumento de una serie que no le interesaba a nadie, y Ali la escuchó entera. Entera. Sin mirar el móvil ni una vez. Ocho minutos de resumen de una serie de dragones adolescentes.

—Papá —me dijo Nora luego, tocándose la trenza cada dos por tres como quien comprueba que sigue ahí—. La madre de Mateo es maja.

—Es maja, sí.

—Pero antes decías que no.

Los niños. Tienen memoria de elefante y ninguna piedad.

—Antes me equivocaba —dije.

Se lo pensó, mirando el mar, con esa seriedad de juez que le sale a veces.

—Vale —concluyó. Y se fue corriendo a la orilla.

Y ahí me quedé yo, aprendiendo la lección más barata de mi vida: que a un niño le puedes decir «me equivocaba» y no se te cae nada encima. Que dos palabras arreglan lo que medio año de orgullo no habían arreglado. Que a lo mejor por eso los niños se recuperan y los adultos no.

La conversación importante fue la segunda noche, otra vez en la arena, otra vez con los dos vigilabebés haciendo guardia sobre su piedra.

Empezó con humor negro, como empiezan las cosas importantes entre gente que no sabe hablar de las cosas importantes. Nos pusimos a comparar. Y comparar cornamentas, resulta, tiene un punto terapéutico que no viene en ningún manual.

—Vale, va: la excusa más ridícula —dijo ella, con la copa apoyada en la rodilla—. Empiezo yo. «Se ha retrasado el vuelo por un pájaro.»

—¿Un pájaro?

—Un pájaro, Hugo. Un pájaro se metió en un motor en Bilbao y por eso mi marido tuvo que dormir en Bilbao. Y yo dije: «ay, qué mala suerte». —Dio un trago—. Te toca.

—«He tenido que llevar a Marisa a urgencias.»

—Eso es plausible.

—Marisa no existe.

—Ah.

—Estuve dos años preguntando por Marisa. «¿Qué tal está Marisa?» «Mejor, mejor, pobrecilla.» —Me reí, y era una risa rara, de esas que salen de un sitio que todavía duele—. Sigo sin saber a quién le pregunté por su salud durante dos años.

Nos reímos los dos como idiotas, en voz baja por los niños. Y luego la risa fue bajando, como baja siempre, y nos quedamos mirando el agua negra.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo ella al rato—. No es el engaño. Es lo tonta que te sientes después.

—Ya.

—Ocho años, Hugo. Ocho años creyéndome lista. Yo era de las que decían «a mí eso no me lo cuelan». —Negó con la cabeza—. Y resulta que llevaba un año entero haciéndole la cena a un tío que venía de acostarse con la vecina de enfrente. A doce metros. Con mi hijo haciendo los deberes en la cocina.

—Eso no te hace tonta.

—Me hace no fiarme. —Se giró hacia mí—. Y ese es mi problema ahora, ¿sabes? Que no me fío. Ni de la gente ni de mí. Sobre todo

de mí. Antes yo miraba a alguien y pensaba «este es buena gente» y me quedaba tan ancha. Ahora miro a alguien y pienso «esto es lo que me está enseñando» y ya no sé qué hacer con eso.

—¿Y qué haces?

—No preguntar. —Lo dijo tan rápido que se notaba que lo tenía pensado de antes—. Es mi sistema. Si no pregunto, no me pueden mentir a la cara. Miro, saco mis conclusiones, y me las guardo. Y así nadie me vuelve a hacer sentir imbécil.

Y yo, que soy un hombre inteligente, en lugar de saltar de la arena y gritar «Ali, eso es lo peor que he oído en mi vida, eso es precisamente lo que nos va a matar», hice lo siguiente: me reí.

—Menudo sistema de mierda.

—¿Ah, sí? —Me dio con el hombro—. ¿Y el tuyo cuál es, listo?

—El mío es peor.

—A ver.

—El mío es no explicar nada. —Me terminé la copa—. Nunca. A nadie. Si alguien piensa mal de mí, allá él. Yo no voy detrás de la gente aclarando cosas. Lo llevo haciendo desde crío.

—Sí, eso ya lo he sufrido.

—Seis meses te podría haber ahorrado con dos frases, Ali. Dos. «Fue ella. Mira esto.» —Solté el aire—. Y preferí pasarme medio año poniéndote caras por encima de un seto.

—Somos perfectos el uno para el otro —dijo—. Tú no cuentas nada y yo no pregunto nada. Vamos a llegar lejísimos.

—Como mínimo a otros seis meses de silencio.

—Como mínimo.

Nos reímos otra vez. Y luego ella se puso seria, o algo parecido a seria, y me buscó la mano en la arena.

—Oye. En serio. —Me apreté los dedos—. Con nosotros no. ¿Vale? Con nosotros, las cosas se dicen. Aunque sean incómodas. Aunque den vergüenza. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Dilo bien.

—Con nosotros, las cosas se dicen. —Le besé los nudillos—. Prometido.

Y lo dije de verdad. Que conste. Aquella noche, en aquella playa, con su mano en la mía y los dos vigilabebés parpadeando en verde, yo estaba diciendo la verdad más grande que he dicho nunca.

Lo que pasa es que las promesas que se hacen en una playa a las doce de la noche están hechas de un material que no aguanta bien el traslado. Se estropean con el viaje. Llegan a casa distintas, como esas conchas que los niños recogen brillantes y luego, en el salpicadero del coche, son solo piedras grises.

Pero eso yo entonces no lo sabía.

Aquella noche yo era el hombre más idiota y más feliz de las Islas Baleares.

Capítulo 21

ALI

El último día amaneció con esa luz melancólica de las últimas mañanas, cuando ya has empezado a irte aunque todavía te queden doce horas.

Hicimos el paripé de aprovecharlo. Bajamos temprano, nos bañamos, dejé que Mateo se comiera un helado a las once de la mañana porque estábamos de vacaciones y porque su cara al pedirlo era la de un abogado que sabe que va a ganar el caso. Los niños se despidieron de la cala como se despiden los niños, es decir, prometiéndole al mar que volverían.

Y yo estaba en el porche del bungalow de Hugo, a media tarde, mientras él subía a devolver las llaves del kayak.

Ahí es donde empieza todo, si es que las cosas empiezan en algún sitio.

Yo estaba sentada en su hamaca, con el pareo puesto, terminándome una limonada y haciendo lo que llevaba dos días haciendo: existir tranquilamente en el espacio de otra persona. Que es una sensación rarísima cuando llevas medio año siendo la única adulta de tu casa.

Y sonó su móvil. Encima de la mesa. A medio metro.

Se encendió la pantalla, y no busqué mirar. Que quede claro. No lo busqué. Estaba ahí, delante de mis narices, y la pantalla se iluminó sola, como se iluminan las pantallas.

Sofía.

Y una foto. Una miniatura pequeña, la que se ve en la notificación sin abrir nada. Lo justo para distinguir un conjunto de lencería negra. Encaje. Un cuerpo dentro de ese encaje, delante de un espejo.

Y debajo, un texto que no llegué a leer entero porque la notificación se cortaba, algo que empezaba con «¿Qué me dices de este? ?? ».

La pantalla se apagó.

Y yo me quedé mirando el móvil negro y apagado encima de la mesa, con la limonada en la mano, y noté cómo el suelo del porche, que hasta ese momento era de madera, pasaba a ser de otra cosa mucho menos sólida.

Vale. Tranquila, Ali.

Tiene explicación. Todo tiene explicación. Podía ser una tienda online. Podía ser una hermana. Podía ser una amiga que le pide opinión, que la gente hace esas cosas, que yo misma le he mandado fotos de vestidos a Bárbara mil veces. Podía ser un grupo. Podía ser cualquier cosa.

Podía ser cualquier cosa.

Y con esa frase en la cabeza, repitiéndomela como un mantra de manual de autoayuda barato, me terminé la limonada. Y me quedé sentada. Y cuando Hugo volvió con las llaves y me dio un beso en el pelo al pasar y me preguntó si quería otra, le dije que sí, gracias, y me salió una voz completamente normal.

No pregunté.

Podría haber preguntado. Estaba a metro y medio de mí, de espaldas, sacando limonada de una nevera, con la camiseta al hombro y esa espalda que yo ya conocía de memoria, y era el hombre que dos noches antes me había hecho prometerle que las cosas se dicen. Cuatro palabras: «¿Quién es Sofía, Hugo?». Cuatro.

Y no las dije. Por supuesto que no las dije. Porque lo mío, ya lo había confesado yo misma en la arena riéndome como una imbécil, es no preguntar.

Lo que hice fue peor.

Media hora después, mientras él estaba en la ducha, Mateo entró en el porche pidiendo que le enseñara la foto del pulpo que habíamos visto buceando el día anterior. Yo la tenía en mi móvil, pero mi móvil estaba en mi bungalow, cargando, y el niño insistía, y yo, sin pensarlo —lo juro, sin pensarlo, es la última vez en toda esta historia que hice algo sin pensarlo— cogí el móvil de Hugo, que

también había estado buceando, que también había hecho fotos, y le di al botón.

Y se abrió.

Sin código. Sin huella. Sin nada. Porque dos días antes me había dado el código para que le pusiera música en el kayak, y desde entonces mi cara, o mi torpeza, o lo que sea que reconocen esos cacharros, entraba en aquel teléfono como Pedro por su casa.

Se abrió directamente en la galería, que era la última aplicación que él había usado, con el carrito a la vista.

Y no era una foto de un pulpo.

Eran cuatro. Cinco. Miniaturas en fila, ordenadas por fecha, con esa crueldad geométrica que tienen las galerías de fotos. Una mujer joven, morena, guapísima, delante de un espejo de cuerpo entero. Un vestido rojo. Un bikini. Un conjunto de lencería, el mismo del encaje. Otro conjunto. Otra pose. Una de espaldas, mirando por encima del hombro.

Y guardadas. En su galería. Descargadas, que es distinto de recibidas. Alguien había pulsado un botón para que esas fotos se quedaran ahí.

Mateo dijo algo a mi lado. No lo oí.

Y entonces hice lo que no debía. Toqué una de las fotos. Y en la parte de abajo, donde el teléfono te dice de dónde ha salido cada imagen, ponía el nombre de la conversación de la que se había guardado. Le di. Se abrió el chat. Y vi tres líneas. Solo tres. No hizo falta más.

«Qué buena estás, tía.»

«Te quiero mucho, ¿lo sabes?»

«Nos vemos el jueves. Un beso enorme  »

Jueves.

Jueves.

Cerré el móvil. Lo dejé en la mesa exactamente en el mismo sitio y en el mismo ángulo en el que estaba, porque parece ser que eso lo hace una sola, sin que nadie se lo enseñe.

—Mamá, ¿me la enseñas o no?

—Ahora no, cariño. Ve a recoger tus cosas, que nos vamos en una hora.

Y mi voz sonó normal otra vez. Es un talento que tengo. Debería dedicarme al teatro.

Sé lo que estás pensando, quienquiera que seas. Que hay explicaciones. Que una amiga puede mandarte fotos de lencería si va a comprarse ropa interior y quiere opinión. Que «te quiero mucho» se lo digo yo a Bárbara doce veces al mes. Que «qué buena estás, tía» lleva un «tía» al final, un «tía» enorme, un «tía» que debería significar algo.

Ya lo sé. Me lo dije todo. Me lo dije entero, palabra por palabra, en el camino de vuelta al bungalow con la arena quemándome los pies. Me monté la defensa completa, con sus atenuantes.

Y no me convencí.

Porque llevaba un año oyendo explicaciones perfectamente razonables. Pájaros en los motores de Bilbao. Marisas en urgencias. Simuladores los martes y los jueves. Un año entero de explicaciones estupendas, todas plausibles, todas verificables si te molestas en verificarlas, y yo nunca me molesté, porque me fiaba, porque era feliz, porque estaba enamorada.

Y luego resultó que cada una de esas explicaciones era un cuchillo.

Así que no. Esta vez no. Esta vez no me iba a comer yo sola la película con palomitas otra vez.

Hicimos las maletas. Nos despedimos en el aparcamiento del resort, delante de los niños, con toda la naturalidad del mundo. Él volaba a las nueve y media desde Palma; nosotros teníamos el ferry a las siete. Nora me dio un abrazo que casi me rompe por la mitad. Mateo le enseñó a Hugo su bolsa de conchas y le dijo que le guardaba la del caracol grande.

—¿Estás bien? —me dijo Hugo, aparte, con la mano en mi codo.

—Cansada. Se me han juntado cosas.

—Ya. —Me apartó el pelo de la cara con esa suavidad suya que no le pega nada—. Oye, cuando lleguemos... hablamos, ¿vale? Con calma. De todo. De cómo hacemos esto.

—Sí.

—Ali.

—Que sí, Hugo. Que estoy cansada.

Me besó. Y yo le devolví el beso, y ese es el detalle que me tuvo peor durante todo el trayecto: que le devolví el beso sabiendo lo que sabía.

El ferry salió a las seis y cuarto de la tarde. Mateo se quedó otra vez pegado a la barandilla mirando cómo la isla se hacía pequeña, ilusionadísimo, contándome que a la vuelta el mar estaba «más rizado», y yo me pasé el trayecto entero mirando el mismo punto del horizonte con el móvil en la mano y sin escribir a nadie.

Llegamos a casa a las tres de la madrugada. Conduje del puerto a Las Adelfas con el niño dormido detrás y una sensación de irrealidad total, como cuando vuelves de un sitio bonito y tu propia calle te parece una maqueta de tu vida.

Aparqué. Saqué a Mateo en brazos, que ya pesa demasiado para eso. Cogí la bolsa pequeña y dejé el resto en el maletero.

Y cuando levanté la vista hacia mi puerta, había alguien sentado en mi escalón.

Con un vestido de lino sin una sola arruga a las tres de la mañana, las piernas cruzadas y una botella de vino en la mano, como si hubiera quedado conmigo.

—Hola, Ali —dijo Eva—. Te he echado muchísimo de menos.

Lo primero que pensé fue una idiotez: que había tenido que esperar mucho rato. Que llevaba ahí desde no sé cuándo, en mitad de la noche, con una botella de vino, calculando la hora de mi llegada.

Lo segundo que pensé fue que no tenía ni una arruga en el vestido. A las tres de la mañana. Cómo lo hace.

—Eva.

—Estás morenísima. —Se levantó, sonriendo, y dio un paso hacia mí como si fuera a besarme en la mejilla, con la botella colgando de dos dedos—. Te sienta bien el mar.

—Son las tres de la mañana.

—Ya. —Se rio bajito, como quien se disculpa por una travesura encantadora—. Es que necesitaba verte. Y sabía que llegabas hoy.

—¿Cómo sabías que llegaba hoy?

Levantó una ceja, divertida, y no contestó. Maruja. Siempre Maruja. Esta mujer se fue de esta calle en enero y sigue teniendo cobertura total.

—Voy a acostar al niño —dije.

Y lo dije por decir algo, porque tenía a Mateo de veintiocho kilos colgado del cuello y el brazo entumecido, y porque en ese momento todavía no sabía qué iba a hacer. Abrí la puerta con el codo. Ella no entró; se quedó en el umbral, educadísima, esperando a que la invitaran.

Subí a Mateo, le quité las chanclas, lo tapé con la sábana y me quedé diez segundos mirándolo dormir. Diez segundos para pensar.

Podría haber bajado y haberle dicho que se fuera. Podría haberle dicho que sabía lo del 14 de noviembre, y lo de los once martes y jueves, y lo del día de Reyes. Podría haber sido rápido y limpio.

No hice ninguna de las tres cosas. Bajé, cogí dos copas del armario y le abrí la puerta del todo.

Porque quería oírla. Necesitaba oírla. Después de seis meses de teatro, necesitaba ver cómo lo hacía.

Nos sentamos en el sofá donde ella había llorado en enero. Con la manta buena de cuadros doblada en el respaldo, justo donde estaba aquella noche. No sé si lo notó. Yo sí.

Sirvió el vino ella, como si fuera su casa, y levantó la copa.

—Por el verano —dijo.

No brindé. Dejé la copa en la mesa.

—Eva, ¿qué haces aquí?

Y ahí, en su cara, vi la cosa más interesante que he visto en mi vida: vi cómo decidía. Fue medio segundo. Un cálculo entero pasándole por detrás de los ojos, y luego el gesto se le suavizó, se le humedecieron los ojos —a voluntad, juraría que a voluntad— y bajó la copa.

—He venido a pedirte perdón.

Me quedé muy quieta.

—Sé lo de las cámaras —dijo—. Hugo me llamó desde Mallorca. Me dijo lo que había visto. —Se le quebró la voz en el sitio exacto en el que hay que quebrarla—. Ali, lo siento. Lo siento muchísimo.

Y ahí estaba. La confesión. Sin pelear, sin negar, sin discutir una sola prueba. Concedió el terreno entero de golpe, y yo, que llevaba toda la travesía preparando un interrogatorio, me quedé sin munición en la primera frase.

Es muy lista. Que conste en acta que es listísima.

—Once veces —dije.

—Sí.

—En tu casa. A doce metros de aquí. Con mi hijo cenando en esta cocina.

—Sí. —Se secó un ojo con el dorso del dedo, sin correrse el rímel, que es un arte—. No te voy a dar excusas. Fue horrible y lo sé.

—¿Y por qué viniste a llorar a mi puerta? —Ahí sí me tembló la voz, y me dio rabia—. ¿Por qué te sentaste ahí, en ese sofá, y me contaste que él te había engañado a ti? ¿Por qué me hiciste eso, Eva?

Y entonces hizo la jugada. La jugada maestra. La que me tuvo una semana entera de la vida hecha polvo.

—Porque era verdad —dijo.

Silencio.

—¿Qué?

—Que era verdad, Ali. —Me miró de frente, con los ojos brillantes y una serenidad tristísima—. Yo no empecé. Yo terminé. —Dejó la copa—. ¿Tú te crees que una mujer se levanta un martes cualquiera y decide destrozarse la vida? Yo llevaba dos años sabiendo lo de Hugo. Dos años. Y callándome, y tragando, y haciéndome la tonta, hasta que un día me cansé de ser la única imbécil de mi propia casa.

—Eso no...

—Lo mío es imperdonable. Lo digo yo la primera. Lo que hice con Allan fue una guarrada y lo pagaré toda la vida. —Se inclinó hacia delante—. Pero yo no fui la primera, Ali. Yo fui la que se dejó pillar. Esa es la única diferencia entre Hugo y yo. A él no lo pilló nunca nadie. Es mucho más cuidadoso que yo.

Y yo, que soy tonta, o que estaba cansada, o que llevaba dos días con una foto de lencería negra clavada en el pecho como una astilla, hice precisamente lo que ella estaba esperando que hiciera desde que se sentó en mi escalón.

Abrí la boca.

—¿Lo dices por Sofía?

Y vi cómo se le encendía algo detrás de los ojos. Un destello mínimo, de medio segundo, que en aquel momento me pareció dolor y que llevo desde entonces sabiendo lo que era en realidad.

Era alegría. Era una jugadora viendo caer la ficha exacta que necesitaba.

—Ah. —Bajó la mirada a su copa—. Entonces ya lo sabes.

—Eva.

—No, si mejor. Mejor que lo sepas. —Suspiró, con una tristeza perfectamente calibrada—. Sí, Ali. Por Sofía. Entre otras, pero sobre todo por Sofía.

Se me fue el aire. Literal. Noté cómo se me quedaba el pecho vacío, como cuando te caes de espaldas y el cuerpo se olvida de respirar.

—Llevan años —siguió, en voz baja—. Años. Yo se lo pregunté mil veces y él siempre con lo mismo: «es mi amiga de toda la vida, es como mi hermana, no seas ridícula». Y a mí me hacía sentir loca, ¿sabes? Esa es la palabra. Loca. Como si el problema fuera mi cabeza y no lo que yo estaba viendo. —Me miró—. ¿Tú has visto los mensajes?

No contesté. Y no contestar, ahí, fue contestar.

—Ya —dijo ella—. Pues ya sabes cómo escriben.

Me levanté. Fui a la cocina sin ningún motivo, abrí el grifo, lo cerré, me quedé de pie mirando el fregadero. Detrás de mí la oí seguir hablando, con esa voz suave suya que llega a todas partes.

—Yo no he venido a hacerte daño, Ali. Al revés. He venido porque me he enterado de que estáis... de que ha pasado algo entre vosotros este verano. —Una pausa—. Y no podía quedarme callada otra vez. Ya me callé una vez y mira cómo acabó.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ali, tenéis dos niños que hablan. Y una calle entera con ventanas.

Cerré los ojos.

—Aléjate de él —dijo Eva—. Es lo único que te pido. Ya está. No te pido que me perdones, ni que volvamos a ser amigas, ni nada.

Solo eso. Aléjate, y corta el contacto, porque yo he estado ahí y sé cómo acaba, y tú acabas de salir de lo de Allan y no te lo mereces otra vez. —Y luego, más bajo—: Y Mateo tampoco.

Y ahí fue donde metió el nombre de mi hijo. Fíjate qué elegante. Al final del todo, casi susurrado, como si se le escapara.

Se fue a las cuatro menos veinte. Se llevó su botella, que apenas habíamos tocado. En la puerta se giró.

—Ali. —Y por primera vez en toda la noche pareció una persona de verdad—. Yo te quería mucho. De verdad. Esa parte no era mentira.

Cerré la puerta y me quedé apoyada en ella hasta que oí su coche arrancar.

Y después me senté en el suelo del recibidor, con la espalda contra la puerta y las maletas todavía en el maletero, y me di cuenta de que tenía un problema muy serio.

Porque yo sabía que aquella mujer era una mentirosa. Lo sabía con pruebas, con vídeos, con fechas y horas y matrículas. Sabía que me había mentido a la cara en ese mismo sofá en enero, con lágrimas de verdad, durante cuatro días seguidos.

Y aun así.

Aun así, cada cosa que acababa de decirme encajaba perfectamente con lo que yo misma había visto en aquella galería con mis propios ojos, sin que ella me lo contara, sin que ella supiera que yo lo había visto.

Ese es el problema de las mentiras buenas. Que no van solas. Que se apoyan en algo que ya estaba ahí.

Y a las cuatro y cuarto de la mañana, sentada en el suelo de mi recibidor, sin haber deshecho el equipaje, con la sal del mar todavía en el pelo, hice lo que hago siempre.

No pregunté. No llamé. No escribí.

Cogí el móvil, silencíé la conversación de Hugo, y me fui a la cama.

Capítulo 22

HUGO

Aterricé a las once menos cuarto de la noche con una niña dormida encima del hombro y un humor de imbécil.

Iba pensando tonterías. Cosas de crío. Que en septiembre podríamos organizar algo los cuatro un fin de semana. Que a lo mejor le proponía a Ali ir juntos a la cena de vecinos de finales de mes, así, tranquilamente, sin dar explicaciones, solo para ver la cara que ponía Maruja. Que a Nora le vendría bien seguir viendo a Mateo, y que no era mala señal que la niña hubiera pedido una trenza.

Le escribí desde el taxi. «Ya en tierra. Nora KO. ¿Llegasteis bien?»

Nada.

Y me pareció normal, porque su ferry llegaba de madrugada y tenía un buen trecho de coche después. Pobre.

A la mañana siguiente, nada.

Al mediodía le escribí otra vez: «¿Todo bien?». Doble check azul a las 14:12. Sin respuesta.

Y ahí empecé a notar el frío. Ese frío concreto, el de los mensajes leídos, que es una tecnología diseñada específicamente para torturar a la gente que quiere a otra gente.

Por la tarde bajé la basura a una hora que no me tocaba. Sí, ya sé. Yo, que me había pasado nueve días de julio calculando horarios para no coincidir con ella, ahora bajaba el cubo a las siete y media inventándome una urgencia de reciclaje solo para ver si salía. No salió. Su coche estaba en la puerta con el maletero abierto y las maletas todavía dentro, cogiendo polvo, y eso me pareció rarísimo, porque Ali es una mujer que deshace el equipaje el mismo día. Lo sé porque me lo contó en la cama, riéndose de sí misma, diciendo que no puede dormir con una maleta hecha en el cuarto.

El martes por la mañana la vi de lejos, saliendo de casa con Mateo. Levanté la mano.

Ella me devolvió el saludo.

Y ese saludo, Dios mío. Ese saludo era el saludo de una vecina. Un saludo de dos dedos, correcto, breve, exactamente el mismo que me dedicaba en marzo cuando yo era el monstruo del 17B. Metió al niño en el coche y se fue.

Me quedé de pie en mi porche, con el café en la mano, con la misma sensación que si me hubieran quitado el suelo con una grúa.

Le escribí. Ya sin disimulo.

«Ali, ¿qué pasa?»

Nada.

«Si he hecho algo, dímelo y lo arreglamos.»

Nada.

«Prefiero que me digas que te has arrepentido a esto.»

Leído a las 21:03. Nada.

Y entonces, en algún punto entre el martes y el miércoles, me pasó una cosa que no me pasaba desde enero: me volví el Hugo de antes. Ese que se pone la armadura entera en cuatro segundos y decide que no piensa mendigar. Que si alguien te quiere fuera, te vas. Que no se va detrás de nadie explicando cosas.

Dejé de escribir.

Y me pasé dos días haciendo lo que mejor se me da, que es aguantar. Trabajar. Nadar. Cincuenta largos el martes y sesenta el miércoles, hasta que el agua me dejaba la cabeza en blanco y los hombros dormidos. Llevar y traer a Nora. Comportarme como un hombre razonable al que no le afecta nada.

Por dentro, mientras tanto, la maquinaria del rencor se ponía en marcha sola, engrasadísima, con la práctica de medio año. Claro. Cómo no. Se acabaron las vacaciones y se acabó el paréntesis. Allí, en aquella cala, éramos otras dos personas: dos náufragos que se agarran a lo que sea. Y ahora, de vuelta en el mundo real, con su casa y su hijo y su vida, le habrá dado la luz del día en la cara y habrá visto lo que hay: un tío seco de cuarenta y un años, con una hija, una exmujer complicada y un historial de ser el malo del barrio.

Muy bien. Perfecto. Adelante.

Lo peor de la armadura es lo cómoda que es. Te la pones y de repente ya no duele nada, porque ya no sientes nada, y además te da la razón. Yo llevo toda la vida dentro de esa armadura. Ahí dentro se está de maravilla y no se respira.

El miércoles vino Rober a tomarse una cerveza y a los diez minutos me estaba mirando raro.

—¿A ti qué te pasa?

—Nada.

—Vienes de una semana en Baleares y tienes peor cara que cuando te fuiste. Eso es técnicamente imposible.

—Cansancio del viaje.

—Ya. —Bebió—. ¿Y la vecina?

—¿Qué pasa con la vecina?

—Que me dijo Nora, cuando la recogí del campamento de la piscina, que en la playa había una cala con dos casas y que en la otra estaba Mateo. —Levantó las cejas hasta el techo—. Coincidencia interesante.

—Nacho nos coló la misma oferta a los dos.

—Ya. Y en una semana en el paraíso, con dos críos y sin público, no pasó absolutamente nada.

Me quedé callado. Y con Rober callarse es hablar.

—Hostia —dijo—. Hostia, Hugo.

—No es asunto tuyo.

—¿Y por qué tienes esa cara entonces?

—Porque no es asunto tuyo, Rober.

Se terminó la cerveza sin ofenderse, que es una de las razones por las que es mi amigo desde hace veinte años, y al levantarse me dio una palmada en el hombro.

—Sea lo que sea, pregúntale.

—No pregunto.

—Ya sé que no preguntas. —Dejó la lata en la mesa—. Por eso te lo digo.

El jueves por la tarde recogí a Nora del campamento y, mientras hacía la cena, la niña soltó la bomba con la naturalidad de siempre, mientras pintaba.

—Papá, ¿por qué ya no vamos a casa de Mateo?

—Porque no nos han invitado, cariño.

—Es que le pregunté si podía ir el sábado y me dijo que su madre había dicho que ahora no. —Se quedó mirando el dibujo, con ese ceño suyo—. Y Mateo estaba raro. No se reía de mis chistes ni con los buenos.

Corté una cebolla con muchísima concentración.

—Habrá tenido lío con la vuelta de las vacaciones.

—Ya. —No pareció muy convencida—. ¿Vosotros os habéis enfadado?

—¿Por qué dices eso?

—Porque en la playa te reías todo el rato. Y ahora tienes cara de cuando te quedas sin agua caliente.

Los niños. Once palabras y te resumen media vida.

No contesté. Terminé la cena, la puse en la mesa, dejé que Nora me contara el resto del campamento con pelos y señales, y me pasé toda la cena dándole vueltas a la misma idea, cada vez más simple y cada vez más molesta: que no hacía falta ningún misterio. Que no había que buscar culpables ni terceras personas ni conspiraciones. Que la explicación más sencilla era también la más probable, y la más probable era que Ali, de vuelta en su vida de siempre, se hubiera asustado de lo nuestro y hubiera hecho lo que hace siempre: cerrar la puerta sin dar explicaciones, en vez de decírmelo a la cara.

Y entonces me acordé de la arena. De su mano en la mía. De aquella promesa tan solemne, tan sincera, dicha con los dos vigilabebés parpadeando en verde: «con nosotros, las cosas se dicen». Se lo había prometido yo. Y ahí estaba, cuatro días después, tragándome el silencio como un idiota, poniéndome la armadura, dejando que el orgullo hiciera lo que mejor sabe hacer, que es proteger a la gente de tener que arriesgarse a nada.

Fregué el cazo con una violencia que no le correspondía al cazo.

Porque si yo, otra vez, en vez de ir a preguntar, me quedaba en mi casa esperando a que ella viniera a explicarse, iba a perder a esta mujer justo igual que la perdí durante seis meses: por no cruzar treinta y dos pasos y abrir la boca. Daba igual el motivo de su silencio. Daba igual quién tuviera razón. Lo único que importaba era

que había una promesa hecha en una playa y que yo, como siempre, estaba a punto de no cumplirla por comodidad.

Miré el reloj. Las nueve menos diez. Nora todavía sin cenar del todo.

—Nora. —Le puse el plato delante—. Come rápido, que luego vamos a hacer un recado.

—¿Qué recado?

—Un recado corto. De treinta y dos pasos.

Capítulo 23

ALI

Aquella noche no dormí. Ni la siguiente, ni la otra.

Y no fue un insomnio dramático, de los de dar vueltas y llorar. Fue peor: fue un insomnio administrativo. Me pasé tres noches haciendo cuentas. Ordenando pruebas. Colocando cada cosa en su sitio con una eficiencia siniestra, como si estuviera preparando el juicio más importante de mi vida y a la vez fuera la única testigo, la fiscal y la acusada.

Empecé por la parte que no tenía vuelta de hoja: la galería.

Porque a Eva podía no creerla. De hecho no la creía: sabía perfectamente que era una mentirosa profesional, tenía vídeos, fechas, matrículas, once martes y jueves documentados. Y aun así.

Aun así, las fotos las había visto yo. Con mis propios ojos. Sin que nadie me las contara, sin que nadie supiera que las estaba viendo, sin intermediarios ni versiones ni lágrimas de nadie encima de mi mesa. Esas fotos no eran un relato: eran un hecho.

Y esos hechos no tenían explicación posible. Le di la vuelta cien veces buscándosela, lo juro. Estuve tres noches buscándole a aquello una salida decente y no la encontré por ningún lado.

Que una amiga te manda una foto de un vestido, vale. Que te manda dos, vale. Pero cuatro, cinco, seis, en lencería, delante de un espejo, de espaldas, mirando por encima del hombro. Y guardadas. Descargadas. Alguien había pulsado un botón para que se quedaran ahí, en la memoria de ese teléfono, en la carpeta que se abre sola cuando el hombre desbloquea el móvil.

Y encima el «te quiero mucho». Y el «qué buena estás». Y el jueves.

No. Eso no tiene explicación. Yo llevaba un año escuchando explicaciones plausibles y ninguna había resultado ser verdad, y

ahora que por fin tenía algo delante que no admitía explicación ninguna, no iba a ponerme a inventarle una yo misma. Bastante había hecho eso ya. Bastante me había pasado los últimos ocho años haciéndole a Allan los deberes de la coartada.

Así que la pregunta no era si me habían engañado. La pregunta era otra, mucho más humillante, y me la hice a las cuatro de la mañana del jueves, mirando el techo de mi habitación:

¿Cómo he vuelto a hacerlo?

Eso fue lo que de verdad me destrozó. No él. Yo.

Porque yo soy la mujer que se pasó ocho años creyéndose lista. La que decía «a mí eso no me lo cuelan». La que se enteró de lo de Allan y se prometió, con la mano en el pecho, que no volvería a ser tonta nunca más. Y siete meses después, siete, había repetido el patrón entero con una precisión de manual: un hombre atractivo, un verano, unas cervezas, un poco de atención, cuatro frases bonitas en una playa, y ahí estaba yo otra vez, desnuda en la arena, prometiendo cosas y dejándome prometer cosas como una adolescente de treinta y ocho años.

Y otra vez la última en enterarse. Otra vez.

Eva llevaba años sabiéndolo y yo, cuatro días. Y me lo tuvo que venir a decir ella, sentada en mi escalón, con una botella de vino y esa cara de lástima que era lo único que me faltaba en la vida: que me tuviera lástima Eva.

Me sentí tonta de una manera nueva, que no conocía. Con Allan me sentí engañada, que es distinto y hasta cierto punto es cómodo, porque el engañado tiene el papel de víctima. Esta vez no. Esta vez me sentí boba. Fácil. De esas mujeres a las que un vecino con buena espalda les da conversación y una noche de playa y ya están.

Y a la tercera noche, cuando ya lo tenía todo bien ordenado, me hice la única pregunta que quedaba:

¿Y ahora qué le digo?

Porque nos lo habíamos prometido. Eso lo tenía clarísimo. En aquella arena, con su mano en la mía y los dos vigilabebés parpadeando en verde, quedamos en que las cosas se dicen. Me hizo prometérselo dos veces. «Dilo bien», me dijo. Y lo dije bien.

Y ahí, a las cuatro y media de la mañana, encontré la salida. La encontré yo sola y me pareció perfecta, y no sabes lo bien que me sentó.

Sí, prometimos hablarlo todo. Cierto. Pero también dábamos por hecho otra cosa que no hizo falta pronunciar, porque hay promesas que no se pronuncian precisamente porque son las importantes: que no habría nadie más. Que aquello era entre nosotros dos. Eso no lo dijimos en voz alta porque no había que decirlo.

Y si él ha roto la que no hacía falta decir, ¿por qué tengo yo que cumplir la que sí dijimos?

Ahí está. Fíjate qué limpio. Qué bien construido.

Yo no le debo una conversación sincera a un hombre que se estaba acostando con otra mientras me hacía prometer sinceridad en una playa. Eso no es cobardía por mi parte: es justicia. Es proporcionalidad. Él rompió el pacto grande, así que el pequeño queda anulado automáticamente, como esas cláusulas que se caen solas cuando una de las partes incumple.

Me dormí a las cinco con esa idea abrazada como un peluche.

Que es justo lo que era: un peluche. Una cosa blandita que te dejan en la cuna para que no llores.

Porque la verdad, la de verdad, la que yo no pensaba mirar de frente ni con una linterna, era mucho más simple y mucho más fea: que si le preguntaba, existía la posibilidad de que me lo confirmara. Y yo no tenía cuerpo para oírlo. No podía. No podía sentarme delante de ese hombre y oírle decir «sí, Ali, es verdad», porque entonces no me iba a quedar ni el consuelo de la duda, y la duda, aunque no lo parezca, es lo único que te deja seguir respirando mientras te caes.

Así que no era justicia. Era miedo con abogado.

Pero eso lo sé ahora. Aquella noche estaba convencidísima de que era una mujer digna tomando una decisión digna.

Y con esa convicción abrí la puerta el jueves por la noche, a las nueve y veinte, cuando llamaron al timbre.

Era él, claro. Con Nora esperando en la acera, a diez metros, sentada en el bordillo, dándole patadas a una piedra con una paciencia infinita.

Y venía con una cara que no le había visto nunca. Sin armadura. Sin ironía. Con el pelo revuelto y los ojos de no haber dormido y una determinación que se le notaba en la mandíbula.

—Hola —dijo.

—Hola.

—Llevo cuatro días escribiéndote.

—Ya.

—Y sé que dijimos que hablaríamos con calma cuando volviéramos, pero se me ha acabado la calma, Ali. —Se pasó la mano por el pelo—. Así que aquí estoy. Cruzando los treinta y dos pasos, mira tú. Y voy a hacer una cosa que no he hecho en mi vida, que es preguntar. Te lo prometí en la playa y lo voy a cumplir. ¿Qué ha pasado?

Y yo tenía el discurso preparado. Lo llevaba ensayando tres noches.

Lo que no había calculado era cómo me iba a doler decirlo en voz alta.

—Nada —dije—. No ha pasado nada.

—Ali.

—Es que no ha pasado nada, Hugo. Simplemente he estado pensando. —Me agarré al marco de la puerta, por dentro, donde él no lo veía—. Y creo que lo de Mallorca fue un error.

Se quedó completamente quieto.

—¿Un error?

—Estábamos en una isla. En una cala privada. Con los niños encantados, sin trabajo, sin rutina, sin nada. —Me oí hablar con una voz plana, ajena, la voz de una mujer mucho más fría que yo—. Eso no es la vida real, es un decorado. Y en un decorado te crees cualquier cosa. Yo me la creí. Tú te la creíste. Pero hemos vuelto, y aquí las cosas son como son.

—Las cosas son como son —repitió, muy despacio.

—Sí.

—¿Y cómo son, según tú?

—Que tenemos dos niños, dos divorcios recientes y treinta y dos pasos de distancia. Que si esto sale mal, y va a salir mal, los que se comen el marrón son ellos. —Tragué saliva—. Y que yo no estoy

para esto, Hugo. Me he dado cuenta de que no estoy preparada. Lo siento.

Y ahí fue donde lo hice de verdad. Ahí fue donde me pasé de frenada, porque vi que no se movía, que no se iba, que iba a insistir, y supe que si insistía dos veces más yo me venía abajo y se lo contaba todo, y no podía permitírmelo. Así que hice lo que hay que hacer para que un hombre orgulloso se marche: le di donde sabía que le dolía.

—Y sinceramente —añadí—, tampoco creo que tú fueras para mí. Silencio.

Un silencio de tres segundos que a mí me duró un año entero.

Vi cómo le cambiaba la cara. Vi cómo se le cerraba, exactamente igual que aquella tarde en el seto en julio, como una persiana metálica bajando de golpe, un negocio echando el cierre. Y vi también, un instante antes de que la persiana llegara al suelo, algo pequeño y desprotegido que me va a doler el resto de mi vida.

—Vale —dijo.

—Hugo...

—No, no. Perfecto. —Dio un paso atrás. Metió las manos en los bolsillos—. Está bien saberlo. Mejor ahora que en Navidad.

—Los niños pueden seguir viéndose. Eso no...

—Claro. Los niños. Faltaría más. —Asintió dos veces, mirando al suelo—. Los niños son lo importante.

Y luego levantó la vista y me miró de una manera que no se puede describir sin ponerse a llorar otra vez, y dijo la única frase de toda la conversación que no sonó a orgullo:

—Ali, si hay algo más, dímelo ahora. Lo que sea. Cualquier cosa. Aunque sea horrible.

Cuatro palabras. Solo tenía que decir cuatro palabras: «¿Quién es Sofía?».

Y no las dije.

—No hay nada más —dije.

Asintió otra vez. Se dio la vuelta. Cruzó los treinta y dos pasos en dirección contraria, cogió a su hija de la mano y entró en su casa sin mirar atrás ni una vez.

Cerré la puerta. Me senté en el suelo del recibidor, en el mismo sitio donde me había sentado después de que se fuera Eva, con la espalda contra la madera.

Y ahí, en el suelo, me di cuenta de una cosa horrible: que acababa de hacerle exactamente lo mismo que llevaba todo este tiempo reprochándole al mundo entero.

Lo había juzgado sin escucharlo. Lo había condenado con las pruebas que tenía y sin pedirle su versión.

Otra vez.

Igual que en enero.

Solo que esta vez, encima, yo estaba enamorada de él.

Capítulo 24

HUGO

No pasa nada. Se acabó y no pasa nada.

Eso es lo que me repetí durante los dos días siguientes, con una disciplina que en otras áreas de mi vida me habría hecho millonario. No pasa nada. Fue una semana en una isla. Siete días, Hugo. La gente se enamora en los viajes porque en los viajes uno no es uno mismo; es la versión de vacaciones, la que duerme bien y no tiene que madrugar y no tiene la cabeza en una factura. Y esa versión no existe. Se disuelve en la primera lavadora.

No pasa nada.

Lo que pasa es que estoy destrozado, pero eso es información clasificada.

Porque hay una cosa que aprendí de crío, cuando mi madre se fue y mi padre se pasó dos años sin hablar del asunto: que el dolor de un hombre adulto tiene que caber dentro de una casa sin molestar a nadie. Se recoge, se dobla, se guarda en el armario y se sigue haciendo cenas. Nora tenía campamento por las mañanas y clase de natación los martes y necesitaba a un padre funcional, no a un tío tirado en el sofá mirando una pared. Así que hice cenas. Llevé y traje. Firmé un permiso del colegio. Puse dos lavadoras.

Y por dentro me puse la armadura entera, pieza por pieza, con esa eficiencia que solo se consigue con práctica.

Es humillante lo rápido que se pone.

Al segundo día ya me había construido el relato completo, redondito, blindado. Que en el fondo lo veía venir. Que estaba clarísimo desde el principio. Que una mujer que es capaz de retirarte el saludo seis meses por una historia que le contó otra persona es una mujer que decide las cosas sola y no las revisa. Que yo estaba tan roto que confundí un rato de compañía con algo grande. Que me

lo tengo merecido por bajar la guardia a los cuarenta y un años, que es una edad en la que ya deberías tener eso resuelto.

«Tampoco creo que tú fueras para mí.»

Esa frase, por cierto, es de las que se quedan. Me la repetí unas cuatrocientas veces en cuarenta y ocho horas, con distintas entonaciones, buscándole segundas intenciones que no encontré. Es una frase limpia. Es una frase de las que cierran una puerta y le echan la llave desde el otro lado.

Y lo más gracioso: yo, que llevo toda la vida sin dar explicaciones, me pasé esos dos días queriendo dar una. Queriendo llamar a esa puerta otra vez y decir: oye, dame algo más, no me dejes con esto, algo pasó entre el aparcamiento de aquel resort y tu casa, porque la mujer que me besó en aquel aparcamiento no era la mujer que me habló en aquella puerta.

Pero no llamé. Claro que no llamé. Uno no va detrás de nadie mendigando. Lo aprendí de mi padre y funciona fenomenal: te deja intacto, digno, entero y absolutamente solo.

El viernes vino Rober, que tiene un radar para las desgracias ajenas, y estuvo veinte minutos hablando de fútbol antes de soltarlo.

—O sea que se acabó.

—No había empezado.

—Ya. —Bebió—. Cinco días en una cala y no había empezado.

—Rober.

—¿Le has preguntado qué le pasa?

—Se lo pregunté. —Y lo dije con cierto orgullo, fíjate, porque por una vez lo había hecho—. Fui a su casa. Se lo pregunté a la cara. Me dijo que fue un error y que yo no era para ella.

—¿Y tú qué dijiste?

—Que vale.

Rober se quedó mirándome con la lata a medio camino.

—¿Que vale?

—¿Qué querías que dijera?

—No sé, Hugo, algo. «¿Por qué?» «¿Qué ha cambiado?» «El domingo me besaste en un aparcamiento y el jueves no soy para ti, ayúdame con la aritmética.» —Dejó la lata—. Algo.

—No pienso mendigar.

—No es mendigar, tío. Es preguntar. —Se levantó a por otra cerveza como si estuviera en su casa, que a estas alturas casi—. Lo que pasa es que tú, en cuanto alguien te da la más mínima excusa para retirarte, te retiras a la velocidad de la luz y encima te quedas tan a gusto porque lo llamas dignidad.

—Vete a la mierda.

—Cuando quieras. —Volvió a sentarse—. Pero piénsalo. Es justo lo mismo que hiciste con Eva. Y con la vecina en enero. Y con tu padre.

Y ahí ya no le contesté, porque lo peor de tener un amigo de veinte años es que se sabe el mapa entero.

Lo que no había calculado era a Nora.

—¿Ya no somos amigos de Mateo? —me preguntó el sábado, mientras desayunábamos.

—Sí, cariño. Claro que sí.

—Entonces por qué no viene.

—Porque los mayores... —Y ahí me atasqué, porque llevaba una semana prometiéndome no mentir a mi hija—. Porque su madre y yo hemos decidido que es mejor no vernos tanto. Pero eso es cosa nuestra, no vuestra. Si quieres ver a Mateo, lo vemos.

Se quedó mirando el bol de cereales.

—Pero en la playa te reías.

—Ya.

—Y a mí me hizo la trenza.

—Ya lo sé.

—¿Y qué ha pasado?

Y ahí, delante de mi hija de nueve años, con una cuchara en la mano, me oí decir la verdad más grande de la semana:

—No lo sé, Nora. De verdad que no lo sé.

Aquella tarde fui a nadar. Sesenta largos, que son diez más de mi máximo, hasta que se me quedaron los hombros muertos y la cabeza por fin en blanco, que es todo lo que le pido al agua. Y al salir de la piscina, mientras me secaba, la vi.

A Ali. En su jardín, tendiendo ropa.

Y me hizo una cosa el pecho que no me hacía desde marzo. Un puñetazo seco. Porque estaba a treinta y dos pasos, a la vista, tan

cerca que le veía la camiseta gris que se pone para estar en casa, y era la persona más lejana del planeta. Le veía las manos coger las pinzas. Le veía apartarse el pelo con el antebrazo. Y no podía cruzar. Volvíamos a ser dos vecinos con un seto en medio, exactamente igual que en junio, solo que ahora yo sabía cómo se ríe cuando se le olvida que no debe, y sabía cómo suena mi nombre dicho de otra manera, y esas dos cosas no se desaprenden.

Me metí en casa antes de que levantara la vista.

Y ahí, fregando una sartén que ya estaba limpia, se me ocurrió por primera vez en dos días que a lo mejor no tenía por qué pasar la noche solo.

Porque hay una manera de gestionar esto. La conozco. Es antigua y funciona: cuando algo se te rompe por dentro y no puedes decírselo a nadie, buscas a la persona con la que no hace falta explicar nada. La llamas. Aparece. Y durante unas horas dejas de ser un tío de cuarenta y un años al que acaban de dejar tirado en su propia acera.

Y yo tengo esa persona. La tengo desde siempre. Es la única que me ha visto llorar, la única delante de la que no me pongo la armadura, la única que sabe entrar en esta casa sin llamar y servirse ella el vino. Con ella no tengo que fingir que estoy bien, ni que soy sereno, ni que soy un padre funcional. Con ella puedo ser exactamente el desastre que soy esta semana.

Hay noches en que uno necesita que le digan que no está solo. Y hay noches, como esta, en que uno necesita algo más que eso.

Nora llevaba ya un rato dormida. Eran casi las ocho y media de un sábado. Cogí el móvil, miré la pantalla un buen rato con las manos todavía mojadas, sabiendo perfectamente lo que iba a hacer y sabiendo también que una llamada a esas horas, un sábado, no es una llamada cualquiera.

Y entonces, antes de que llegara a pulsar nada, llamaron a la puerta.

Y por un segundo —un segundo entero, y esto es lo más patético que voy a confesar en toda esta historia— el corazón me dio un salto absurdo, ridículo, de crío de quince años. Un salto que decía: es ella. Ha venido. Ha cambiado de opinión.

Me limpié las manos en el trapo. Fui al recibidor. Abrí.

Y en mi porche, con dos botellas de vino en una mano, una bolsa de comida tailandesa en la otra.

—Hola, Sofía.

Capítulo 25

ALI

Saqué la basura el sábado a las ocho y media de la tarde, y esa es la última cosa normal que hice en cuarenta y ocho horas.

Iba con el cubo por el camino de mi jardín, en chancas y con la camiseta gris de estar en casa, pensando en nada, cuando oí un coche aparcar. Y levanté la vista.

Un coche pequeño, blanco, que no era de la calle. Se bajó una mujer.

Morena. Alta. Con una melena que le caía como en un anuncio, un vestido de verano y dos botellas de vino en una mano. En la otra llevaba una bolsa de papel de esas de comida para llevar.

Cruzó la acera. Subió los escalones del 17B. Llamó al timbre.

Yo me quedé quieta en mitad de mi jardín, con el cubo a medio empujar y una sensación muy rara en el estómago, como cuando bajas un escalón que no estaba.

Se abrió la puerta. Vi a Hugo en el umbral, con el trapo de cocina todavía en la mano. Vi cómo cambiaba la cara. Y aunque no oí lo que decían, vi perfectamente lo que pasó después: ella dijo algo, él se apartó, y ella entró en aquella casa con la naturalidad de quien ha entrado mil veces.

La puerta se cerró.

Y yo me quedé ahí de pie, en la oscuridad de mi jardín, con la basura en la mano, mirando la luz encendida de una cocina en la que hacía unas semanas yo me había bebido una cerveza sentada en la encimera.

Volví a casa sin sacar el cubo. Al día siguiente me acordé y ya era tarde: se habían llevado la basura y me tocó aguantarla otra semana, cosa que me pareció, dadas las circunstancias, una metáfora bastante ajustada de mi vida.

Esa noche no dormí nada. Cero. Ni una hora.

Y lo peor, lo verdaderamente enfermo, es que a las once y media me pillé haciendo una cosa que no le he contado a nadie hasta hoy: me pillé subiendo al cuarto de Mateo, que da a su parcela, para mirar por la ventana desde detrás de la cortina y ver si el coche blanco seguía aparcado.

Seguía.

A la una y media me volví a levantar. Seguía.

A las tres ya no me levanté, porque me daba demasiada vergüenza, pero estuve despierta calculando. Que si la cena se puede alargar. Que si a lo mejor había bebido y no podía conducir. Que si, que si, que si.

Y por debajo de todos esos «que si», como una nota grave de fondo, sonaba una sola frase con la voz de Eva: «Llevan años, Ali. Yo se lo pregunté mil veces y él siempre con lo mismo: es mi amiga de toda la vida».

Su amiga de toda la vida. Con vino. Un sábado. En su casa. Cuatro días después de que yo le dijera que no era para mí.

Cuatro días, Hugo. Cuatro.

Y yo, que soy justa hasta cuando me destrozan, tuve la honestidad de reconocer, ahí en la oscuridad, que aquello me lo había buscado yo solita. Que le cerré la puerta en las narices. Que le dije que no era para mí. Que un hombre al que dejas tirado tiene todo el derecho del mundo a cenar con quien le dé la gana, y que si aquella mujer entraba en su casa era, en parte, porque yo lo había echado de la mía.

Y sin embargo.

Sin embargo, cuatro días. Cuatro días es muy poco tiempo para una cena con vino y comida para llevar y un coche que sigue aparcado a la una y media de la madrugada. A no ser, claro, que eso ya estuviera ahí antes. A no ser que lo que yo había interrumpido en Mallorca fuera una cosa que simplemente se reanuda cuando la vecina se aparta.

Al final me dormí a las cinco, y a las siete y media me despertó Mateo pidiendo desayuno, y a las diez de la mañana del domingo yo

era una mujer con dos noches de sueño en la última semana, la basura sin sacar y un incendio dentro del pecho.

Y no había pan. Otra vez. Nunca hay pan.

Así que me metí en el coche y bajé al súper.

Y ahí es donde el destino, o la casualidad, o esa cosa que tiene esta historia de ponerme siempre delante lo que no quiero ver, decidió rematar la faena.

Estaba en la sección de fruta, apretando aguacates con esa concentración forense con la que se aprietan los aguacates, cuando la vi.

La reconocí antes de pensar en reconocerla, que es como funcionan estas cosas. La melena. El perfil. La misma mujer del espejo, del vestido rojo, del conjunto de encaje. La misma que había entrado con dos botellas de vino en casa de Hugo doce horas antes y cuyo coche seguía aparcado a la una y media.

Sofía.

Empujaba un carro con dos yogures y una bolsa de naranjas, tan tranquila, mirando las etiquetas de unos cereales como si aquello fuera un domingo normal, como si no llevara semanas siendo la protagonista silenciosa de mis peores pensamientos.

Y a mí se me subió algo por dentro que no controlé.

No lo pensé. Si lo hubiera pensado no lo habría hecho, porque yo no soy de esto, yo soy de la escuela de no preguntar, de archivar y callar. Pero llevaba dos noches sin dormir, una semana de silencio propio acumulado y una mentira enorme atragantada desde el jueves, y todo eso tenía que reventar por algún sitio.

Reventó junto a los aguacates.

Dejé la fruta. Crucé el pasillo.

—Perdona. —Mi voz sonó más dura de lo que la tenía pensada—. ¿Tú eres Sofía?

Se giró, sorprendida, con una sonrisa automática de las que se les pone a los desconocidos.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—No. Pero yo a ti te he visto un montón. —Y ahí ya no pude parar, salió todo junto, atropellado, con una voz que no reconocía como mía—. En el móvil de Hugo. En su galería. Fotos, muchas

fotos, en ropa interior, y mensajes de «qué buena estás» y «te quiero mucho» y una cita para un jueves. Y anoche te vi entrar en su casa con dos botellas de vino a las ocho y media. Y tu coche seguía ahí a la una y media, porque lo miré, porque llevo dos noches sin dormir. Así que no, no nos conocemos, pero sé perfectamente quién eres.

Sofía se quedó con la boca entreabierta, el carro parado en mitad del pasillo, mirándome como el que mira a alguien que se ha vuelto loco en directo delante de sus narices, cosa que, ahora que lo pienso con unos días de distancia, es bastante parecido a lo que estaba pasando.

—Perdona, ¿pero tú quién eres?

—Soy Ali. La vecina. La del 17A. —Se me quebró algo en la garganta y odié que se me quebrara—. Da igual quién soy. Solo quería decírtelo a la cara. Que lo sé. Que sé lo vuestro.

Y entonces, mientras yo terminaba de decir aquella frase absurda en mitad de la sección de fruta, con dos señoras fingiendo mirar los plátanos a dos metros, apareció otra mujer por detrás de Sofía. Rubia, con gafas de sol subidas en el pelo, empujando el resto de la compra en otro carro.

—Cariño, ¿cogemos el tinto o el que te gustó en casa de mi hermana?

Y le dio un beso. En la boca. Corto, natural, del tipo de beso que se da alguien que lleva años dándolo, sin ningún efecto especial, sin drama, el beso más aburrido y más devastador que he presenciado en mi vida.

Sofía se giró hacia ella con una familiaridad absoluta.

—El de tu hermana, que el otro sabe a corcho. —Y luego, volviéndose hacia mí, ya sin la sonrisa de cortesía, con una cara mucho más seria—. Esta es Carla. Mi mujer. Llevamos seis años juntas y dos casadas.

Silencio.

Un silencio de esos que ocupan un pasillo entero, con la megafonía anunciando una oferta en detergentes de fondo, como una banda sonora completamente inadecuada para el momento

exacto en que a una se le cae el mundo encima en la sección de fruta.

—Ah —dije. Fue lo único que me salió.

—Sí. Ah. —Sofía cruzó los brazos, y en su cara ya no había sorpresa, había algo mucho más parecido a la indignación—. ¿Se puede saber de qué me estás acusando precisamente?

—Yo... —Las palabras se me habían ido a algún sitio y no encontraba el camino de vuelta—. Vi las fotos. En su móvil. En... en ropa interior.

—¿Fotos mías probándome vestidos para las bodas del verano me estás llamando ropa interior?

—Había uno de encaje.

—¡Es un body, tía, no lencería, hay una diferencia y se llama contexto! —Se llevó las manos a la cabeza—. Se lo mandé porque me lo iba a poner debajo de una chaqueta de esmoquin en la boda de mi prima y quería saber si transparentaba. Me dijo que se me marcaba todo. Por eso me lo compré en negro y no en beige. —Bufó—. Y las guarda porque el tío es incapaz de vaciar la galería del móvil, tiene dos mil fotos de facturas y de tornillos del Leroy Merlin.

Carla, a su lado, había cruzado los brazos también, y las dos me miraban con una simetría que en cualquier otro momento me habría hecho gracia.

—Es mi mejor amigo desde los quince años —siguió Sofía, ya sin ningún cuidado en el tono—. Quince. Nos conocimos en un instituto de mierda donde yo era la rara y él era el callado, y llevamos veinticinco años siendo la familia que ninguno de los dos eligió. Le mando las fotos del probador porque tiene mejor ojo que cualquiera de mis amigas y porque me dice la verdad sin piedad, cosa que a mi mujer, que la quiero con toda mi alma, le importa lo mismo que a un pato el paraguas.

—El «te quiero mucho»... —dije, muy pequeñita.

—Se lo digo yo a él y él me lo dice a mí, porque nos queremos. Es la única persona en el mundo delante de la que ese hombre llora. Y sí, el sábado estuve en su casa, ya que lo mencionas. Llegué a las ocho y media con dos botellas de vino y me fui a las dos de la mañana. —Vi cómo se le descomponía la cara y disfruté un segundo,

lo confieso, antes de rematar—: Porque me llamó Rober diciéndome que llevaba una semana contestando a los mensajes con puntos y que le habían roto el corazón. Y me quedé hasta las dos escuchando a un tío de cuarenta y un años intentando entender qué había hecho mal con la vecina del 17A.

Me quedé plantada en mitad del pasillo, con la bolsa de la compra vacía colgando de la mano, sintiéndome del tamaño de un aguacate mal apretado.

—¿Y sabes qué es lo peor? —añadió—. Que cuando volvió de Mallorca me escribió. Y me dijo, textualmente: «Creo que me he enamorado de la vecina, y estoy acojonado». Eso fue hace una semana. Y ahora resulta que la vecina lleva días sin hablarle y él no sabe por qué.

—Lo siento —dije—. Lo siento muchísimo. Me he equivocado. Me he equivocado en todo.

—Ya lo creo que te has equivocado. —Carla habló por primera vez, sin acritud, casi con curiosidad clínica—. ¿Y por qué no le preguntaste a él directamente, en vez de venir a montarle un pollo a una desconocida en el súper?

Y ahí estaba. La pregunta. Mi pregunta, la de siempre, la que llevaba toda la vida esquivando, formulada por una mujer a la que acababa de conocer y que en dos frases había entendido mejor mi problema que yo en treinta y ocho años.

—Porque no pregunto —dije, y me salió la voz rota de verdad—. Nunca. Es lo que hago. Miro, saco conclusiones y me quedo con ellas. Así nadie me puede mentir a la cara.

—Pues vaya sistema de mierda —dijo Sofía, con una media sonrisa que ya no era hostil, solo cansada.

—Ya me lo han dicho.

Se hizo un silencio distinto, más blando. Sofía suspiró, se pasó la mano por la melena y dejó el carro quieto.

—Mira. No te conozco de nada. Pero por lo que me contó anoche y por la cara que traes ahora mismo, no eres tonta. Estás muerta de miedo, que es otra cosa. —Se encogió de hombros—. Habla con él. De verdad. No con capturas de pantalla sin contexto ni con lo que te

haya contado su ex, que ya sé yo de dónde sale esto, no soy idiota. Con él. A la cara.

Salí del súper sin el pan, sin la lechuga, sin nada, con la compra a medio hacer y las piernas flojas.

Y en el aparcamiento, apoyada en mi coche, con el sol de agosto dándome en la cara, hice cuentas por última vez.

Eva me mintió en enero y la creí.

Eva me mintió en agosto y volví a creerla.

Y en medio de las dos mentiras, la única persona que me había dicho la verdad desde el primer día —desde aquella tarde en el seto, desde el apagón, desde la playa— era un hombre al que yo le había dicho, cuatro noches antes y mirándole a los ojos, que no era para mí.

Metí las llaves en el contacto. Y por primera vez en toda esta historia, en vez de irme a casa a rumiarlo sola, arranqué y conduje hacia Las Adelfas sabiendo perfectamente lo que iba a hacer.

Iba a preguntar.

Capítulo 26

HUGO

El domingo por la mañana estaba cambiando el filtro de la depuradora, que es lo que hago cuando no quiero pensar y no me apetece nadar.

Tenía las manos metidas hasta la muñeca en el cesto de skimmer, sacando hojas del fondo de un cubo que olía a verano acabándose, cuando oí frenar un coche en la calle. No le di importancia. Aquí frenan coches todo el rato: es una urbanización, la gente aparca, la gente vive.

Luego oí una puerta cerrarse muy fuerte. Y unos pasos rápidos por la acera. Y luego el timbre de mi casa, dos veces seguidas, con esa insistencia de la gente que no piensa esperar a que le abran.

Me sequé las manos en el pantalón y fui a abrir.

Y era ella.

Con una camiseta gris de estar en casa, unas chanclas y el pelo recogido de cualquier manera. Sin maquillar. Con dos ojeras que le llegaban al cuello y una bolsa de la compra vacía todavía en la mano, cosa que en aquel momento no entendí y que luego me explicaría muerta de vergüenza.

—Hola —dije, y no fui capaz de decir nada más.

—¿Está Nora?

—En casa de Rober. Se la llevaron con los suyos a la piscina municipal.

—Vale. —Cogió aire, como quien se prepara para tirarse de un trampolín muy alto—. ¿Puedo pasar?

Me aparté. Entró. Se quedó de pie en mitad de mi salón, sin sentarse, con la bolsa colgando de la mano y una tensión en los hombros que se veía desde la calle.

—Ali, si vienes a...

—Espera. Déjame hacerlo o no lo hago.

Cerré la boca.

—Vengo a preguntarte una cosa. —Le temblaba la voz y aun así siguió—. Y necesito preguntártela mirándote a la cara, porque llevo toda la vida sin hacerlo y ya va siendo hora.

—Vale.

—¿Quién es Sofía?

Y ahí me quedé completamente en blanco.

De todas las frases que aquella mujer podía haber dicho al entrar en mi salón un domingo por la mañana, aquella estaba en la posición número novecientas. Me quedé mirándola con el trapo todavía en la mano, sin entender nada.

—¿Sofía?

—Sofía. La mujer de las fotos de tu móvil. La que te manda mensajes diciendo «qué buena estás» y «te quiero mucho» y una cita para un jueves. La que anoche entró en esta casa a las ocho y media con dos botellas de vino y cuyo coche seguía ahí a la una y media, porque lo comprobé desde la ventana del cuarto de mi hijo, sí, así de patética soy. —Le falló la voz—. Esa Sofía. Quién es.

Tardé unos segundos en procesarlo. Y luego, poco a poco, como cuando se enciende un fluorescente viejo, empecé a ver la película entera desde el principio, y con ella la mujer que había estado en mi puerta el jueves diciéndome que yo no era para ella.

—Sofía es mi mejor amiga —dije—. Desde los quince años. Está casada con Carla. Llevan seis años juntas.

—Sí. Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me la encontré hace media hora en el súper y le monté una escena espantosa delante de los aguacates. —Se tapó la cara con una mano—. Delante de su mujer, Hugo. Le dije que sabía lo vuestro. Y luego Carla la besó y me quise morir.

Y yo, que soy un hombre serio, en el peor momento posible de toda mi vida adulta, me tuve que morder el interior de la mejilla para no reírme.

—Ali...

—No te rías.

—No me estoy riendo.

—Te estás riendo por dentro, que es peor.

—Un poco —admití—. Muy poco.

Se dejó caer en el sofá. En mi sofá. En el mismo donde nos habíamos bebido aquellas cervezas la noche del apagón, y me di cuenta de que ella también lo había pensado, porque miró el sitio antes de sentarse.

Y entonces me lo contó todo. Entero. Sin ahorrarse ni una sola parte fea, que es la cosa más valiente que le he visto hacer a nadie.

Me contó lo del último día en la cala, la notificación con la foto, el móvil que se desbloqueó solo por lo del pulpo, la galería, los tres mensajes. Me contó cómo se pasó la travesía entera sin escribirle a nadie. Me contó lo de Eva sentada en su escalón a las tres de la mañana con una botella de vino, esperando a que llegara, calculando la hora. Y lo que le dijo. Todo lo que le dijo.

—Y la creí, Hugo. —Se le rompió la cara—. Otra vez. Con vídeos en la mano, con pruebas, sabiendo que es una mentirosa, la volví a creer. Porque encajaba con lo que yo ya había visto. Porque no vino sola: vino a apoyarse en algo que ya estaba dentro de mí.

Yo me había sentado enfrente, en el brazo del sillón, y no la interrumpí ni una vez.

—Y el jueves viniste a mi puerta y me preguntaste. —Se secó la cara con el dorso de la mano—. Cumpliste. Tú cumpliste, Hugo. Cruzaste los treinta y dos pasos y preguntaste, que es lo que me habías prometido en la playa. Y yo te mentí. Y encima te dije aquello, lo de que no eras para mí, que ni siquiera lo pensaba, que lo dije solo para que te fueras antes de que me viniera abajo.

—Ya.

—Y me monté una justificación preciosa, ¿sabes? A las cuatro y media de la mañana. Me dije: sí, prometimos hablarlo todo, pero también dimos por hecho que no habría nadie más, y eso no hizo falta decirlo porque era lo importante. Y si él ha roto la que no hacía falta decir, ¿por qué voy a cumplir yo la que sí dijimos? —Soltó una risa horrible—. Fíjate qué bien construido. Qué limpio. Me dormí abrazada a esa idea como una niña con un peluche.

—Ali.

—Y no era justicia, Hugo. Era miedo. Era miedo con abogado. — Levantó la cara y me miró—. Porque si te preguntaba, existía la posibilidad de que me dijeras que sí. Y yo no tenía cuerpo para oírtelo. No podía. Prefería quedarme con la duda, porque la duda te deja respirar mientras te caes.

Nos quedamos callados un rato largo. Se oía la depuradora funcionando fuera, con el filtro a medio poner.

Y yo tenía delante a la mujer de la que estoy enamorado, deshecha en mi sofá, contándome con todo detalle cómo me había fallado, sin excusas, sin adornos, sin pedirme nada.

Podría haberla perdonado ahí mismo. Se lo merecía. Ganas no me faltaban.

Pero había una cosa que yo llevaba cuatro días necesitando decir, y llevo toda la vida callándome las cosas que necesito decir, así que por una vez la dije.

—Ali, mírame. —Esperé a que levantara la cara—. No me dolió que dudarás.

—¿No?

—No. Eso lo entiendo perfectamente. Llevas un año entero recibiendo explicaciones perfectas que resultaron ser mentira. Cualquiera con tu historial habría dudado, y el que diga lo contrario es que no ha pasado por ahí. —Cogí aire—. Lo que me duele, lo que me revienta por dentro, es que no necesitaras preguntarme. Que prefirieras pasarte cuatro noches sola en tu casa comiéndote eso viva antes que cruzar treinta y dos pasos y decirme: Hugo, ¿quién es Sofía? Cuatro palabras. Y en vez de eso, decidiste tú sola cómo era yo. Y me dejaste fuera. Igual que en enero. Igual que hizo todo el mundo en enero.

Se le llenaron los ojos.

—Lo sé.

—Yo no soy Allan.

—Lo sé.

—Y estoy hasta la coronilla de pagar facturas de hombres que no soy. Primero la de Eva. Ahora la de tu marido. —Me pasé la mano por la cara—. Estoy cansadísimo, Ali. Llevo un año siendo el malo de historias que no he escrito yo.

Ella asintió despacio, con las lágrimas cayéndole sin ruido, y no dijo nada durante unos segundos.

—Tienes razón en todo —dijo al final—. En todo. Y no te voy a pedir que me perdones hoy, porque sería otra manera de exigirte algo.

Se levantó. Cogió la bolsa vacía. Y entonces hizo la única cosa que podía romperme del todo, que fue no insistir.

—Solo quería que supieras que no fue por ti. Y que lo que te dije el jueves era mentira. —Se dirigió a la puerta—. Ya está. Eso era todo.

Y ahí, viéndola marcharse por mi salón con una bolsa de la compra vacía y las chanclas y el pelo mal recogido, me di cuenta de una cosa muy simple.

Que llevo toda la vida dejando que la gente se vaya para no tener que arriesgarme a pedirle que se quede. Mi madre. Eva. Ella, todo este tiempo, por encima de un seto.

Y que si dejaba que cruzara esa puerta, mi orgullo iba a quedar perfectamente satisfecho, e iba a cenar solo el resto del año.

—Ali.

Se paró. No se giró.

—Cuatro palabras —dije.

—¿Qué?

—Que la próxima vez son cuatro palabras. «¿Quién es esa, Hugo?» Cuatro. —Di dos pasos hacia ella—. Y yo te contesto. Aunque sea incómodo. Aunque tenga que explicarte cosas que no le he explicado a nadie en mi vida. Ese es el trato. Es el único que me interesa.

Se giró despacio.

Tenía la cara empapada y una expresión de no atreverse a creerse lo que estaba oyendo, y era, con diferencia, la mujer más guapa que he visto nunca en mi salón, incluidas las que salen en los anuncios de cocinas.

Y la besé.

ALI

Y yo llevaba cuatro noches convenciéndome de que este hombre no era para mí.

Menuda estupidez. Se me cayó entera en el primer segundo, en cuanto me sujetó la cara con las dos manos y me besó con la boca abierta, sin preguntar nada, igual que recupera algo que le pertenece.

Nos fuimos chocando con todo, porque los besos que importan no se dan quietos. Con el brazo del sofá. Con el marco de la puerta. Le metí las manos por debajo de la camiseta y le noté el estómago tenso y caliente y toda la espalda perdida de sudor de haber estado peleándose con la depuradora, y me dio absolutamente igual, más bien lo contrario.

—Nora... —conseguí decir.

—En casa de Rober. Hasta las dos.

—Hugo, en serio.

—Ali, son las once y media de la mañana y tenemos dos horas y media. —Me mordió el cuello justo debajo de la oreja—. Deja de hacer cálculos.

Subimos las escaleras a trompicones, y a mitad del pasillo ya me había sacado la camiseta gris por la cabeza y la había tirado a alguna parte, y yo le había desabrochado el pantalón con un pulso que no tenía desde los veinte años.

Su habitación. La persiana a medias, esa luz rayada de mediodía cayéndonos encima a franjas, sin ninguna piedad. Nada de luna, nada de decorado.

Me quitó el sujetador de un tirón limpio —no como la primera vez en la playa, que estuvo peleándose con el cierre hasta que me dio la risa— y se quedó un segundo quieto, mirándome los pechos a plena luz del día, con esa cara suya de hombre serio que no se le va ni así.

—Joder, Ali.

—¿Qué?

Y agachó la cabeza y me metió un pezón en la boca, despacio primero y luego no tan despacio, y yo le agarré la nuca con las dos manos y dejé de tener opiniones sobre la luz, sobre la persiana y sobre absolutamente cualquier otra cosa.

HUGO

La tumbé en mi cama, esa cama que llevaba un año siendo un sitio donde se duerme mal, y le bajé los pantalones cortos y las

bragas de una sola vez, sin ceremonias, porque no eran horas de ceremonias.

Y me tomé mi tiempo, que es lo que en la playa no pudimos hacer.

Le besé el estómago. La cadera. La cara interna del muslo, que es donde noté que se le cortaba la respiración por primera vez, y me quedé ahí un rato solo por oírla. Y luego bajé del todo y la abrí con los dedos y la besé donde llevaba semanas queriendo besarla, y ella soltó un sonido que no le había oído nunca y que me atravesó entero.

Estaba empapada. Me lo dijo el cuerpo antes que ella.

La lamí despacio, sin prisa ninguna, aprendiéndomela: dónde apretaba los muslos contra mis orejas, dónde se le escapaba la cadera hacia arriba, en qué momento exacto dejaba de decir cosas —que es su manera de gritar, ya lo he dicho—. Le metí dos dedos y noté cómo se cerraba alrededor, cómo se le tensaba todo el vientre bajo mi mano abierta, y ella me agarró del pelo con una violencia que no le pega nada y que me gustó muchísimo.

—Hugo. Hugo, para, que me...

—No.

—Que me voy a...

—Ya lo sé.

Y no paré. Y se corrió así, con mi nombre a medias en la boca y la espalda levantada de la cama y la mano cerrada en mi pelo, temblando entera durante un rato larguísimo mientras yo le sujetaba las caderas para que no se me escapara.

Cuando se quedó floja la miré desde abajo, apoyando la barbilla en su cadera, sin poder disimular una cara de idiota bastante evidente.

—No digas nada —jadeó, tapándose los ojos con el brazo.

—Si no he dicho nada.

—Lo estás pensando.

—Lo estoy pensando muchísimo.

ALI

Le subí por el cuerpo tirándole de los hombros, porque necesitaba tenerlo encima ya, y le bajé yo misma el calzoncillo con

los pies, que fue una maniobra ridícula y eficaz.

Lo cogí con la mano. Duro, caliente, pesado, y se le escapó un sonido bajo entre los dientes cuando cerré los dedos y empecé a moverlos, despacio, mirándole la cara. Ese hombre que no explica nada, que no cuenta nada, que se guarda todo detrás de una mandíbula apretada, tenía toda su vida interior escrita en la cara cuando le tocaba así. Se le desordenaba entero.

Es de las cosas más excitantes que me han pasado nunca: descubrir que a Hugo, en aquella cama, se le caía la persiana metálica.

—Ven —dije.

—Espera, que...

—Que vengas.

Y entró. Despacio al principio, todo lo despacio que puede entrar un hombre que lleva cuatro días convencido de que le habían dejado, apoyado en un codo, mirándome a treinta centímetros. Noté cómo me llenaba, cómo se me tensaba todo por dentro para acomodarlo, y solté el aire de repente contra su hombro.

—¿Bien? —preguntó, con la voz hecha polvo.

—Muy bien. Muévete.

Y se movió.

Empezó despacio, con esa lentitud que se te clava más que las prisas, entrando entero y saliendo casi del todo, una y otra vez, mientras me sujetaba la nuca con una mano y me miraba sin apartar los ojos ni un segundo. Y luego cada vez más fuerte, más hondo, hasta que el cabecero empezó a hacer un ruido rítmico contra la pared que en cualquier otro momento me habría dado la risa y que en aquel me pareció una banda sonora estupenda.

Le clavé los talones en la parte baja de la espalda para que fuera más adentro. Le mordí el hombro. Le oí decir mi nombre contra mi pelo, una vez, dos, con la respiración rota.

Y no cerré los ojos.

Esa es la diferencia y es la única que me importa. Con Allan, al final, yo cerraba los ojos. Ponía el cuerpo y me iba a otro sitio. Aquella mañana no los cerré ni una vez, ni cuando me habría venido bien cerrarlos, ni cuando ya no podía más y me estaba corriendo

otra vez con él dentro y la mano de él abierta en mi garganta sin apretar, solo apoyada, como quien marca algo suyo.

Le vi la cara entera cuando se corrió. Los ojos cerrados, la mandíbula suelta por fin, el gesto de un hombre al que se le rompe algo por dentro y no le importa. Se quedó dentro, quieto, apoyando la frente en la mía, respirando como si acabara de subir seis pisos.

—Madre mía —dijo.

—Ya.

HUGO

Después nos quedamos tumbados boca arriba, sin decir nada, con esa respiración que tarda un rato en volver a su sitio.

Fuera seguía sonando la depuradora, que llevaba dos horas funcionando con el filtro a medio poner y que probablemente se estaba destrozando.

—Se te va a quemar la bomba —dijo ella, con la voz ronca.

—Que se queme.

Se giró de lado, apoyó la cabeza en mi hombro y me puso la mano abierta en el pecho, encima del corazón, para comprobar algo.

—Oye, Hugo.

—Dime.

—Es la primera vez en un año que no tengo ganas de irme a mi casa.

Y no le contesté nada, porque no había nada que contestar y porque tenía la garganta hecha un desastre y no me apetecía que se me notara.

Le besé el pelo. Y nos quedamos así, en aquella cama que por fin servía para algo, hasta que a las dos menos veinte sonó el móvil con un mensaje de Rober diciendo que traía a Nora en diez minutos y que si me pillaba mal.

—Me pilla fatal —dije en voz alta.

—Dile que le pille bien.

—Es que le acabo de escribir «perfecto».

—Muy típico tuyo. No explicar nada.

Y nos levantamos de aquella cama muertos de risa, buscando ropa por el suelo como dos adolescentes en casa de sus padres, con

veinte minutos por delante y un filtro de depuradora a medio montar.

Capítulo 27

HUGO

A Eva la vi el sábado siguiente, cuando vino a recoger a Nora.

Llevaba toda la semana pensando cómo hacerlo. Desde que Ali se sentó en mi sofá un domingo por la mañana y me lo contó todo, sin ahorrarse ni una sola parte fea, incluida la imagen que no me quito de la cabeza: mi exmujer sentada en su escalón a las tres de la madrugada, con una botella de vino, esperando a que llegara reventada del viaje para clavarle el cuchillo en el sitio exacto. Había calculado hasta la hora.

Rober me sugirió gritarle. Sofía, que llamó el viernes con una mezcla de indignación y risa que solo ella sabe combinar, me dijo que le enseñara los mensajes y la humillara. Y durante un par de noches me lo planteé, porque una parte de mí, la que llevaba seis meses tragando, quería exactamente eso: reventarlo todo, contárselo a la calle entera, empapelar el grupo de vecinos con la matrícula del Audi de Allan y las fechas de las once veces.

Pero luego subía a ver dormir a Nora y se me pasaba.

Porque el problema de reventar a Eva es que Eva es la madre de mi hija. Y todo lo que le tire encima a ella le va a caer a la niña por rebote, tarde o temprano, en un patio, en una cena, en una frase mal oída. Llevo un año entero comiéndome cosas por ese motivo, y no iba a dejar de hacerlo justo ahora que por fin tengo algo que proteger.

Así que cuando llegó, con su vestido impecable y sus gafas de sol, y Nora subió a por su mochila, me quedé de pie en el porche y le dije, con toda la tranquilidad que fui capaz de reunir:

—Eva. Tenemos que hablar dos minutos.

—Claro. —Sonrió—. ¿Va todo bien?

—Sé que fuiste a casa de Ali. La noche que volvió de Mallorca. A las tres de la mañana.

La sonrisa no se le movió. Ni un milímetro. Es admirable, en el fondo.

—Fui a pedirle perdón, Hugo. Después de lo de las cámaras, me pareció lo mínimo.

—Y de paso le dijiste que yo me acostaba con Sofía. Tú sabías perfectamente que lo que le estabas contando era mentira.

Se quitó las gafas de sol. Y por un segundo, medio segundo, vi debajo del maquillaje a la mujer real, y no era una villana de película: era alguien pequeño, cansado y furioso.

—¿Y qué querías que hiciera? —dijo, en voz baja—. ¿Que me quedara mirando cómo mi exmarido se monta la familia perfecta con la vecina mientras yo soy la mala de la película en toda la urbanización? Tú tienes la casa, tienes a la niña la mitad del tiempo, todo el mundo te compadece, y ahora encima te toca ser feliz. ¿Y yo qué, Hugo? ¿Yo qué?

—Tú tomaste unas decisiones.

—Ya lo sé. —Le tembló algo en la barbilla—. No hace falta que me lo recuerdes todos los días de mi vida.

Y ahí, mira, sentí algo raro. No lástima, justo. Algo más incómodo: la constatación de que aquella mujer estaba tan atrapada en su propio desastre como lo estuve yo, solo que ella había decidido salir a quemar los jardines de los demás en vez de arreglar el suyo.

—Eva, escúchame bien, porque esto lo voy a decir una sola vez. —Me acerqué un paso—. Puedes contar de mí lo que quieras. Me da igual. Llevo medio año siendo el malo del barrio y estoy vacunado. Pero a Ali no la vuelves a tocar. Ni a ella, ni a su hijo, ni a lo que sea que estemos construyendo. Si vuelves a presentarte en su puerta a las tres de la mañana con una botella de vino, se acabaron los acuerdos amistosos y todo esto pasa por abogados, con las grabaciones de las cámaras adjuntas. Y créeme que no quiero llegar ahí.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy poniendo un límite. —Solté el aire—. Es distinto, y llevaba seis meses debiéndotelo. Ese es mi error, no el tuyo: dejarte campar a tus anchas por no montar ruido.

Se quedó callada. Nora bajó las escaleras dando saltos con la mochila a la espalda y la conversación se acabó ahí, como se acaban todas las conversaciones importantes cuando hay niños: a medias y en falso.

—El domingo a las ocho —dijo Eva, ya en el coche, con la voz recompuesta y la sonrisa puesta otra vez.

—A las ocho.

Y se fueron. Y yo me quedé en el porche pensando que aquello no era una victoria, ni un final, ni una escena de película. Era solo un hombre poniendo por fin una valla donde llevaba un año habiendo un descampado.

A veces la vida adulta es precisamente eso y nada más.

Esa noche, sin embargo, no dormí bien. Y no por Eva.

Por Nora.

Porque hay una parte de todo esto que no se arregla con límites ni con conversaciones de dos minutos en un porche, y es que mi hija tiene una madre que le va a seguir metiendo cosas en la cabeza durante los próximos diez años. Frases sueltas en el coche. Comentarios de los que se cuelan por debajo de la puerta. «Tu padre esto.» «La vecina lo otro.» Y yo no puedo hacer nada al respecto salvo una cosa, que es la única que llevo haciendo bien desde enero: no jugar a lo mismo.

No hablar mal de Eva delante de la niña. Nunca. Ni una vez. Aunque me esté costando la vida, aunque tenga las pruebas en la nube, aunque sea la manera más rápida y más sucia de ganar.

Porque Nora tendrá dieciséis años algún día. Y luego veinticinco. Y en algún momento de ese camino va a hacer sus propias cuentas, con su propia cabeza, sin que nadie se las haga por ella. Y el día que las haga, quiero que se acuerde de que su padre nunca le puso a su madre por delante como si fuera un enemigo. Que lo único que hizo fue estar.

Eso es lo que me queda. Es poquísimo y es lentísimo y no da ninguna satisfacción inmediata.

Pero es lo único que no se me va a volver en contra dentro de quince años.

Al día siguiente, cuando Eva me la devolvió el domingo a las ocho, Nora entró en casa, soltó la mochila en mitad del pasillo como siempre y me preguntó, sin más:

—Papá, ¿tú estás enfadado con mamá?

Me lo pensé un segundo. Un segundo entero, que es mucho tiempo en una conversación con un niño.

—A veces —dije—. Pero eso es un asunto de mayores, entre ella y yo. No tiene nada que ver contigo.

—¿Y ella contigo?

—También, a veces. Y también es asunto nuestro.

Nora asintió, muy seria, procesando aquello con esa cabecita que le funciona a mil.

—Vale. —Y después, ya girándose hacia la cocina—: ¿Hay macarrones?

Y ese fue todo el trauma. A veces es así. A veces te preparas para un huracán y lo que llega es una pregunta de tres segundos y una petición de macarrones.

Capítulo 28

ALI

A los niños se lo dijimos oficialmente el martes siguiente, en mi cocina, comiendo macarrones. Digo oficialmente porque el domingo Nora ya nos había pillado haciendo la comida juntos y no había preguntado absolutamente nada, cosa que a nosotros nos pareció una tregua y que resultó ser, en realidad, pura condescendencia.

Habíamos decidido decírselo juntos, con un guion pactado y todo, porque los dos habíamos leído lo suficiente sobre divorcios y niños como para saber que estas cosas no se improvisan. Teníamos frases preparadas. Habíamos hablado de ritmos, de no forzar, de dejarles espacio para que reaccionaran mal.

No hizo falta nada de eso.

—Chicos, tenemos que contaros una cosa —empezó Hugo—. Vuestra madre y yo... bueno. Ali y yo hemos decidido...

—Que estáis juntos —dijo Nora, sin levantar la vista del plato.

Silencio.

—Sí —dije yo—. Bueno. Estamos empezando a...

—Ya lo sabíamos. —Mateo pinchó un macarrón—. Desde la playa.

—¿Desde la playa?

—Mamá, os cogíais la mano cuando creíais que estábamos buceando. —Me miró con esa condescendencia infinita de los ocho años—. Y llevábamos gafas. Se ve todo con gafas.

Nora asintió, muy digna, y añadió la puntilla:

—Y una noche os vimos desde la ventana. Estabais en la playa con los vigilabebés. —Se encogió de hombros—. Nos volvimos a la cama porque nos dio vergüenza.

Hugo y yo nos quedamos mirándonos por encima de la mesa, con la boca abierta, sintiéndonos exactamente igual de imbéciles.

—¿Y no dijisteis nada? —conseguí articular.

—Es que estabais muy contentos —dijo Mateo—. No queríamos que os cortarais.

Así que aquella fue toda la gran revelación. Dos adultos de casi cuarenta años con un guion preparado y dos niños que llevaban semanas gestionando la situación con más elegancia que nosotros.

No fue todo tan fácil, que conste. Nora tuvo su semana mala, a los diez días, cuando entendió que aquello iba a durar y que las tardes de su padre ya no eran solo suyas. Una noche le dijo a Hugo que Ali era «una señora que se ha metido en nuestra casa», con toda la mala baba que se puede reunir a los nueve años.

Y Hugo hizo lo que hace siempre: se sentó con ella, la escuchó entera sin defenderme ni una vez, y le dijo que tenía derecho a estar enfadada, que estar enfadada no era portarse mal, pero que hablar así de la gente sí. Y luego, esto es lo que a mí me rompió, me lo contó. Entero. Sin ahorrarse la parte fea.

—Me ha dicho que eres una señora que se ha metido en nuestra casa.

—Vaya.

—Sí.

—¿Y por qué me lo cuentas?

—Porque quedamos en que yo explico. —Se encogió de hombros, incómodo, como siempre que hace algo enorme—. Aunque dé vergüenza.

Y yo, que soy una mujer de treinta y ocho años que se ha divorciado de un piloto y ha sobrevivido a un verano entero, me eché a llorar por encima del fregadero por una frase de nada.

Lo de Nora se fue arreglando solo. Mejor dicho: se arregló porque Hugo trabajó con ella todos los días, sin prisa. Y porque yo aprendí a no invadir, a estar disponible sin estar encima, a dejar que fuera la niña quien decidiera cuánto se acercaba. Un sábado de septiembre me pidió que le hiciera «la trenza de tres» y estuvimos veinte minutos en el escalón del porche mientras me contaba una serie de dragones. Otro día me trajo una piedra. La de la pirita, la que parece oro pero es mentira.

—Es un préstamo —me advirtió.

—Naturalmente.

La sigo teniendo en la mesilla.

De Allan, poco que contar. Le enseñé las grabaciones por WhatsApp, un martes, sin ningún mensaje adjunto, porque a veces el silencio es el único lujo que le queda a una. Tardó cuarenta minutos en contestar y lo que contestó fue una obra maestra del género: tres párrafos explicándome que aquello «venía de una crisis mutua» y que él «también había sufrido mucho». Ni una disculpa. Ni una pregunta sobre Mateo.

Lo hablé con mi abogada. Ajustamos algunas cosas del convenio. Y decidí, después de darle muchas vueltas, no contarle nunca a mi hijo por qué se rompió su casa. Ese es mi silencio, y ese sí me lo quedo.

Nacho, por cierto, sobrevivió. Fui a su agencia dispuesta a hacerle una reseña de una estrella y a decirle cuatro cosas, y el tío me escuchó con las manos juntas, muy serio, y cuando terminé me dijo:

—Ali, con todo el cariño: ¿te lo pasaste bien?

—No es la cuestión.

—¿Te lo pasaste bien?

—Nacho.

—Cinco estrellas —dijo, y se giró hacia el ordenador—. Y si quieres el año que viene te reservo la misma cala. Tengo contacto directo.

No le hice la reseña. Pero conste que se lo merecía.

Y hubo una cosa más, a mediados de septiembre, que merece contarse porque fue la primera vez que probamos el sistema nuevo.

Hugo llegó un jueves con cara rara. Distante. Contestando con monosílabos, mirando el móvil, con esa mandíbula apretada que yo ya me sé de memoria. Y yo noté cómo se me ponía en marcha la maquinaria de siempre, engrasadísima: algo pasa, algo me está ocultando, seguro que es Eva, seguro que es otra, mira cómo mira el teléfono, ya está, ya empieza.

Me duró once minutos. Los conté.

A los once minutos me levanté del sofá, me planté delante de él y dije, con el corazón a mil y una vergüenza espantosa:

—Hugo, llevas toda la tarde raro y yo llevo toda la tarde montándome una película. Así que te lo pregunto: ¿qué pasa?

Levantó la vista del móvil, sorprendido. Y luego soltó el aire y se pasó la mano por la cara.

—Que me han dicho en el trabajo que a lo mejor tengo que irme dos meses a Zaragoza. Y llevo desde las cinco pensando cómo te lo digo, y cómo se lo digo a Nora, y si esto se va a ir a la mierda por dos meses.

—¿Y por qué no lo has dicho?

—Porque estaba buscando la manera perfecta de decirlo. —Me miró—. Que es mi forma elegante de no decir nada.

Nos quedamos callados los dos.

—Once minutos —dije.

—¿Cómo?

—Que he tardado once minutos en preguntarte. Antes habría tardado cuatro días y me habría contestado yo sola.

Se rio. Y me tiró del brazo hasta sentarme encima de él, y nos pasamos el resto de la noche hablando de Zaragoza, que al final fueron tres semanas y no dos meses, y que resultó ser un problema minúsculo comparado con la película que yo me había montado en once minutos.

Once minutos. Nuestro récord. Vamos mejorando.

Capítulo 29

ALI

La barbacoa fue el último sábado de septiembre, con esa luz de las siete de la tarde que hace que todo parezca mejor de lo que es.

La montamos en casa de Hugo, en el jardín del 17B, que tiene la piscina y la pérgola y, ahora también, un tobogán con forma de pulpo que costó cuatro mil euros a la comunidad y que finalmente instalaron en el parque, aunque Toni sigue diciendo en cada junta que «la partida quedó por debajo del presupuesto», cosa que nadie ha comprobado nunca.

Vinieron Rober y su mujer. Vinieron Sofía y Carla, que llegaron con dos botellas y una energía que se comió la fiesta entera en veinte minutos, y que a los cinco de estar allí ya me estaban llamando «la del súper», apodo que sospecho que me va a durar toda la vida.

—¿Esta es la que te acusó de rompematrimonios en la sección de fruta? —preguntó Carla, encantada.

—Esta es —dijo Sofía.

—Fue en la de fruta, sí —admití—. Junto a los aguacates.

—Los aguacates lo vieron todo —dijo Carla, y brindamos por los aguacates.

Los niños se pasaron la tarde en el agua. Mateo ya se tira de cabeza, cosa que en junio no hacía, y Nora ha decidido que le enseña ella, aunque técnicamente no sabe. Se pelearon dos veces. Se reconciliaron dos veces. En un momento dado oí a mi hijo decirle a Nora, con toda naturalidad, «se lo digo a Hugo», y a mí se me quedó una cosa rara y buena en el pecho que no supe nombrar en ese momento y que ahora sé que se llama familia, aunque sea una familia de las raras, hecha de piezas de dos cajas distintas.

Maruja se asomó por encima del seto sobre las ocho, con la excusa de devolver una fuente que nadie le había prestado, y estuvo cuatro minutos escaneando el jardín con la eficacia de un satélite espía. Al día siguiente, la urbanización entera sabía. Toni escribió en el grupo un mensaje absurdo felicitando genéricamente «a las nuevas convivencias del residencial», que es la manera más Toni posible de decir las cosas.

Charo aprovechó el hilo para recordar que seguía pendiente el estudio técnico sobre la cloración salina. Alguien preguntó si el pulpo estaba homologado. Y así, la vida en Las Adelfas siguió justo igual que siempre, que es lo más reconfortante que tienen las urbanizaciones: pase lo que pase en las casas, en el grupo de WhatsApp siempre hay alguien preocupado por el cloro.

Sobre las ocho y media, mientras recogíamos los platos, Sofía me arrinconó junto a la nevera con una copa en la mano.

—Oye. La del súper. —Me señaló con el dedo, muy seria—. Una cosa te voy a decir.

—Ay, madre.

—Que si vuelves a pensar cualquier cosa rara de mí, me llamas. —Sacó el móvil, me lo puso delante y esperó a que le diera mi número, ahí mismo, sin moverse—. Directamente a mí. A cualquier hora. Le montas el pollo a la interesada y nos ahorramos todos una semana de drama.

—Vale.

—Dilo bien.

—Que sí, pesada.

—Es que os conozco a los dos. —Se guardó el móvil—. Él no cuenta nada y tú no preguntas nada. Sois una bomba de relojería con muy buen gusto para las vacaciones.

Y a las nueve, cuando ya se había ido casi todo el mundo y los niños veían una película dentro con el pelo mojado, Hugo salió de la casa con algo en la mano y una cara sospechosa.

Era una podadora.

Mi podadora. La eléctrica. La que saqué aquel sábado a las 8:01 de la mañana con premeditación y alevosía.

—¿De dónde has sacado eso?

—Me la dejó Mateo. —La levantó como quien levanta un trofeo—. Le dije que era para una sorpresa.

—Mi hijo es un traidor.

—Tu hijo es un negociador. Me ha costado dos euros y una promesa de bombas en la piscina.

Y entonces se acercó al seto. A nuestro seto. Ese seto ridículo, de metro y medio, que llevaba medio año siendo la frontera más vigilada de Europa, con sus treinta y dos pasos a un lado y a otro.

—Hugo, no.

—Un trozo. —Sonrió de lado, esa sonrisa suya que sigue teniendo el mismo efecto criminal—. Un metro. Justo por el medio. Para pasar sin dar la vuelta por la calle.

—Los vecinos van a hablar.

—Ali, los vecinos llevan hablando desde julio.

Y cortó. Con esa precisión de hombre metódico, un pasillo de un metro exacto, justo en el punto donde nos habíamos gritado aquella mañana de la podadora, donde él me soltó aquello de que no pensaba estropear me la historia, donde nos evitamos y nos miramos mal durante medio año.

Cuando terminó, apagó la podadora y se quedó ahí, en mitad del hueco, con las ramas cortadas a los pies y la cara de un niño que acaba de hacer algo que no debía.

—Ya está —dijo—. Veintiocho pasos.

—¿Los has contado?

—Claro que los he contado.

Y crucé el hueco. Y allí, en mitad del seto, con olor a hierba cortada y la música de una película de dibujos saliendo por la ventana del salón y la piscina reflejando el último azul de la tarde, me besó.

No fue un beso de película. Fue un beso de dos personas cansadas, de casi cuarenta años, con dos hijos dentro de casa y dos divorcios a la espalda, que han hecho el ridículo, se han equivocado en todo lo que se podía equivocar, se han odiado con muchísimo talento y han acabado aquí de todas formas.

Es decir, el mejor beso de mi vida.

—Oye —dije, con la frente pegada a la suya—. Yo tengo una pregunta.

Se rio.

—Dispara.

—¿De verdad hacías largos por la tarde para picarme?

—Todos los días. Desde mayo. —Me apretó la cintura—. ¿Y tú de verdad no necesitabas podar aquel día?

—El seto estaba perfecto, Hugo. Perfecto.

—Lo sabía. Lo sabía.

Y nos quedamos ahí un rato, riéndonos como dos idiotas en un boquete de un seto, en una urbanización de clase media, en el último sábado de septiembre.

Porque resulta que lo difícil no era volver a enamorarse después de un divorcio. Eso, al final, pasa solo: llega un verano, se va la luz una noche, alguien tiene una batería y unas cervezas de nueve grados, y ya está.

Lo difícil era dejar de mirar a todo el mundo con las heridas abiertas. Dejar de buscarle a cada persona el momento exacto en que te va a fallar. Dejar de necesitar tener razón para sentirte a salvo.

Yo tuve que aprender a preguntar. Él tuvo que aprender a explicarse. Los dos tuvimos que aprender que se puede querer a alguien sin exigirle que sea perfecto, y sobre todo sin exigiárselo a una misma.

Seguimos siendo un desastre, ojo. Todavía hay días en que yo me callo cosas y él se encierra en su cueva de hombre serio y nos tiramos una tarde entera midiéndonos. La diferencia es que ahora, tarde o temprano, uno de los dos cruza el hueco del seto y dice: oye, tenemos que hablar.

Veintiocho pasos.

Se hacen enseguida.

FIN

Si has disfrutado de esta novela, una reseña ayuda muchísimo a que otras lectoras la encuentren.

Gracias por leer.
